
BEN FINE
ALFREDO SAAD-FILHO
EL CAPITAL
DE MARX
ECONOMÍA
KARL MARX
5 FRANCS 1876
ONE SHILLING

SECCIÓN DE OBRAS DE ECONOMÍA

EL CAPITAL DE MARX

BEN FINE
ALFREDO SAAD-FILHO

El capital de Marx



Primera edición en inglés, 2004
Quinta edición en inglés, 2010
Primera edición en español de la quinta en inglés, 2013
Primera edición electrónica, 2013

Taducción de IGNACIO PERROTINI

Título original: *Marx's 'Capital'*

Marx's 'Capital' fue publicado por primera vez por Pluto Press, Londres
www.plutobooks.com

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672

ISBN 978-607-16-1455-1

Hecho en México - *Made in Mexico*

SUMARIO

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Nos complace dar la bienvenida a la aparición de la edición en español de El capital *de Marx*, la cual hará que nuestro libro esté disponible de modo más amplio en América Latina y la península ibérica. La creciente importancia de estas regiones para la reproducción del capitalismo neoliberal, los significativos desafíos sociales y políticos formulados por una nueva generación de movimientos sociales que tienen su base en estos países y el innovador trabajo de académicos latinoamericanos, estudiantes y activistas han contribuido en gran medida al creciente interés en los estudios marxianos en estas otras regiones.

El Cono Sur fue la primera región de América Latina en experimentar la transición hacia el neoliberalismo, impuesto inicialmente por dictaduras militares crueles. Además de aterrorizar a sus propios pueblos e incurrir en el asesinato sistemático de activistas de izquierda, las dictaduras de Chile, Uruguay y Argentina también impusieron rápidamente políticas neoliberales para desmantelar las organizaciones de las clases trabajadoras que habían sido creadas desde la década de 1930, así como las estructuras de representación política asociadas a ellas. Otros países se sumaron al neoliberalismo en formas peculiares propias. En las décadas siguientes América Latina produjo su propia síntesis original de neoliberalismo y democracia: la transición de gobiernos militares a la democracia fue utilizada en varios países para validar la transición económica de la industrialización de sustitución de importaciones al neoliberalismo, un proceso que fue emulado en otras partes del mundo y que las potencias occidentales esperan que también frene los logros de la "primavera árabe". Al mismo tiempo, las transiciones democráticas en España y Portugal —y, más tarde, en Europa del Este— también facilitaron la imposición de políticas neoliberales auspiciadas, administradas y controladas por la Unión Europea.

Éste es el contexto histórico más amplio en el cual el presente libro aspira a revisar y explicar, en una forma simple y en un estilo accesible, los

conceptos y argumentos clave en el *magnum opus* de Carlos Marx: nuestra meta principal es hacer accesible de manera más amplia la obra de su vida sobre economía política precisamente en un momento en que sus contribuciones son muy requeridas. Esta publicación se basa en la quinta (y más reciente) edición inglesa de El capital *de Marx*. El contenido y la estructura de este libro han sido elaborados y desarrollados cuidadosamente a lo largo de 40 años para audiencias cambiantes en diferentes países, y consideramos que nuestro libro ya ha alcanzado la madurez en la medida en que esto es posible en un mundo que cambia constantemente.

La aceptación de la obra de Marx es importante en tres niveles. Primero, aunque la economía política marxiana no ofrece un acceso directo a la verdad, revela relaciones sistémicas entre aspectos de la realidad que otras teorías tienden a analizar separadamente, por ejemplo, trabajo asalariado, patrones de empleo, dinero, finanzas, cambio tecnológico, globalización, desarrollo desigual y crisis. En contraste, la teoría económica convencional utiliza modelos discretos construidos con conceptos intercambiables, como los bloques de plástico de los juegos para armar figuras, como si la realidad fuera una aglomeración de elementos ligados sólo de manera externa y en su mayor parte de modo contingente. El superior fundamento metodológico de la economía política marxiana le permite reproducir en el pensamiento las relaciones económicas clave, los procesos y estructuras prevalecientes en el capitalismo, y expresar las fuentes de su dinámica y sus limitaciones más adecuadamente que otros enfoques.

Segundo, la perspicacia teórica y el análisis histórico son aspectos inseparables del método dialéctico de Marx. Los fenómenos sociales existen y pueden comprenderse sólo en su contexto histórico, y los conceptos que se despliegan en su análisis deben recurrir a la realidad social. Toda teoría social —incluyendo la teoría marxiana— se convierte en una parodia de sí misma y pierde su validez si es empujada más allá de sus límites históricos.

Tercero, cuando se desarrolla de manera consistente y se incorpora el material histórico relevante, el análisis marxiano puede ayudar a identificar los puntos de tensión en la estructura del presente donde las presiones sociales pueden apoyar la transformación social progresista de modo más útil. Así, la teoría marxiana puede informar la actividad política transformativa, punto en el que Marx puso la prioridad más alta.

Nada de esto implica que los estudios marxianos puedan ofrecer la "línea" política correcta o una clave mágica para la investigación científica o la actividad política, como si *El capital* fuera un "libro de revelaciones" religioso. El marxismo ha sido desplegado desde inicios del siglo XX por parte de movimientos sociales y políticos transformativos que han conseguido triunfos significativos, a menudo a un elevado costo para quienes han estado involucrados en la lucha; su papel y sus logros han inspirado generaciones y han cambiado para bien el rostro de nuestro mundo. El marxismo también ha sido usado para justificar los crímenes más terribles, que han perpetrado injusticias a generaciones de activistas y trabajadores y han causado un daño duradero a las ambiciones revolucionarias de Marx y los marxistas. Esta herencia ambivalente es, en gran medida, el destino de todas las teorías influyentes. Pero, en contraste con otras teorías sociales, el marxismo ofrece un aparato teórico y conceptual que puede utilizarse para revisar sus experiencias históricas propias e informar la revitalización de los movimientos sociales progresistas y la actividad política transformativa en el siglo XXI. Si este libro puede ofrecer sólo una pequeña contribución al desarrollo de estos nuevos movimientos y al crecimiento de movimientos revolucionarios informados y con bases amplias en América Latina, la península ibérica y en otras partes, nuestra ambición más significativa se habrá satisfecho.

En un nivel más modesto, el marxismo se ha incorporado a la academia desde finales de la década de 1960 y, de manera desigual en las ciencias sociales, se ha convertido en una disciplina académica y en un objeto de estudio. Con el fin de la Guerra Fría, el ascenso prominente de la noción de globalización y la ratificación de una nueva modalidad de hegemonía de los Estados Unidos, una nueva generación de estudiantes y activistas ha sido atraída a los discernimientos de la economía política marxiana con, debe añadirse, la notable excepción de la disciplina de la economía, la cual continúa firmemente dominada por la teoría (neoclásica) convencional. Su fanática intolerancia de la heterodoxia, marxiana o de cualquier otro tipo, y su obsesivo apego a sus principios deductivos irrealistas se han reforzado a pesar del descenso del mundo capitalista en su más severa contracción en 80 años, de las miserables perspectivas económicas para el futuro cercano y el aparente impulso incontrolable del capitalismo hacia la devastación del ambiente del que depende finalmente todo tipo de vida en el orbe.

El desafío dual de confrontar la economía convencional y el capitalismo ha adquirido una mayor urgencia a medida que el daño perpetrado por el capitalismo global a todos los niveles, adecuadamente apoyado por la economía ortodoxa, se ha incrementado.

Esperamos también, entonces, que nuestro libro pueda servir a quienes buscan combatir y romper con la ortodoxia de la economía convencional, aun cuando la ciencia lúgubre procura extender su principio de racionalidad económica de las leyes putativas del mercado para explicar la sociedad en su conjunto. En este proceso, la economía convencional aspira a subsumir a las otras ciencias sociales y a convertirlas de campos independientes de investigación con sus propios métodos y tradiciones en espectáculos laterales menores. Es necesario resistir esta tendencia. A lo largo de todas estas áreas, en sí mismas irreductiblemente interdisciplinarias, los análisis marxianos conservan su vitalidad en un potencial creativo y crítico, y su florecimiento a partir de un fundamento dentro de la economía política es imperativo. Más importante aún es apoyar y evaluar los movimientos sociales progresistas, ya sea que se inspiren en la teoría marxiana o en otra. Este libro es una contribución a estas metas.

BEN FINE
ALFREDO SAAD-FILHO
Londres, marzo de 2012

RECONOCIMIENTOS

Este libro se preparó inicialmente a principios de la década de 1970 con base en los cursos sobre economía marxista y distribución del ingreso y la riqueza impartidos por Ben Fine en el Birkbeck College de la Universidad de Londres. Agradecemos a quienes impartieron clases y asistieron a esos cursos. Bob Rae y Simon Mohun leyeron borradores de la primera edición, y Greg Albo y Harald Minken leyeron la cuarta edición. Ellos hicieron varias sugerencias que han sido incorporadas. Muchos más —especialmente estudiantes de varios continentes— contribuyeron a mejorar las ediciones siguientes de este texto.

Agradecemos a todos en Pluto Press por su apoyo en el relanzamiento de El capital *de Marx*, y en particular a Anne Beech, Will Viney y Anthony Winder por su contribución para la publicación de esta nueva edición.

PREFACIO A LA QUINTA EDICIÓN EN INGLÉS

El capital *de Marx* fue escrito originalmente a inicios de la década de 1970 y en gran medida resultó un producto de su tiempo. Entonces, en la Gran Bretaña y en otras partes se había despertado un interés por la economía política de Marx, después de varios años de intensa represión bajo la forma de una "Guerra Fría". Este interés creció y fue alimentado por los movimientos de izquierda alrededor del mundo, el declive evidente de la economía capitalista mundial y el rechazo a las explicaciones ortodoxas del colapso del "auge" de la posguerra. Desde entonces mucho ha cambiado y las ediciones sucesivas de este libro, a su manera, han reflejado la cambiante fortuna de la economía política.

La cuarta edición de El capital *de Marx* relanzó este pequeño libro a tiempos nuevos y a una nueva audiencia en 2004. El ascenso del neoliberalismo en las décadas de 1980 y 1990 reconfiguró el mundo capitalista, extendió la influencia del capital global a casi todos los rincones del planeta y remodeló el sistema político para que éste lo apoyara. Las expectativas de cambio económico, político y social disminuyeron con el paso del tiempo. A medida que las grandes movilizaciones de 1960 y 1970 periclitaron en la distancia, una nueva generación creció con esperanzas, demandas y expectativas muy reducidas. Por primera vez desde mediados del siglo XIX parecía que no había opciones ante el capitalismo, y las excepciones remanentes —invariablemente marginales— se mantenían precariamente en las fisuras del nuevo y audaz mundo globalizado. La cuarta edición ofreció una pequeña contribución a las respuestas emergentes a estos desafíos enormes y fue bien recibida por una amplia audiencia en muchos países.

La publicación de esta quinta edición anticipa —y esperamos que a su manera contribuya— un renacimiento de la economía política en general y de la marxista en particular. Este optimismo se basa en varios factores.

Primero, mientras que la economía ortodoxa ha intensificado su intolerante control de la disciplina descalificando a la heterodoxia porque

no aprueba los exámenes de rigor matemático y estadístico, existen crecientes signos de insatisfacción con la ortodoxia y una búsqueda creciente de opciones entre quienes estudian economía y otras ciencias sociales.

Segundo, después del predominio del posmodernismo y, especialmente, del neoliberalismo en el establecimiento de las agendas intelectuales en las ciencias sociales durante las pasadas dos décadas, hoy existe una reacción contra los extremos de sus peores excesos en la teoría y en la práctica. El pensamiento crítico se ha volcado hacia el entendimiento de la naturaleza del capitalismo contemporáneo, como se revela notablemente en el ascenso de conceptos tales como globalización y capital social. Inevitablemente, el resultado es el planteamiento de la cuestión de la economía fuera de la disciplina misma, y la búsqueda de orientación en la economía política.

Tercero, los desarrollos materiales también han favorecido a la economía política. Éstos incluyen el creciente reconocimiento de que la degradación ambiental, en especial a través del calentamiento global, está relacionada íntimamente con el capitalismo; los sucesos posteriores al colapso de la Unión Soviética y el reconocimiento de que el capitalismo no ha brindado una opción progresista, ni siquiera en sus propios términos estrechos, y el surgimiento de las guerras y ocupaciones imperiales, aun cuando se verifican en nombre del antiterrorismo o la provisión de derechos humanos.

Cuarto, el largo periodo de estancamiento relativo posterior al fin del auge de la posguerra y el ascenso del posmodernismo y el neoliberalismo han tenido el efecto paradójico de permitir que la economía capitalista sea percibida como los negocios que se desarrollan de manera normal, aunque sobre una base más lenta. La erupción de las crisis financieras a lo largo de la década pasada, de manera más dramática la crisis que se inició a mediados de 2007, ha destruido esta perspectiva y puesto por delante el papel particularmente prominente que desempeñan las finanzas en el capitalismo contemporáneo. Las relaciones sistémicas entre las finanzas y la industria o, de manera más general, del resto de la economía deben ocupar un lugar prominente en el objeto de estudio de la economía política. Es necesario plantear el tema del socialismo hoy más que nunca, y esto depende del análisis marxista, tanto por su crítica del capitalismo como por dilucidar el potencial de las opciones.

Cada uno de estos temas es revaluado en mayor o menor medida en esta nueva edición. Pero el propósito principal de este libro sigue siendo proveer

una exposición tan simple y concisa de la economía política de Marx como la complejidad de sus ideas lo permita. Puesto que el libro es pequeño, los argumentos son sintéticos pero simples; sin embargo, algunas partes del material requerirán una lectura cuidadosa, particularmente los capítulos finales. No sorprende que, en sus varias ediciones, el texto haya aumentado sus páginas, a más del doble de su extensión original de 25 000 palabras, toda vez que se han añadido nuevos tópicos, derivados tanto de la economía política de Marx como de su relevancia contemporánea. Además, con el tiempo, se han incluido añadidos específicos destacando, capítulo por capítulo, controversias, temas de debate y sugerencias de lecturas adicionales, los cuales ofrecen una guía a los interesados en textos más académicos. No es sino con pena que esto ha provocado que las ediciones sucesivas pierdan algo de la simplicidad de las ediciones previas; no obstante, para facilitar la lectura, se siguen omitiendo las notas de pie de página. Estas dificultades (esperamos que menores) quizá se multiplican por las referencias ocasionales a la manera en que la economía política de Marx difiere de la economía ortodoxa, lo cual exige del lector no especializado un poco más de atención. Esperamos que estas complejidades puedan omitirse cuando sea necesario y, por lo demás, ofrecer discernimientos compensatorios.

Esta quinta edición, revisada completamente, aparece en un momento particularmente desafiante. El capitalismo neoliberal se encuentra en los espasmos de una crisis sin precedentes, la cual ha revelado no sólo los límites de las finanzas "liberalizadas", sino que, más significativamente, por primera vez ha puesto al proyecto neoliberal a la defensiva. Hoy es posible cuestionar abiertamente la coherencia y sostenibilidad del neoliberalismo, y lo deseable del capitalismo mismo. Estos debates emergentes, y el crecimiento simultáneo, aunque dolorosamente lento, de movimientos sociales y organizaciones radicales han sido apoyados por la lenta comprensión de que el capitalismo ha desestabilizado fundamentalmente el ambiente del planeta, y que significa una amenaza inmediata a la supervivencia de un sinnúmero de especies, incluida la nuestra.

El capital *de Marx* no es un libro sobre el medio ambiente o sobre el neoliberalismo, aunque incluye una sección breve sobre el primero y un capítulo nuevo sobre la crisis actual. Los propósitos de este libro son más estrechos, más abstractos y ambiciosos: El capital *de Marx* revisa y explica los elementos clave de la crítica más sostenida, consistente y sin ambages

del capitalismo *como sistema*, desarrollada originalmente por Carlos Marx. Mientras que el capitalismo lucha por contener su crisis más reciente, los escritos de Marx han aumentado en inmediatez y relevancia y se han disparado en popularidad. Actualmente ostentan algunos de los primeros lugares en varias listas de *best sellers*, y ediciones que rivalizan entre sí pueden encontrarse incluso en librerías de renombre, no obstante que los trabajos de Marx están disponibles en la red y pueden obtenerse gratuitamente.

Esperamos que los lectores hagan uso de ellas. El capital *de Marx* no ha pretendido nunca reemplazar al original; antes bien, pretende facilitar la lectura de los escritos económicos de Marx al proveer una revisión general estructurada de sus principales temas y conclusiones. Esperamos que El capital *de Marx* apoye los intentos del lector por comprender el capitalismo, sus fortalezas y debilidades, y lo ayude a esclarecer las posibles dudas que aún permanezcan.

Al preparar esta nueva edición, hemos reescrito de manera extensa varios pasajes del libro para esclarecer secciones relativamente oscuras y para actualizarlas. La quinta edición incluye una revisión sustancial de los capítulos XI, XII y XIV, unconjunto actualizado de lecturas recomendadas en las secciones "Temas y lecturas adicionales" que aparecen al final de cada capítulo, y un nuevo capítulo XV, que se enfoca en la crisis actual. Esto no es con el fin de distraer al lector de las metas teóricas y conceptuales de este libro, sino para demostrar el poder del análisis de Marx y su relevancia contemporánea.

Nos gustaría agradecer y estimular a quienes continúan estudiando y enseñando seriamente economía marxista, en un periodo en el que hacerlo se ha vuelto extraordinariamente difícil.

NOTA SOBRE LAS LECTURAS ADICIONALES

Cada capítulo de este libro incluye una lista de "temas y lecturas adicionales" que describe algunas implicaciones del material examinado en el capítulo y sugiere un conjunto pequeño y cuidadosamente seleccionado de lecturas para ayudar a profundizar. Por supuesto, existe mucho más material disponible, por lo que las sugerencias de más lecturas para incluirlas en futuras ediciones serán bienvenidas. Por favor envíennos un correo electrónico para informarnos cuando encuentre algo especialmente

útil o si le gustaría discutir tópicos y problemas de la teoría del valor. Nos gustaría recibir sus comentarios.

Para empezar, algunas sugerencias generales. Las obras completas de Carlos Marx y Federico Engels continúan publicándose en alemán y se traducen gradualmente al inglés y otras lenguas. Las obras más significativas, incluido *El capital*, están disponibles gratuitamente en Marxists Internet Archive (www.marxists.org) y en muchos otros sitios de internet.

Un gran número de comentarios excelentes sobre la obra de Marx y numerosas revisiones generales de sus escritos económicos están disponibles en fuentes anglosajonas, en las que nos enfocamos en las siguientes líneas. Por ejemplo, Chris Arthur preparó una edición abreviada del libro 1 de *El capital* (Arthur, 1992), sin notas de pie de página y con una introducción explicativa, y Duncan Foley y David Harvey han escrito excelentes introducciones a la obra de Marx (Foley, 1986; Harvey, 1999, 2009). Harvey también mantiene discusiones en línea sobre *El capital* (http://davidharvey.org). Joseph Choonara (2009) ha publicado una muy buena revisión general de la teoría del valor de Marx, que complementa (y suplementa) este libro. Vladímir Lenin (1913) ofrece una explicación de las fuentes del marxismo. Para una revisión más avanzada de la teoría del valor de Marx, véanse Dimitris Milonakis y Ben Fine (2009, especialmente el capítulo 3) y Alfredo Saad-Filho (2002). Un ejercicio de revisión general igualmente avanzado del análisis económico marxiano se encuentra en Fine y Saad-Filho (2010). En IIPPE (www.soas.ac.uk/iippe) se promueve la investigación de la economía política marxiana, apoyados por revistas, que incluyen *Capital & Class* (www.cseweb.org.uk), *Historical Materialism* (http://mercury.soas.ac.uk/hm), *Monthly Review* (www.montlyreview.org), *Review of Radical Political Economics* (http://urpe.org/rrpe/rrpehome.html) y *Science & Society* (www.scienceandsociety.com), entre otras. Finalmente, para noticias y análisis de economía heterodoxa (incluida la marxista), véase www.heterodox.com.

BEN FINE
(bf@soas.ac.uk)

ALFREDO SAAD-FILHO
(as59@soas.ac.uk)

Octubre de 2009

I. HISTORIA Y MÉTODO

A LO LARGO de su vida adulta, Marx procuró la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista, de manera más conocida a través de sus escritos, pero también a través de la agitación y la organización de la clase trabajadora —por ejemplo, entre 1864 y 1876 fue uno de los líderes de la Primera Asociación Internacional de los Trabajadores—. En sus trabajos escritos, Marx intentó descubrir el proceso general de cambio histórico, aplicar esta comprensión a tipos particulares de sociedades y realizar estudios concretos de situaciones históricas específicas. Este capítulo revisa de manera breve el desarrollo intelectual de Marx y las principales características de su método. La parte restante de este libro analiza con mayor detalle otros aspectos de su trabajo, especialmente los que se encuentran en los tres volúmenes de *El capital*, su obra principal de economía política.

1. LA FILOSOFÍA DE MARX

Carlos Marx nació en Alemania en 1818 e inició una carrera universitaria temprana estudiando leyes. Sus intereses pronto cambiaron hacia la filosofía, la cual, en ese tiempo, estaba dominada por Hegel y sus discípulos. Ellos eran idealistas, creían que los conceptos teóricos podían desarrollarse legítimamente de modo más o menos independiente respecto a la realidad material. Para los hegelianos, la realidad es el resultado de un sistema de conceptos en evolución, o de un movimiento hacia la "Idea Absoluta", con una estructura de conceptos que conecta lo relativamente abstracto a lo crecientemente concreto. Los hegelianos creían que el progreso intelectual explica el avance del gobierno, la cultura y las otras formas de vida social. Por tanto, el estudio de la conciencia es la clave para la comprensión de la sociedad, y la historia es una escena dramática en donde las instituciones y las ideas combaten por la hegemonía. En este conflicto perenne, cada etapa del desarrollo contiene las semillas de su propia transformación en una etapa superior. Cada etapa es un avance con

respecto a las que les precedieron, pero absorbe y transforma elementos de éstas. A este proceso de cambio, en el cual las nuevas ideas no derrotan a las antiguas sino que resuelven los conflictos o contradicciones dentro de ellas, Hegel lo llamó *dialéctica*.

Hegel murió en 1831. Cuando Marx aún era joven y estaba en la universidad, dos grupos rivales de hegelianos, los Jóvenes (radicales) y los Viejos (reaccionarios) reclamaban ser los sucesores legítimos de Hegel. Los Viejos hegelianos creían que la monarquía absoluta prusiana, la religión y la sociedad representaban la realización triunfante de la Idea en su progreso dialéctico. En contraste, los Jóvenes hegelianos, peligrosamente antirreligiosos, creían que el desarrollo intelectual aún tenía mucho por avanzar. Esto estableció el escenario para la batalla de las dos escuelas, y cada parte creía que una victoria anunciaría el progreso de la sociedad alemana. Habiendo observado lo absurdo, la pobreza y la degradación de gran parte de la vida alemana, Marx se identificó inicialmente con los Jóvenes hegelianos.

Sin embargo, la simpatía de Marx con los Jóvenes hegelianos fue extremadamente breve, en gran parte debido a la influencia que sobre él tuvo Feuerbach, quien era un materialista. Esto no quiere decir que Feuerbach estuviera interesado de manera cruda en su propio bienestar —de hecho, sus puntos de vista de disenso le costaron su carrera académica—. Él creía que lejos de que la conciencia humana dominara la vida y la existencia, eran las necesidades humanas las que determinaban la conciencia. En *La esencia del cristianismo*, Feuerbach montó una simple pero brillante polémica contra la religión. Los seres humanos necesitaban a Dios porque la religión satisfacía una necesidad emocional. Para satisfacer esta necesidad, los humanos habían proyectado sus mejores cualidades en la figura de un Dios, venerando lo que había hecho que en esa medida ese Dios hubiera asumido una existencia independiente en la conciencia humana. Para recuperar su humanidad, la gente necesita sustituir el amor recíproco por el amor a Dios.

Marx quedó conmovido inmediatamente por este discernimiento. Inicialmente criticó a Feuerbach por concebir a la gente como individuos que luchan por satisfacer una “naturaleza humana” dada, en lugar de concebirlos como seres sociales. Sin embargo, pronto fue más allá del materialismo de Feuerbach. Marx hizo esto en dos formas: primero, extendió la filosofía materialista de Feuerbach a todas las ideas dominantes

prevalecientes en la sociedad, más allá de la religión, hacia la ideología y la concepción de la gente de la sociedad como un todo. Segundo, extendió las ideas de Feuerbach hacia la historia. El análisis de Feuerbach era completamente ahistórico y no dialéctico: los humanos satisfacen una necesidad emocional a través de la religión, pero los orígenes y la naturaleza de esa necesidad permanecen sin explicar y sin cambio, ya sea que Dios satisfaga esa necesidad o no. Marx ve la solución de este problema en las condiciones materiales. La conciencia humana es crítica en el pensamiento de Marx, pero sólo puede entenderse en relación con las circunstancias históricas, sociales y materiales. En este sentido, Marx establece una relación estrecha entre dialéctica e historia, lo cual vendría a ser una piedra angular de su propio método. La conciencia está determinada en primer lugar por las condiciones materiales, pero éstas evolucionan dialécticamente a través de la historia humana.

Ya sea en la mente de Hegel, de sus varios discípulos y críticos o de Marx, esta explicación revela una propiedad común en su pensamiento —que las cosas no siempre aparecen de manera inmediata como son en realidad—. Para Feuerbach, por ejemplo, Dios no existe más que en la mente pero parece existir de este modo para satisfacer una necesidad humana. En el capitalismo, un mercado de trabajo libre oculta la explotación, y la democracia política sugiere igualdad más que privilegio y poder continuos. Este divorcio entre realidad (contenido o esencia) y la manera en que aparece (o forma) es un aspecto central del pensamiento dialéctico de Marx. Forja el vínculo entre conceptos abstractos (como clase, valor y explotación, por ejemplo) y su presencia concreta y práctica en la vida cotidiana (a través de los salarios, precios y ganancias).

La tarea que Marx se autoimpuso, primeramente en relación con el capitalismo, y que él reconoce como extremadamente demandante —según sus propias palabras, en la ciencia no hay calzadas reales—, fue trazar la conexión y las contradicciones entre lo abstracto y lo concreto. Esto implica adoptar un método apropiado, un punto de partida juicioso en la selección de los conceptos abstractos, y un despliegue cuidadoso de sus contenidos histórico y lógico para revelar la relación entre la forma verdadera de las cosas y la forma que aparentan.

Significativamente, como quedará claro con la discusión de Marx sobre el fetichismo de la mercancía (en el capítulo II), las apariencias no son ni necesarias ni simplemente falsas o ilusorias como en las creencias

religiosas. No podemos desvanecer los salarios, las ganancias y los precios aun cuando hayamos reconocido que son formas en las que el capitalismo organiza la explotación, del mismo modo que no podemos desvanecer los poderes del monarca o del sacerdote cuando nos convertimos en republicanos o ateos respectivamente. Porque, en el caso de los salarios, los precios y las ganancias, las apariencias son parte de la realidad misma, representan y ocultan aspectos más fundamentales del capitalismo de los que una dialéctica apropiada está llamada a revelar. ¿Cómo es que ha de desentrañarse esta complejidad?

2. EL MÉTODO DE MARX

En contraste con sus extensos escritos sobre economía política, historia, antropología, asuntos de coyuntura y muchos otros, Marx nunca escribió un ensayo detallado de su propio método. Esto se debe a que su trabajo es sobre todo una crítica del capitalismo y sus apologistas, crítica en la cual la metodología desempeña un papel esencial, pero de apoyo, y generalmente está subsumido dentro de otros argumentos. Más generalmente, el método de Marx no puede resumirse en un conjunto de reglas universales; para abordar cada problema deben desarrollarse aplicaciones específicas de su dialéctica materialista. El mejor ejemplo conocido de la aplicación del método de Marx es su examen crítico del capitalismo en *El capital*. En esta obra, el enfoque de Marx tiene cinco características importantes. Estas características serán añadidas y refinadas, con frecuencia implícitamente, a lo largo del texto.

Primero, los fenómenos y los procesos sociales existen y pueden ser entendidos sólo en su contexto histórico. Las generalizaciones transhistóricas supuestamente válidas, en todo lugar y todo tiempo, normalmente son inválidas, vacuas o ambas cosas. Las sociedades humanas son inmensamente flexibles. Pueden organizarse en formas profundamente diferentes, y sólo el examen detallado puede ofrecer discernimientos válidos acerca de su estructura interna, su funcionamiento, contradicciones, cambios y límites. En particular, Marx considera que las sociedades se distinguen por el modo de *producción* en el cual están organizadas —el feudalismo por oposición al capitalismo, por ejemplo—. Cada modo de producción se estructura de acuerdo con sus relaciones de clase, para las cuales existen categorías de análisis específicas. Del mismo modo en que

un asalariado no es un siervo o un esclavo al que se le paga mediante un salario, un capitalista no es un barón feudal que recibe una ganancia en lugar de un tributo. Las sociedades se distinguen por los modos de producción y las modalidades de extracción del excedente según los cuales están organizadas (y no por las estructuras de distribución), y los conceptos utilizados para comprenderlas deben ser, de igual manera, específicos.

Segundo, en consecuencia, la teoría pierde su validez si se le lleva más allá de sus límites históricos y sociales. Esta es una consecuencia de la necesidad de que los conceptos se deriven de las sociedades para cuya explicación están diseñados. Por ejemplo, Marx afirma que en el capitalismo los trabajadores son explotados porque producen más valor del que ellos se apropian con su propio salario (véase el capítulo III); esto da lugar a la plusvalía. Esta conclusión y la correspondiente noción de plusvalía son válidas sólo para las sociedades capitalistas. Esto puede arrojar alguna luz indirecta sobre la explotación en otras sociedades, pero los modos de explotación y las raíces del cambio social y económico en estas sociedades deben explorarse nuevamente —el análisis del capitalismo, aun si es correcto, no ofrece automáticamente los principios mediante los cuales se ha de entender cómo están estructuradas las sociedades no capitalistas—.

Tercero, el análisis de Marx está estructurado internamente por la relación entre teoría e historia. En contraste con el idealismo hegeliano, el método de Marx no está centrado en derivaciones conceptuales. Para él, el razonamiento puramente conceptual es esencial pero limitado, porque es imposible decir cómo es que la evolución de las relaciones en la cabeza del analista debe corresponder a las relaciones en el mundo real. Más generalmente, el idealismo yerra porque pretende explicar principalmente la realidad mediante el avance conceptual, aunque la realidad existe histórica y materialmente fuera de la cabeza pensante. Bromeando, Marx sugirió que los Jóvenes hegelianos ¡podrían abolir las leyes de la gravedad si tan sólo pudieran dejar de creer en ellas! En contraste, Marx reconoce que la realidad está configurada por estructuras sociales, tendencias y contratendencias (que pueden derivarse dialécticamente dado el arreglo histórico apropiado), así como por contingencias impredecibles (que no pueden ser derivadas). Los resultados de sus interacciones pueden explicarse a medida que se desarrollan y también retrospectivamente, pero no pueden determinarse con antelación. Consecuentemente, aunque la

dialéctica materialista puede ayudar a comprender tanto el pasado como el presente, es imposible predecir el futuro (el análisis de Marx de la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia, y sus contratendencias, es un ejemplo elocuente de este enfoque; véase el capítulo IX). El reconocimiento de Marx de que el análisis histórico es parte del método de estudio (o que la historia y la lógica son inseparables) no es una concesión al empirismo: es sólo el reconocimiento del hecho de que una realidad cambiante no puede reducirse a, ya no digamos determinarse por, un sistema de conceptos.

Cuarto, la dialéctica materialista identifica los conceptos clave, las estructuras, las relaciones y los niveles de análisis requeridos para la explicación de lo concreto o de resultados más complejos y específicos. En *El capital*, Marx emplea la dialéctica materialista para señalar las características esenciales del capitalismo y sus contradicciones, para explicar la estructura y la dinámica de este modo de producción, y para ubicar las fuentes potenciales de cambio histórico. Su estudio genera sistemáticamente conceptos más complejos y concretos que son usados para reconstruir las realidades del capitalismo en el pensamiento. Estos conceptos ayudan a explicar el desarrollo histórico del capitalismo y a indicar sus vulnerabilidades críticas. Al hacer esto, los conceptos en distintos niveles de abstracción coexisten siempre en el análisis de Marx. El progreso teórico incluye la introducción de nuevos conceptos, el refinamiento y reproducción de los conceptos existentes a niveles más elevados de concreción y complejidad, y la introducción de evidencia histórica para proveer una explicación más rica y determinada de la realidad.

Finalmente, el método de Marx se enfoca en el cambio histórico. En el *Manifiesto comunista*, el prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política* y la introducción a los *Grundisse*, Marx resumió de manera célebre su explicación de la relación entre estructuras de producción, relaciones sociales y cambio histórico. Los puntos de vista de Marx han sido interpretados mecánicamente en ocasiones como si el desarrollo de la tecnología, supuestamente unilineal, de manera no problemática guiara el cambio histórico —en cuyo caso el cambio social está determinado de manera estrecha por el desarrollo de la producción—. Esta interpretación del pensamiento de Marx es inválida. Existen relaciones traslapadas de determinación mutua entre tecnología, sociedad e historia (y otros factores) pero en formas que invariablemente reciben la influencia del

modo de organización social. Por ejemplo, en el capitalismo el desarrollo tecnológico está regido por el imperativo de la ganancia en todas las actividades comerciales. En el feudalismo la producción de bienes de lujo y servicios (militares) y, en cierta medida, implementos agrícolas es de gran importancia, la cual, en la ausencia del motivo de la ganancia y dada la relativa inflexibilidad del modo de organización social, limita el ámbito y el ritmo del avance técnico. En contraste, Marx argumenta que en las sociedades comunistas el desarrollo tecnológico procuraría eliminar las labores repetitivas, físicamente demandantes, inseguras e insalubres, reducir el tiempo de trabajo en su conjunto, satisfacer necesidades básicas y desarrollar el potencial humano (véase el capídtulo XIV).

3. LA ECONOMÍA DE MARX

En 1845-1846, cuando junto con Engels estaba escribiendo *La ideología alemana* y *Las tesis sobre Feuerbach*, Marx ya había empezado a acusar la influencia de los socialistas franceses. Sus ideas no pueden discutirse aquí a detalle; baste decir que fueron reforzadas por la herencia radical de la Revolución francesa y el fracaso de la emergente sociedad burguesa para cristalizar las demandas de *liberté, égalité, fraternité*. Los socialistas franceses también estaban profundamente involucrados en la política de clases, y muchos creían en la necesidad y la posibilidad de una toma revolucionaria del poder por parte de los trabajadores.

La síntesis de Marx entre la filosofía alemana y el socialismo francés habría quedado incompleta sin su crítica de la economía política británica, que estudió más tarde, especialmente durante su largo exilio en Londres desde 1849 hasta su muerte en 1883. Dadas sus concepciones de la filosofía y la historia explicadas anteriormente, era natural que Marx volcara sus estudios hacia la economía a fin de comprender la sociedad capitalista contemporánea e identificar sus fortalezas y limitaciones, y su potencial para la transformación en una sociedad socialista (comunista). Para lograr esto se sumergió en la economía política británica, desarrollando en particular la teoría del valor-trabajo a partir de los escritos de Adam Smith y especialmente de David Ricardo. Para Marx es insuficiente basar la fuente del valor en el tiempo de trabajo de la producción, tal como supone Ricardo, porque el punto de vista de éste toma como dados el intercambio, los precios y las mercancías. El hecho de que las mercancías tengan más

valor porque en ellas se incorpora más trabajo plantea la cuestión de por qué, en primera instancia, existen las mercancías, dejando de lado si es una abstracción relevante proceder como si, en general, las mercancías se intercambiasen en proporción al tiempo de trabajo necesario para su producción. Esto anticipa el siguiente capítulo, pero ilustra una característica clave del método de Marx y una crítica suya a otros escritores. Marx encuentra que otros economistas están equivocados no sólo en su contenido sino en su intento inadecuado. Lo que los economistas tienden a suponer como características atemporales de las sociedades y los humanos, Marx resueltamente lo desecha y lo entiende en un contexto histórico.

Marx toma como un dato la necesidad de trabajar (por parte de la sociedad) para producir y consumir. Sin embargo, el modo en que la producción se organiza debe hacerse explícito, y la dependencia de otras relaciones sociales respecto de esta organización requiere una explicación tanto estructural como histórica. Muy brevemente, Marx argumenta que al trabajar, y producir las condiciones materiales de su reproducción individual y social, la gente establece relaciones sociales definidas, como esclavo o amo, señor o siervo, capitalista o trabajador asalariado, y así sucesivamente. Los patrones de vida están determinados por las condiciones sociales, en particular los papeles que se desempeñan en el proceso de producción. Estas relaciones existen independientemente de la voluntad individual, aun cuando se han establecido en el curso del desarrollo histórico de la sociedad (por ejemplo, nadie puede "elegir" ocupar la posición social de propietario de un esclavo en las sociedades capitalistas actuales, y aun la "opción" entre ser un capitalista o un trabajador asalariado no está disponible de manera libre para cada uno y seguramente no en condiciones iguales).

En todas las sociedades excepto la más simple, las relaciones sociales de producción específicas de un modo de producción particular (feudalismo, capitalismo, y así sucesivamente) se estudian de la mejor manera como relaciones de clase. Estas relaciones son la base sobre la que se construye y reproduce la sociedad misma en el tiempo. Igual que la libertad de propiedad, comprar y vender son características legales clave de la sociedad capitalista, las obligaciones divinas o feudales son fundamentos legales del feudalismo. Adicionalmente, se establecen formas políticas, legales, intelectuales y de distribución que se apoyan mutuamente, y tienden a oscurecer y a desincentivar todos los puntos de vista de la sociedad excepto

los más convencionales, ya sea por vía de la fuerza del hábito o por otras vías. El siervo se siente atado a su amo o al rey por lealtad, frecuentemente a través de la Iglesia, y cualquier vacilación puede ser penalizada de modo severo. El trabajador asalariado tiene tanto la libertad como la obligación de vender su fuerza de trabajo. Existen luchas por salarios más elevados, pero esto no cuestiona el sistema salarial o el marco legal o institucional que lo apoya, desde las negociaciones salariales colectivas hasta la seguridad social y los sistemas de crédito, y así sucesivamente. En contraste, cuestionar la *naturaleza* del capitalismo es visto con desagrado por las autoridades y otras voces dominantes de la sociedad. Mientras que el disenso individual se tolera con frecuencia, las grandes organizaciones anticapitalistas y los movimientos de masas son reprimidos invariablemente.

En este contexto, Marx critica a los economistas políticos clásicos y a los utilitaristas por suponer que ciertas características de la conducta humana, como el egoísmo, son permanentes de la "naturaleza humana" cuando, en realidad, aparecen en los individuos a través de su existencia en sociedades particulares. Consecuentemente, toman como determinadas esas características de la sociedad capitalista que Marx considera necesario explicar: el monopolio de los medios de producción por una pequeña minoría, el empleo asalariado de la mayoría, la distribución de los productos mediante el intercambio monetario y la remuneración que implica las categorías económicas de precios, ganancias y salarios.

La teoría del valor de Marx es una contribución penetrante a la ciencia social en cuanto que se ocupa ella misma de las relaciones que las personas establecen entre ellas en lugar de las relaciones técnicas entre las cosas o el arte de economizar. Marx no está interesado en construir una teoría del precio, un conjunto de criterios de eficiencia o una serie de proposiciones de bienestar; no pretendió nunca ser un "economista" o ni siquiera un economista político (clásico). Marx fue un científico social crítico cuyo trabajo rebasa, y rechaza, las barreras que separan a las disciplinas académicas. Las cuestiones cruciales para Marx conciernen a la estructura interna y a las fuentes de estabilidad y crisis del capitalismo, y a cómo el deseo de cambiarlas puede desarrollarse en la forma de una actividad (revolucionaria) transformativa exitosa. Estas cuestiones continúan siendo válidas en el siglo XXI.

4. TEMAS Y LECTURAS ADICIONALES

Varias biografías de Marx se encuentran disponibles; véanse, por ejemplo, David McLellan (1974), Franz Mehring (2003) y Francis Wheen (2000). La trayectoria intelectual de Marx ha sido revisada por Allen Oakley (1983, 1984, 1985). La historia de la economía marxiana está documentada ampliamente en Michael Howard y John King (1989, 1991), y los conceptos clave de la bibliografía marxiana se explican con autoridad en Tom Bottomore (1991).

Marx discute su propio método en raras ocasiones, pero hay excepciones significativas en la introducción a Marx (1981a), los prefacios y posfacios a Marx (1976) y el prefacio a Marx (1987). La bibliografía y la controversia subsecuentes han compensado con creces la aparente omisión del propio Marx. Casi todos los aspectos de su método han sido sometidos a escrutinio riguroso y a interpretaciones discrepantes de simpatizantes y críticos por igual. Nuestra presentación aquí es penosamente simple y superficial. Se deriva de Ben Fine (1980, cap. I; 1982, cap. I) y Alfredo Saad-Filho (2002, cap. I), textos que deberían consultarse para una interpretación más amplia del método de Marx. Otros autores han examinado con gran detalle el papel de las clases, los modos de producción, la dialéctica, la historia, la influencia de otros pensadores y así sucesivamente en el análisis de Marx. Chris Arthur ha escrito intensamente sobre el método de Marx (por ejemplo, Arthur, 2002); véanse también los ensayos en Andrew Brown, Steve Fleetwood y Michael Roberts (2002), Duncan Foley (1986, cap. I), Fred Moseley (1993) y Roman Rosdolsky (1977, parte 1). Las interpretaciones mecanicistas de Marx que sugieren una determinación causal rígida entre, por ejemplo, las relaciones de clase y los factores económicos y otros han sido examinados y criticados ampliamente por Ellen Meiksins Wood (1984, 1995), Michael Lebowitz (2009a, parte 2) y Paul Blackgledge (2006). Las raíces históricas de la economía política de Marx son revisadas por Dimitris Milonakis y Ben Fine (2009), con desarrollos subsecuentes en la economía ortodoxa examinados por Ben Fine y Dimitris Milonakis (2009).

II. PRODUCCIÓN DE MERCANCÍAS

MARX es reconocido por su compromiso con lo que se considera *la* teoría del valor trabajo. Varios aspectos diferentes de su análisis del valor y el capital(ismo) han sido objeto de una feroz controversia, a favor y en contra de Marx y, sobre algo que está muy relacionado pero que es distinto, las diferentes interpretaciones de lo que realmente quiso decir —los comentaristas difieren respecto a lo que él dice, además de si es correcto o no—. Como resultado de ello hay diferentes interpretaciones de la teoría del valor trabajo, muchas de las cuales le han sido impuestas a Marx con base en la ignorancia, con el deseo de descalificarlo, o, perversamente, procurando defenderlo. Más aún, con frecuencia es posible vincular las disputas sobre la economía política de Marx a las diferencias sobre su teoría del valor. Correcta o incorrectamente, en estos debates continuos dos temas han sido fundamentales: ¿al adoptar la teoría del valor *trabajo*, Marx ha privilegiado el trabajo indebidamente? Y ¿qué tan adecuadamente sirve la teoría del valor trabajo como una teoría de los precios?

El propósito de este capítulo es embarcarnos en una travesía analítica que se realiza a través del resto del libro. Se formulan varias interrogantes sobre la teoría del valor trabajo que están relacionadas con el método y la obra de Marx. Para él, la teoría del valor trabajo no puede probarse como correcta mediante alguna magia conceptual o a través de acrobacias técnicas o algebraicas. Más bien, su teoría del valor se propone reproducir en el pensamiento las relaciones económicas clave, los procesos y estructuras que prevalecen en la sociedad capitalista (véase el capítulo I). Es contra esta prueba que su teoría del valor, y las interpretaciones respectivas, deberían juzgarse. Mientras que la teoría del valor de Marx tiene un inicio simple, que es el foco de atención de este capítulo, se enriquece y se vuelve más complicada a medida que se despliega para confrontar las complejidades del capitalismo mismo. Como se mostrará en capítulos posteriores, estas complejidades, lejos de negar la teoría del valor de Marx, confirman su consistencia interna y su poder explicativo, pero dentro de límites que es necesario reconocer para evitar un "reduccionismo", la

noción de que todo puede ser explicado por el valor. Es cuestión de incorporar más material específicamente histórico para avanzar en el análisis.

1. LA TEORÍA DEL VALOR TRABAJO

Al analizar un modo de producción, como el capitalismo, el punto de partida de Marx es siempre la producción: ¿cómo producen las condiciones materiales de su propia reproducción las sociedades capitalistas? En cualquier sociedad, la producción crea valores de uso, es decir, cosas útiles: alimentos, ropa y casas, así como productos inmateriales, como servicios educativos, salud y otros de carácter personal, todos los cuales son (más o menos) necesarios para la existencia continua de la sociedad. Así, la división del trabajo y la producción de valores de uso pueden tomarse como características duraderas de la organización humana. Pero quién produce qué y cómo, y con qué implicaciones para la economía y la sociedad, son interrogantes cruciales en las ciencias sociales. Diferentes disciplinas e ideologías han dado diferentes respuestas, desde el orden natural hasta la tradición, desde la persecución del interés propio a la idea de la necesidad como la madre de la invención. La corriente económica principal (ortodoxa o neoclásica), en particular ha tomado la necesidad del consumo como la justificación de un enfoque o método universal en la que la economía es la ciencia que se ocupa de la asignación de recursos escasos para satisfacer necesidades insaciables. Desde este punto de vista, la economía puede organizarse a través del mercado, el Estado, los hogares, o a través de la esclavitud, por ejemplo. Estos son meros detalles, por oposición a la dualidad fundamental entre la escasez y la necesidad que es el foco de atención de la economía ortodoxa y que provee el criterio con el cual se mide la eficiencia relativa de las alternativas.

Por el contrario, para Marx las relaciones sociales, especialmente las de clase, son esenciales para distinguir una economía de otra así como para identificar las diferencias dentro de una economía. Esto implica no sólo las relaciones de propiedad y distribución que definen los modos de producción, o quién es propietario de qué y por qué, sino también cómo se organiza la propiedad y da lugar a formas de control del trabajo y sus productos, así como otros aspectos de la organización social. Así, por ejemplo, una característica crucial del capitalismo es que éste es un sistema

altamente desarrollado de producción de *mercancías*. ¿Cuál es el significado de la mercancía? Siguiendo a Adam Smith, Marx distingue el valor de uso del valor de cambio dentro de cada mercancía, su utilidad, que no puede cuantificarse, en general, de su habilidad para intercambiarse por otras mercancías, que pueden cuantificarse. Cada mercancía tiene un valor de uso, o habilidad para satisfacer necesidades humanas, sin la cual no podría venderse y, por tanto, no se produciría. Pero no todo valor de uso es una mercancía porque los valores de uso creados naturalmente, que están disponibles de manera gratuita o no se intercambian por dinero en el mercado, no tienen valor de cambio (por ejemplo, la luz solar, el aire, los espacios abiertos, las frutas silvestres, la producción para el uso personal, la producción para o por parte de parientes o amigos, o los "bienes públicos", incluyendo el acceso a las carreteras o los sistemas de salud y educación públicos).

El valor de cambio incorpora una relación de equivalencia entre objetos. Esta relación tiene que satisfacer ciertas propiedades que nos son familiares en la vida diaria, especialmente en el mercado y en el cálculo comercial, no importa cuán simples o complejas sean. Si x se intercambia por y (digamos $x \sim y$), entonces $2x \sim 2y$. Si adicionalmente $u \sim v$, entonces (u y x) ~ (v y y), así sucesivamente. Pero existe un número ilimitado de relaciones que satisfacen estas propiedades; por ejemplo, el peso o el volumen. La interrogante que Marx trata de responder es ¿qué relación social puede proveer la base para los intercambios de mercado sistemáticos (en lugar de fortuitos) y, más generalmente, para la reproducción social en las circunstancias históricas del capitalismo? ¿Qué permite que las mercancías sean equivalentes en el intercambio? En el caso del peso o el volumen, la equivalencia se debe a las propiedades físicas o naturales, es decir, masa y tamaño respectivamente, propiedades que existen independientemente de si y cómo se miden normalmente y que son independientes del intercambio. Más aún, aunque cada mercancía se caracteriza por sus propiedades físicas particulares, que, en parte, le dan su valor de uso (la otra parte se deriva de la cultura de consumo y uso), su valor de cambio no está relacionado con estas propiedades. Como ya se mencionó, las cosas más útiles, como el aire, la luz solar y el agua, frecuentemente tienen poco o ningún valor de cambio. Lo que crea la relación de intercambio, entonces, no es una relación física entre bienes sino una relación social históricamente específica, no menos que la forma en la cual la producción de valores de uso se organiza —para

el mercado—. La economía ortodoxa ha empezado a tomar nota de esto recientemente al aceptar que las instituciones, la confianza, la cultura, y así sucesivamente, importan para la eficacia del intercambio, más aún porque los mercados son imperfectos en algún sentido. Pero esto es entender el argumento de manera equivocada. Antes de examinar las instituciones como respuesta al mercado, el mercado mismo debe explicarse (como una "institución" o de alguna otra manera). En un nivel más profundo, los mercados mismos no son simples mecanismos neutrales de intercambio, sino específicos en cada caso, ya que reflejan fundamentalmente las relaciones sociales en que se apoyan.

Esto lleva a Marx a sugerir que una relación cualitativa y cuantitativa entre los productores de esas mercancías subyace a la equivalencia entre las mercancías como valores de uso. Esto es porque, para Marx, es axiomático que a través de la historia la gente ha vivido de su trabajo: si todos pararan de trabajar la sociedad tal como la conocemos no podría sobrevivir más allá de unos pocos días. Más aún, en todas las sociedades, exceptuando las más simples, algunos han vivido siempre sin trabajar gracias al trabajo de otros. Sin embargo, la apropiación del trabajo ajeno (o de sus productos) por parte de alguna persona toma diferentes formas y se justifica de diferentes maneras en diferentes sociedades. En el feudalismo, los productos se distribuyen frecuentemente por apropiación directa, justificado por un derecho feudal o incluso divino. En el capitalismo los productos del trabajo generalmente toman la forma de mercancías, y se distribuyen mediante el intercambio en el mercado libre. En el capítulo III se discute cómo esta libertad da lugar a la apropiación de una clase por parte de otra. Por el momento, sólo estamos interesados en la naturaleza de la relación de intercambio. En otras palabras, en una sociedad productora de mercancías, ¿qué es lo especial de la producción y el trabajo?

Para responder a esta cuestión, Marx da un paso firme y preciso, aunque menos polémico en su tiempo que subsecuentemente. Él define las mercancías como valores de uso producidos por el trabajo *para* el intercambio. Esto significa que no todo lo que se intercambia, incluso a través del mercado, es una mercancía. Quizá esto es fácilmente aceptable en el caso del soborno, o de los productos de segunda mano comercializados ocasionalmente, o aun de las obras de arte, aunque cada uno de estos bienes puede tener un precio (esto es, tomar forma de mercancía) a su manera. Pero, anticipándonos en parte, para Marx estos son fenómenos accidentales

que no desempeñan papeles fundamentales en la reproducción económica y social, sino que son excepciones, y causal y analíticamente deben ser abstraídos al analizar la producción de mercancías en general y en el capitalismo en particular. De esto se sigue que una propiedad fundamental que todas las mercancías comparten en común es que son productos del trabajo. Esta propiedad se deriva del discernimiento fundamental de que las sociedades no pueden vivir (y que las ganancias no pueden surgir) sólo a través del intercambio, sino que por el contrario, el intercambio sistemático debe fundarse en un modo de producción específico que lo sostenga a él mismo (y a la sociedad). Del mismo modo, en una sociedad de mercancías, los trabajos concretos (que producen valores de uso específicos) no se realizan casualmente sino como parte de una intrincada división del trabajo que los conecta entre sí a través del mercado, o a través del intercambio de sus productos por dinero.

Esta es una relación social cualitativa e impersonal. Por ejemplo, generalmente compramos mercancías sin saber nada acerca de quién y cómo las produjo. Porque la producción de mercancías requiere una división de la mano de obra dentro y en diferentes lugares de trabajo donde se realizan diferentes actividades que se reúnen y se miden entre sí, aunque indirectamente, a través del mercado. Este proceso social es la base de la teoría del valor trabajo e involucra relaciones que pueden ser fácilmente cuantificadas de manera teórica analizando el intercambio desde el punto de vista del tiempo de trabajo socialmente (más que individualmente) necesario para producir esas mercancías: por ejemplo, la cantidad de tiempo de trabajo requerido para producir pan en contraste con la cantidad requerida para hacer una camisa (y más importante aún, cómo se determinan y modifican estos tiempos de trabajo a través del progreso tecnológico y otros cambios). La teoría del valor trabajo no es una noción metafísica, porque capta analíticamente los aspectos esenciales de la vida material en el capitalismo, concernientes a cómo se organiza la producción, cómo se liga al mercado y cómo se apropian y distribuyen dentro de la sociedad los productos del trabajo social.

Marx se percata de que en las sociedades capitalistas, donde típicamente los productos toman la forma de mercancías, la producción es para el intercambio, y principalmente para la obtención de ganancias, en lugar de sólo para el uso inmediato. El capitalismo es un sistema que se propone producir valores de uso sociales, valores de uso para otros desconocidos

debido al anonimato del mercado. La producción de valores de uso sociales, los intercambios del mercado y la generación de ganancias están ligados entre sí íntimamente. Pero así como los productos incorporan valores de uso sociales (producción para personas desconocidas, a través del mercado), también son creados por el trabajo social en abstracto (por trabajadores asalariados desconocidos, contratados a través del mercado de trabajo y disciplinados en empresas que compiten por el imperativo de la ganancia, y fuera del sistema financiero y del mercado de valores). En las sociedades capitalistas, los productos del trabajo concreto cuentan como valor de trabajo social abstracto. A este respecto, al intercambio no le concierne la calidad, o el tipo de trabajo concreto, sino sólo la cantidad de trabajo abstracto, necesariamente expresado a través de los precios de las mercancías. En el intercambio, lo que importa en relación con lo que se tiene que pagar no es el valor de uso que se desea —ya sea que el tiempo de trabajo corresponde a un panadero, un sastre, un conductor de autobús o un programador informático—, sino las cantidades de tiempo de trabajo (socialmente necesario, en lugar de individual y concreto) que se han invertido.

El valor de una mercancía es el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla, incluyendo los insumos de trabajo directo (vivo) e indirecto (muerto o pasado); el tiempo de trabajo para producir los medios de producción requeridos, como materias primas, maquinaria, edificios, y así sucesivamente.

Esto no quiere decir que las mercancías se intercambian por sus valores. Los precios de mercado son afectados por las razones de trabajo indirecto a trabajo directo, la escasez, las calificaciones, los monopolios, los gustos y por las variaciones más o menos accidentales de la oferta y demanda. Estas influencias contingentes han sido el objeto primario de estudio de los economistas ortodoxos desde la revolución neoclásica de la década de 1870, con poco avance respecto de las ideas de Adam Smith de un siglo antes, excepto la creciente sofisticación matemática. Marx no ignoró estas influencias, pero son irrelevantes para descubrir las relaciones sociales de producción específicas del capitalismo. Si esto no puede realizarse sobre el supuesto de que las mercancías se intercambian por su valor, sin duda no se puede hacer en los casos más complicados en los que no es así. A lo largo de este libro supondremos que las mercancías se intercambian por sus valores a menos que se indique lo contrario. Esto no debe interpretarse

como una teoría completa de los precios, sino como un intento de comprender la naturaleza del *sistema* de precios y los procesos esenciales en que se apoya la reproducción económica de las sociedades capitalistas.

Así, el capitalismo, en cuanto producción generalizada de mercancías para la ganancia, se caracteriza por la producción de valores de uso social y, por tanto, por el intercambio de productos de trabajos concretos que existen y contribuyen al valor como trabajo social abstracto. Metodológicamente, ésta no es una imposición analítica de la noción de valor, sino simplemente un reflejo de lo que el sistema de mercado *hace:* conecta los trabajos concretos entre sí y los mide recíprocamente. Marx no basa su concepto de valor en una construcción mental alejada del mundo real que requiere toda suerte de supuestos arbitrarios. Más bien, su argumento se basa en el *hecho* de que la reducción de todos los tipos de trabajo a un estándar común es un producto esencial y espontáneo del mundo real del capitalismo mismo. La teoría del valor trabajo de Marx, en primer lugar y sobre todo, reproduce en el pensamiento la manera en la cual el capitalismo organiza realmente la producción de bienes y servicios necesarios para la reproducción social. Reconoce que la relación entre las mercancías como valor de uso (precios relativos) es el resultado de una relación social subyacente entre los productores que expresa la equivalencia entre sus diferentes trabajos concretos como trabajo social abstracto. El punto importante es que la relación entre el intercambio, precios y valores no es exclusivamente, ni incluso principalmente, cuantitativa; refleja relaciones sociales de producción, distribución e intercambio definidas. Es todo esto lo que debe entenderse.

2. TRABAJO Y FUERZA DE TRABAJO

La sección previa ha mostrado que, en la sociedad capitalista, el intercambio de diferentes tipos de trabajo se realiza a través del intercambio de mercancías. Esto podría suceder sin el capitalismo, por ejemplo, si una sociedad hipotética de artesanos independientes intercambiara sus productos, lo cual a menudo se denomina producción simple de mercancías. Sin embargo, esto es más una posibilidad lógica que un modo de producción históricamente dominante. Lo que caracteriza al capitalismo no es un intercambio de productos entre productores independientes, sino la

compra y venta de la capacidad de trabajo de los trabajadores y su utilización en la producción de mercancías para la ganancia.

Para distinguir a los trabajadores mismos de su propia habilidad o capacidad para trabajar, Marx llamó a esta última *fuerza de trabajo*, y a su desempeño o aplicación, *trabajo*. Estos conceptos son importantes pero a menudo se entienden mal. La característica distintiva más importante del capitalismo es que la fuerza de trabajo deviene en una mercancía. El capitalista es el comprador, el trabajador es el vendedor, y el precio de la fuerza de trabajo es el salario. El trabajador vende la fuerza de trabajo al capitalista, quien determina cómo debe ejercerse esa fuerza de trabajo como trabajo para producir mercancías particulares. En cuanto mercancía, la fuerza de trabajo tiene un valor de uso, que es la creación de otros valores de uso. Esta propiedad es independiente de la sociedad en particular en la cual tiene lugar la producción. Sin embargo, en las sociedades capitalistas, los valores de uso se producen para la venta y, como tales, incorporan tiempo de trabajo abstracto. En estas sociedades, la mercancía fuerza de trabajo también tiene el valor de uso específico que consiste en que es la fuente de valor cuando se ejerce como trabajo. En esto, la fuerza de trabajo es única.

El trabajador no es por tanto un esclavo en el sentido convencional de la palabra, y no se le vende como otras mercancías sino que es propietario y vende su fuerza de trabajo. Asimismo, la extensión del tiempo por el cual se realiza la venta o se contrata formalmente a menudo es muy corta (una semana, un mes, o algunas veces sólo hasta finalizar una tarea específica). Sin embargo, en muchos otros aspectos el trabajador es como un esclavo. El trabajador tiene poco o ningún control sobre el proceso de trabajo o el producto. Existe la libertad de vender la fuerza de trabajo, pero es una libertad parcial, la alternativa en el límite es el hambre o la degradación social. Uno podría argumentar que un esclavo podría escapar o rehusarse a trabajar, aunque el nivel y la inmediatez de la retribución son de un orden diferente en conjunto. Por estas razones, los trabajadores en el capitalismo han sido descritos como esclavos asalariados, aunque el término es un oxímoron. Uno no puede ser a la vez esclavo y trabajador asalariado; por definición, el esclavo no tiene las libertades que un trabajador asalariado puede disfrutar, independientemente de otras condiciones.

Al lado opuesto de la clase de los trabajadores están los capitalistas, quienes controlan a los trabajadores y al producto del trabajo a través del

control del pago de los salarios y la propiedad de los instrumentos y materias primas, o medios de producción. Esta es la clave de las relaciones de propiedad específicas del capitalismo. Porque el monopolio capitalista de los medios de producción ata a los trabajadores a la relación salarial, explicada antes. Si los trabajadores poseyeran o estuvieran autorizados a utilizar los medios de producción independientemente del contrato salarial, no habría necesidad de vender la fuerza de trabajo sino el producto del trabajo, y, por tanto, no habría necesidad de someterse al control capitalista en la sociedad, durante la producción y fuera de ella.

Ahora vemos que la teoría del valor trabajo no sólo capta las relaciones de distribución establecidas a través del intercambio de productos del trabajo, sino también incorpora y expresa las relaciones de producción y explotación específicas del capitalismo, una vez que se establece la distinción entre trabajo y fuerza de trabajo. El intercambio social de fuerza de trabajo por dinero, además del intercambio de productos a través del mercado, presupone por una parte el monopolio de los medios de producción por la clase de los capitalistas y por otra la existencia de una clase de trabajadores asalariados que no tienen acceso directo a los medios de producción (véase el capítulo VI). No sorprende que esta importante distinción crítica entre trabajo y fuerza de trabajo nunca se plantee en la economía ortodoxa, que utiliza la terminología "neutral" de insumos de factores y productos. La terminología ortodoxa sugiere que los insumos trabajo y capital contribuyen de la misma manera al proceso de producción, tanto así que se conceptualiza a los trabajadores como "capital humano" y, de esta manera, son reducidos al estatus de insumos físicos (tal como el "capital" mismo, en lugar de que se les conciba como el resultado de relaciones de clase históricamente específicas).

3. EL FETICHISMO DE LAS MERCANCÍAS

Marx percibe que el intercambio de valores de uso producidos refleja la organización social del trabajo que han producido estas mercancías. Pero para varios de los economistas contemporáneos suyos, y para casi todos los economistas subsecuentes, la relación entre trabajadores y los productos de su trabajo es meramente una relación entre cosas, es decir, del tipo *x* piezas de pan = 1 camisa, o una semana de trabajo vale tanto estándar de vida (la canasta de bienes de consumo salarial). Así, mientras que el capitalismo

organiza la producción en relaciones sociales definidas entre capitalistas y trabajadores, estas relaciones se expresan y aparecen, en parte, como relaciones entre cosas. Estas relaciones sociales se mistifican además cuando el dinero entra en juego, y todo se analiza en términos de precio. Marx llama a esta perspectiva del mundo capitalista el *fetichismo de las mercancías*. Esto es más inminente en la teoría económica moderna, donde aun la fuerza de trabajo es considerada como un insumo o factor al igual que cualquier otro. Las remuneraciones factoriales son concebidas ante todo como debidas a las propiedades físicas de los insumos, como si las ganancias o la renta fueran directamente producidas por la maquinaria o la tierra, en lugar de serlo por la gente existente en conjunto en relaciones y sociedades particulares.

Marx establece el paralelo brillante entre el fetichismo de la mercancía y la devoción religiosa feudal, cosa que no sorprende dada la temprana influencia de Feuerbach. Dios es la creación propia de la sociedad. En el feudalismo, las relaciones humanas con Dios ocultan y justifican las relaciones reales con los seres humanos, un absurdo eslabón de explotación tal como aparece en la mente burguesa (capitalista). El capitalismo, sin embargo, tiene su propio Dios y su propia biblia. La relación de intercambio entre cosas también es creada por la gente, ocultando la verdadera relación de explotación y justificándola mediante la doctrina de la libertad de intercambio.

Pero existe una diferencia importante entre el fetichismo religioso y el de la mercancía, porque, mientras Dios es una creación de las religiones, las mercancías tienen una existencia real, y su intercambio representa y, en cierta medida, oculta las relaciones sociales reales de producción (véase el capítulo I). Igualmente, el sistema de precios existe y está ligado al sistema económico y social más amplio, pero sin hacer transparente la naturaleza del sistema. En particular, la compra-venta de mercancías no revela las circunstancias mediante las cuales llegaron al mercado, o la explotación de los productores directos, los trabajadores asalariados, por parte de la clase capitalista. Consecuentemente, Marx pone el énfasis en los precios como un sistema de valor, determinado por las relaciones de clase de producción y explotación. Pero vale la pena destacar que no sólo las relaciones de clase y de producción están fetichizadas por su forma de mercancía. Por ejemplo, sólo trazando el vínculo del mercado con la producción podemos penetrar el velo de la publicidad y descubrir si los productos son, por ejemplo,

amigables al medio ambiente (“orgánicos”), o si están libres de la explotación del trabajo infantil, y así sucesivamente.

A la luz de esto, el fetichismo de la mercancía puede convertirse en la base de una teoría de la alienación o la reificación. Los trabajadores no sólo están separados del control del producto y el proceso que los crea, sino que también su visión de esta situación normalmente está distorsionada, o a lo sumo es parcial. Más aún, los capitalistas están sujetos al control social a través de la competencia y la necesidad de la rentabilidad. Para los capitalistas y los trabajadores pareciera que poderes extraños ejercen este control y no las relaciones sociales de producción y sus efectos peculiares con respecto al capitalismo. Una vez más, en algún sentido esto es verdad. Por ejemplo, la pérdida de empleo o la bancarrota puede atribuirse a una cosa o a una fuerza impersonal, como la infortunada introducción (o, alternativamente, la destrucción) de una máquina, cambios en las preferencias de los consumidores, la competencia internacional o la crisis económica de cualquier origen o causa. Más recientemente, la “globalización” ha sido entendida en términos genéricos casi religiosos como si fuera capaz de explicar todas las cosas, buenas o malas, del capitalismo contemporáneo (véanse los capítulos XIV y XV). Pero para darle respiro analítico y vida explicativa a la competencia, a la crisis económica y a la globalización e ir más allá del misticismo, debemos empezar por entender con claridad las relaciones sociales en que se basa la producción capitalista, en lugar de convertir sus efectos en fetiches.

La distinción entre el fetichismo religioso y el de la mercancía no es simplemente académica. Debido a sus orígenes imaginarios, el fetichismo religioso puede ser rechazado fácilmente, al menos en teoría, aunque en realidad está apoyado por fuerzas materiales y prácticas que le otorgan influencia considerable en nuestra vida cotidiana. Por el contrario, no importa cuán bien se le entienda, no es posible ignorar el sistema de precios mediante un acto de voluntad, excepto en los momentos marginales y en los intentos frágiles de autosustentabilidad. Como resultado, y aquí de nuevo hay un paralelo con el fetichismo religioso, es posible entender las realidades capitalistas subyacentes de cuando en cuando a través de las consecuencias de las prácticas cotidianas y la reflexión acerca de ellas. De la misma manera en que puede concebirse que Dios no exista, también se puede concebir que el capitalismo es un sistema de clase explotador que está lejos de ser libre, cualquiera que sea el grado de igualdad ante el

mercado. Esto despeja el camino para la lucha material e ideológica. Porque la existencia de las ganancias, el interés y la renta indica que el capitalismo es explotador; como consecuencia, el desempleo, las crisis económicas, las vastas desigualdades, la degradación ambiental, y así sucesivamente, devienen tan visiblemente transparentes como la inhabilidad del paciente para heredar la tierra o comer pastel en el cielo cuando muera.

Esto plantea dos temas íntimamente relacionados y debatidos arduamente dentro del marxismo y en las ciencias sociales y en el espectro político más generalmente. El primero es la cuestión metodológica y analítica de cómo ordenar los diversos resultados empíricos asociados con el capitalismo. ¿Podemos tratar la desigualdad independientemente de las clases, la pobreza aparte de la represión económica y otras formas de represión, y el crecimiento separadamente de las crisis? Segundo, ¿hasta qué punto estas condiciones son endémicas del capitalismo o reformables dentro del mismo? Porque no es simplemente un asunto de conexiones lógicas entre las diferentes categorías de la economía política, por ejemplo, entre el valor y el precio. Una de las fortalezas de *El capital* de Marx, reconocida tanto por simpatizantes como por enemigos, es haber señalado el carácter sistémico del capitalismo y sus características esenciales. De igual forma, la antipatía del marxismo hacia el reformismo, a menos que éste sea parte de una estrategia más amplia para el socialismo, se basa en las limitaciones inevitables del reformismo dentro de los confines impuestos por el capitalismo. Alrededor de estos temas existe mucho espacio para la disputa sobre el método, la teoría y la política de reforma, todo ello en debate dentro y en contra del marxismo.

Estos puntos de vista arrojan luz sobre el desarrollo intelectual del propio Marx, ya que su concepto tardío del fetichismo de la mercancía forja un eslabón con su obra temprana de 1844. En ese entonces, mientras rompía con el idealismo hegeliano y adoptaba una filosofía materialista, desarrollaba una teoría de la alienación. Ésta se concentraba en las relaciones individuales con la actividad física y mental y con los otros individuos, y en la conciencia de estos procesos. En *El capital*, después de un extenso estudio económico, Marx es capaz de hacer explícitas las fuerzas coercitivas ejercidas por la sociedad capitalista sobre el individuo. Éstas pueden ser la compulsión de la rentabilidad y del trabajo asalariado, o las más sutiles distorsiones mediante las cuales estas fuerzas se justifican ideológicamente: abstinencia, ética del trabajo, libertad de intercambio y

otros aspectos del fetichismo de mercancías. A diferencia de otras teorías de la alienación, la teoría marxista coloca al individuo en una posición de clase y examina las percepciones de esa posición. En primera instancia, no se ve al individuo como un ser impotente en un "sistema" no explicado de irracionalidad, impersonalidad, desigualdad, autoritarismo, burocracia o lo que sea. Estos fenómenos tienen su propio carácter en una sociedad capitalista en un momento particular, y pueden entenderse solamente como un todo o en relación con los individuos contra la perspectiva de las operaciones del capitalismo, tal como se explica en los siguientes capítulos.

4. TEMAS Y LECTURAS ADICIONALES

La teoría marxista del valor ha sido controvertida en extremo y por igual entre sus proponentes y oponentes. Un punto de partida esencial al evaluar los debates es la distinción entre los enfoques de Ricardo y Marx, aspecto en el que muchos erróneamente identifican a ambos como si sostuvieran *la* (misma) teoría del valor trabajo. No obstante, Ricardo simplemente considera el tiempo de trabajo para explicar el precio sin investigar por qué los productos toman la forma de mercancías. Marx parte de este último punto, justificando el valor como una categoría en su enfoque, dado que la sociedad misma, a través del proceso de producción capitalista y el mercado, realiza la comparación cualitativa y cuantitativa de tiempos de trabajo (concretos). Sobre esto, véase especialmente Geoffrey Pilling (1980), y las contribuciones en Ben Fine (1986), Diane Elson (1979) y Jesse Schwartz (1977, parte 5).

La teoría de valor de Marx se discute ampliamente en sus trabajos de madurez, especialmente en Marx (1976, parte 1, 1987). Para una revisión general concisa de la teoría y sus implicaciones véanse Marx (1981a, parte 7, 1998), y Federico Engels (1998, parte 2). La interpretación en este capítulo se basa en Ben Fine (1980, cap. VI, 2001a, 2002, cap. III) y Alfredo Saad-Filho (2003b). Para puntos de vista similares véanse Diane Elson (1979), Duncan Foley (1986, cap. II), David Harvey (1999, cap. I, 2009), Moishe Postone (1993) y John Weeks (1981, caps. I-II, 1990). Duncan Foley (2000) y Alfredo Saad-Filho (1997a, 2002, cap. II) y las contribuciones en Simon Mohun (1995) explican en forma crítica y revisan interpretaciones alternas de la teoría del valor de Marx.

III. CAPITAL Y EXPLOTACIÓN

EN EL capítulo previo se mostró que la producción de valores de uso como mercancías tiende a ocultar las relaciones sociales de producción como una relación entre productores, lo cual es típico del capitalismo. Ese sistema de producción enfoca su atención en el intercambio como una relación entre cosas. No obstante, tal como lo demuestra lógicamente la producción simple de mercancías y la historia del comercio en el mundo real, el intercambio mismo puede existir y existe sin el capitalismo. Es sólo cuando la fuerza de trabajo se convierte en una mercancía y los trabajadores asalariados son contratados regularmente para producir mercancías para la venta con una ganancia, que el capitalismo deviene en el modo de producción mismo de una sociedad dada. En este capítulo, al examinar el intercambio desde la perspectiva de los trabajadores y de los capitalistas, se verá que el capitalismo no es simplemente un sistema de producción sino también, de manera más crucial, un sistema de trabajo asalariado.

1. EL INTERCAMBIO

Más allá del simple trueque, el cual es un fenómeno histórico muy limitado, el dinero es esencial para el intercambio. Las funciones del dinero han sido exploradas muy bien en la bibliografía: es una medida de valor, un estándar de precios (esto es, una unidad de cuenta), un medio de circulación y una reserva de valor. Como medio de circulación, intermedia el proceso de cambio. Cuando las mercancías se compran a crédito y la deuda se paga posteriormente, el dinero funciona como un medio de pago. En cualquier momento, el uso del dinero como medio de pago puede entrar en conflicto con el uso del dinero como reserva de valor, y esto es importante en las crisis, momentos en que el crédito no se otorga con facilidad y se requiere el pago.

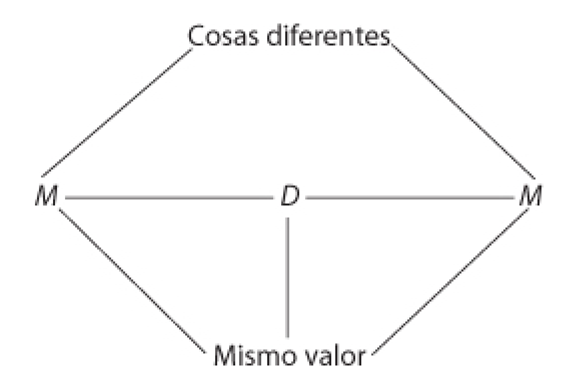
Consideremos primero un problema general: un individuo es propietario de una mercancía, pero, por cualquier razón, preferiría intercambiarla por

otra. Primero, la mercancía *(M)* debe intercambiarse por dinero *(D)*. Esta venta se representa como $M - D$. Segundo, el dinero así obtenido se cambia por la mercancía deseada, $D - M$. En ambos casos, $M - D$ y $D - M$, los valores de las mercancías se realizan en el mercado; el vendedor obtiene dinero y el comprador adquiere un valor de uso, que puede ser utilizado en el consumo o en la producción. En general, entonces, las mercancías se venden para comprar otras mercancías, y esto puede representarse por $M - D - M$, la circulación de mercancías. Los dos extremos de la circulación de mercancías se denotan por M porque ambos existen en la forma mercancía y tienen el mismo valor, no porque sean la misma cosa, de hecho, no pueden ser la misma cosa, de otro modo todo el propósito del intercambio se anularía, actividades especulativas con mercancías aparte.

Suponemos que ambas mercancías tienen el mismo valor, porque la circulación de mercancías (intercambio) como tal no puede añadir valor a los bienes o servicios intercambiados. Aunque algunos vendedores pueden ganar con la venta de mercancías por encima de su valor (intercambio desigual), como ocurre con los comerciantes inescrupulosos y los especuladores, por ejemplo, esto no es posible para todos los vendedores porque el valor que cada uno de ellos gane en el intercambio lo ha de perder otro. Así, el intercambio simple de mercancías se resume en la figura III.1.

Típicamente en el capitalismo, los intercambios simples de mercancías pueden dar inicio con un trabajador o un capitalista. Para el trabajador la única mercancía disponible para la venta es su fuerza de trabajo, y ésta se intercambia por salarios *(D)* y eventualmente por bienes salariales *(M)*. Alternativamente, la venta de mercancías $M - D$ también podría llevarla a cabo un capitalista, ya sea para comprar bienes para su consumo personal o para renovar la producción, por ejemplo, a través de la subsecuente compra de fuerza de trabajo, materias primas, máquinas, y así sucesivamente.

FIGURA III.1. *Intercambio simple de mercancías: vender para comprar*



2. EL CAPITAL

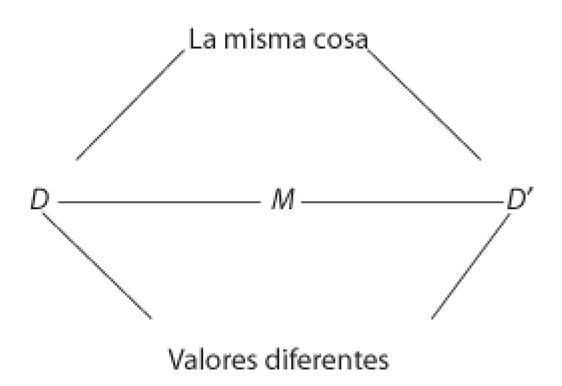
En contraste con los intercambios simples, que comienzan con la venta de mercancías, la producción capitalista debe iniciar con la compra de dos tipos de mercancías. Estas mercancías son los medios de producción (insumos para el posterior procesamiento, máquinas, refacciones, combustible, electricidad y demás) y fuerza de trabajo. Una condición necesaria para obtener fuerza de trabajo es la voluntad de parte de los trabajadores para vender esta mercancía. Esta voluntad, un ejercicio de la "libertad" de intercambio, es impuesta a los trabajadores porque no tienen otra manera de satisfacer sus necesidades de consumo. Por una parte, la venta de fuerza de trabajo es una condición del trabajo, porque de otra manera los trabajadores no podrían tener acceso a los medios de producción, los cuales están monopolizados por los capitalistas. Por otra parte, es un requisito para el consumo puesto que ésta es la única mercancía que los trabajadores pueden vender de manera consistente (véanse los capítulos II y VI).

Habiendo reunido los medios de producción y la fuerza de trabajo ($D - M$), los capitalistas organizan y supervisan el proceso de producción y venden el producto resultante ($M - D$). En este último caso la raya o guión oculta la intervención de la producción en la transformación de los insumos mercancías en dinero (véase el capítulo IV). Por el momento, podemos representar la actividad de intercambio de un capitalista como $D - M - D'$. En contraste con el intercambio simple de mercancías, $M - D - M$, discutido en la sección previa, la circulación capitalista de mercancías comienza y termina con dinero, no con mercancías. Esto implica que en los

dos extremos uno encuentra la misma cosa, dinero, en lugar de cosas diferentes, mercancías con distintos valores de uso. Claramente, el único propósito para realizar esta actividad de intercambio sobre una base sistemática es obtener más valor, en lugar de diferentes valores de uso (D' debe ser numéricamente mayor que D). La diferencia entre D' y D es s, o *plusvalía*. Los intercambios capitalistas se resumen en la figura III.2.

Marx señala que el capital es *valor que se autoexpande*. El dinero actúa como capital sólo cuando se usa para generar más dinero o, para ser más precisos, cuando se le emplea en la producción de plusvalía. Esta comprensión básica de la naturaleza del capital permite distinguirlo de las varias formas específicas que adopta y las funciones realizadas por esas formas, sea como dinero, insumo o mercancía. Cada una de éstas es capital sólo en la medida en que contribuye directamente a la expansión del valor adelantado. Como tal funciona como capital, al mismo tiempo que desempeña su tarea específica de medio de pago, depósito de valor de cambio o medio de producción

FIGURA III.2. *Intercambio capitalista: comprar para vender más caro* (compárese con la figura III.1)



Hemos caracterizado al capital por medio de la actividad de los capitalistas industriales (que incluye no sólo el capital manufacturero sino también la provisión de servicios y otras actividades productoras de plusvalía). Hay también otras formas de capital, como el capital comercial y el capital crediticio. Ambos también aumentan el valor mediante la compra (activos mercantiles o financieros en lugar de medios de producción) para la venta más cara. Ambos aparecen históricamente antes que el capitalismo industrial. Fue una aportación de Marx el haber revertido su orden histórico de aparición para analizar el capitalismo en forma abstracta y en su forma

pura como un sistema social de producción. Esto le permite enfocarse en la relación salarial y en la producción de (plusvalía) valor sin las complicaciones introducidas por las formas y relaciones de intercambio, incluyendo el mercantilismo y la usura, que simplemente transfieren valor (para un análisis más detallado de estas formas de producción, véanse los capítulos XI y XII).

3. PLUSVALÍA Y EXPLOTACIÓN

La mayoría de los economistas encuentran que esta caracterización del capital como valor que se autoexpande no es polémica, aunque sí un poco extraña. Si observamos la figura III.2. y la comparamos con la figura III.1. es evidente que aunque D y D' son valores diferentes, D y M tienen el mismo valor. Esto implica que se ha creado un valor extra en el movimiento $M - D'$. Este valor añadido (plusvalía) es numéricamente igual a la diferencia entre los valores de los productos y los insumos. La existencia de la plusvalía (la ganancia en forma de dinero) no es polémica, porque ésta es obviamente la fuerza motriz de la producción capitalista, y $D - M - D'$ es claramente su forma general. El problema es dar una explicación de la *fuente* de la plusvalía.

Esto ya se ha identificado en la producción, anteriormente, al mostrar que el intercambio no crea valor. Por lo tanto, entre las mercancías adquiridas por el capitalista debe haber una o más que creen más valor que lo que cuestan. En otras palabras, para la producción de plusvalía al menos una de las mercancías debe contribuir más tiempo de trabajo (valor) a los productos que lo que cuesta producirla como insumo; por lo tanto, uno de sus valores de uso es la producción de valor (plusvalía). Como ya se indicó antes, hay un solo candidato: la fuerza de trabajo.

Primero, consideremos los otros insumos. Al tiempo que éstos contribuyen con valor al producto como resultado del tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlos en el pasado, la cantidad de valor que añaden en el producto no es ni más ni menos que su propio valor o costo —porque de otra manera el dinero crecería mágicamente en los árboles o, al menos, en las máquinas—. En otras palabras, los insumos no laborales no pueden transferir más valor al producto del que cuestan como insumos porque, como ya se mostró antes, el intercambio *igual* no crea

valor, y el intercambio *desigual* no puede crear plusvalía, sólo la redistribuye si ya existe previamente.

Consideremos ahora la fuerza de trabajo. Su valor está representado por su costo o, más precisamente, por el valor obtenido por los trabajadores a cambio de la venta de su fuerza de trabajo. Esto corresponde típicamente al tiempo de trabajo socialmente necesario para producir los bienes salario que regularmente compra en promedio la clase trabajadora. En contraste, el valor creado por la fuerza de trabajo en la producción es el tiempo de trabajo *ejercido* por los trabajadores a cambio del salario. A diferencia de los otros insumos, no existe ninguna razón para que la contribución que realizan los trabajadores al valor del producto (digamos, 10 horas diarias por trabajador) deba ser igual al costo de la fuerza de trabajo (cuyo valor puede producirse en, digamos, cinco horas). De hecho, la creación de plusvalía sólo puede deberse a que el valor de la fuerza de trabajo es menor que el tiempo de trabajo social con que ha contribuido el trabajador.

Al utilizar el tiempo de trabajo social como la unidad de cuenta se ha mostrado que el capital sólo puede expandirse si el valor con que contribuyen los trabajadores excede la remuneración recibida por su fuerza de trabajo —la plusvalía se crea por el tiempo de trabajo en exceso al valor de la fuerza de trabajo—. Por tanto, la fuerza de trabajo no crea sólo valores de uso: cuando se la ejerce como trabajo también crea valor y, potencialmente, plusvalía. La fuerza de este argumento puede verse cuando se le compara brevemente con otras teorías del valor.

Las teorías de la abstinencia, la espera o la preferencia intertemporal dependen del sacrificio por parte de los capitalistas del consumo presente como fuente de las ganancias. Nadie puede negar que estos "sacrificios" (usualmente realizados en un confort lujoso) sean una condición de la ganancia, pero, al igual que miles de otras condiciones, no son la causa de las ganancias. La gente sin capital podría abstenerse, esperar y realizar elecciones intertemporales hasta que su rostro se ponga de color azul sin crear ninguna ganancia para ellos mismos. No es la abstinencia la que crea el capital sino el capital el que requiere la abstinencia. La espera ha existido en todas las sociedades; se le encuentra inclusive entre las ardillas sin que ellas obtengan ninguna ganancia. Conclusiones similares se aplican a la interpretación del riesgo como una fuente de la ganancia. Debe recordarse siempre que no son las cosas, abstractas o de cualquier otra forma, las que

crean las categorías económicas —por ejemplo, las ganancias o los salarios —, sino las relaciones sociales definidas entre la gente.

Las teorías marginales de la productividad que se encuentran en el corazón de la economía ortodoxa explican el incremento en el valor entre M y D' mediante las contribuciones técnicamente (o físicamente) determinadas del trabajo y los bienes de capital al producto. Este enfoque no puede tener ningún contenido social y no ofrece ningún discernimiento específico sobre la naturaleza del trabajo y el "capital" cuando se le liga con el *capitalismo*, porque el trabajo y la fuerza de trabajo (nunca se distingue con claridad entre ambos) son analizados a la par de las *cosas*, mientras que la teoría no tiene el interés —ni la capacidad— para explicar la organización social de la producción. Sólo importan las cantidades de medios de producción y fuerza de trabajo, como si la producción fuera principalmente un proceso tecnológico más que social. Sin embargo, los factores de la producción han existido en todas las sociedades. Pero no puede decirse lo mismo de las ganancias, los salarios, las rentas o incluso los precios, los cuales, en su actual difusión, son nuevos, históricamente hablando. La explicación de la forma del proceso de producción, el modo de interacción social y de reproducción en que se basa, y las categorías a las que da lugar exigen más de la teoría económica ortodoxa que lo que ésta puede ofrecer.

Marx argumenta que todo el valor (incluyendo la plusvalía o la ganancia) es producto del trabajo, y que la plusvalía surge de la explotación del trabajo directo o vivo. Supongamos que la jornada de trabajo promedio es de 10 horas, y que los salarios corresponden a la mitad del valor creado en este tiempo de trabajo. Entonces, cinco horas de trabajo al día son "gratis" para la clase capitalista. En este caso, la tasa de explotación, definida como la razón entre el tiempo de trabajo excedente y el necesario, es cinco horas divididas entre cinco horas, o uno (100%). Aunque Marx se refiere a la tasa de plusvalía como algo específico de la explotación en el capitalismo, este concepto puede aplicarse de igual manera a otros modos de producción, por ejemplo al feudalismo, con sus atributos feudales, o a la esclavitud. La diferencia es que, en los dos últimos casos, el hecho de la explotación es evidente, mientras que en el capitalismo la explotación en la producción está disfrazada por la libertad de intercambio.

Denótese el tiempo de trabajo excedente como s y el tiempo de trabajo necesario como v. La suma de s y v conforma el trabajo vivo, l (en forma de

dinero, s es la plusvalía, v es el llamado capital variable y l es el nuevo valor producido).

$$s + v = l$$

La tasa de explotación es $e = s/v$. Marx llama al capital variable v así porque la cantidad de valor añadida por los trabajadores, l, no está fijada de antemano, cuando los trabajadores son contratados, sino que depende de la cantidad de trabajo que puede extraerse en la línea de producción, en la granja o en la oficina. Es variable, en contraste con el capital, c. Éste no es capital fijo (por ejemplo, una fábrica que dura varios ciclos de producción), sino, más bien, materias primas y depreciación del capital fijo en la medida en que se les consume durante el periodo de producción. Por ejemplo, un edificio o una máquina que cuesta 100 000 y dura 10 años contribuye 10 000 libras por año al capital constante. El valor del capital constante no varía durante la producción (sólo el trabajo crea valor), sino que es preservado por el trabajador en el producto, un servicio no intencional realizado para el capitalista. Claramente, c y v son capital porque representan valor en forma de dinero adelantado por los capitalistas para obtener una ganancia. Por lo tanto, el valor λ de una mercancía se compone de capital constante y capital variable más plusvalía (o, alternativamente, capital constante más trabajo vivo), $\lambda = c + v + s$. Su costo es $c + v$, quedando la plusvalía (s) para conformar la ganancia en forma de dinero.

4. Plusvalía absoluta y relativa

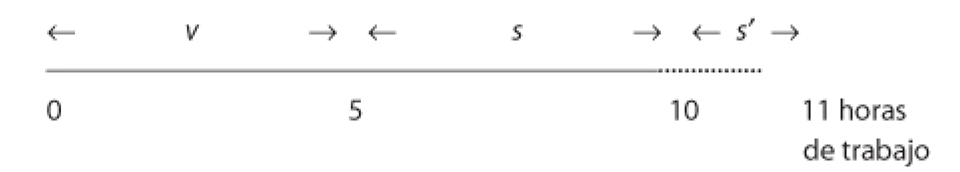
La plusvalía producida depende de la tasa de explotación y de la cantidad de trabajo empleado (que puede incrementarse mediante la acumulación; véase el capítulo VI). Supongamos que la tasa de salarios reales permanece constante. La tasa de explotación puede incrementarse de dos maneras, y se realizarán intentos para incrementarla —porque la naturaleza del capital como valor que se autoexpande impone un objetivo cualitativo importante en los capitalistas: la maximización de la ganancia, o al menos que el crecimiento de la rentabilidad debe tener alta prioridad—.

Primero, e puede incrementarse mediante lo que Marx llama la producción de *plusvalía absoluta*. Sobre la base de métodos de producción existentes —es decir, con valores constantes de las mercancías—, la manera

más simple de conseguir esto es a través de la extensión de la jornada de trabajo. Si en el ejemplo anterior la jornada de trabajo se incrementa de 10 a 11 horas, permaneciendo todo lo demás constante, incluida la magnitud de los salarios, la tasa de explotación aumenta a $^6/_5$, o 120%. La producción de plusvalía absoluta (s') se ilustra en la figura III.3. (la plusvalía total es $s + s'$).

Hay otras formas de producir plusvalía absoluta. Por ejemplo, se producirá plusvalía absoluta si el trabajo se realiza de manera más intensiva durante una jornada de trabajo dada, se realizará más trabajo en el mismo periodo y se producirá plusvalía absoluta. El mismo resultado puede obtenerse a través de hacer que el trabajo se realice de modo continuo, sin interrupciones ni para descansar ni para los alimentos. La producción de plusvalía absoluta es a menudo un subproducto del progreso técnico, porque la introducción de nuevas máquinas o bandas de transportación en la línea de producción también permiten la reorganización del proceso de trabajo. Esto ofrece un pretexto para la eliminación de interrupciones o tiempos muertos en la jornada de trabajo, vistos como fuentes de ineficiencia para el capitalista, y conduce a un aumento del control sobre el proceso de trabajo (así como a mayor intensidad de trabajo) y a una más alta rentabilidad independientemente de los cambios de valor generados por la nueva maquinaria.

FIGURA III.3. *Producción de plusvalía absoluta (s')*



El ritmo de trabajo deseado dentro de una jornada laboral también podría obtenerse a través de una disciplina aplicada de manera cruda. Puede haber supervisión constante por la administración intermedia y penalizaciones, inclusive despidos, y recompensas. Pero también podrían utilizarse métodos más indirectos. Un sistema de salarios a destajo, por ejemplo, incentiva al trabajador a aplicar un ritmo acelerado de trabajo, mientras que una prima por tiempo extra es una inducción para trabajar más allá de las horas normales (que no debe absorber toda la plusvalía extraordinaria, porque de otro modo no habría ganancia adicional para el capitalista).

Otro método más para producir plusvalía absoluta es la extensión de la jornada de trabajo a toda la familia de la clase trabajadora. Como si los niños, la esposa y el esposo recibieran todos salarios separados. Pero el papel estructural desempeñado por todos esos salarios es simplemente el de proveer los medios para reproducir a la familia de la clase trabajadora (y, por tanto, a la clase trabajadora en su conjunto), más que simplemente reproducir a los trabajadores individuales. Con la extensión del trabajo asalariado a toda la familia, es posible que a través de la presión del mercado de trabajo (salarios más bajos debido a que más trabajadores buscan empleo) se provea más trabajo por un pequeño o incluso ningún aumento en el valor de los salarios en su conjunto.

Sin embargo, hay límites a la medida en que el capitalismo puede depender de la producción de plusvalía absoluta. Muy aparte del límite natural de 24 horas del día, la resistencia de la clase trabajadora en el lugar de trabajo y, como resultado de esto, las leyes laborales y las reglas de salud y seguridad pueden oponer barreras a la extracción de plusvalía absoluta. No obstante, la plusvalía absoluta es siempre importante en las primeras fases del desarrollo capitalista, cuando las cargas de trabajo tienden a incrementarse rápidamente y en cualquier momento es un remedio para la baja rentabilidad (aun para los países capitalistas desarrollados) —si la medicina puede administrarse—.

La *plusvalía relativa* no sufre estas limitaciones, y tiende a ser el método dominante para incrementar *e* a medida que se desarrolla el capitalismo (véase el capítulo VI). La plusvalía relativa se produce a través de la reducción del valor de la fuerza de trabajo (*v*) mediante las mejoras en la producción de los bienes salario (con un salario real constante) o, más generalmente, por medio de la apropiación de las ganancias de productividad por parte de la clase capitalista. En este caso, la jornada laboral permanece igual, por ejemplo en 10 horas, pero debido a las ganancias de productividad *v* disminuye de cinco a cuatro horas, dejando una plusvalía de seis horas (*e* aumenta a $6/4$, o 150%). Hay varias maneras de obtener este resultado, incluyendo la creciente cooperación y una división del trabajo más fina, el uso de mejor maquinaria, el descubrimiento científico y la innovación en la economía. La producción de plusvalía relativa se ilustra en la figura III.4. Como resultado del progreso técnico, *v* disminuye a *v′* y la plusvalía relativa se produce en adición a la plusvalía anterior. Esto debe compararse con la figura III.3.

La producción de plusvalía absoluta puede basarse en la determinación salvaje de los capitalistas individuales, usando la amenaza de castigo, el cierre de planta y el despido, inclusive es raro que esté ausente el apoyo de la intervención del Estado cuando se le requiere. En contraste, la producción de plusvalía relativa depende críticamente de los capitalistas, puesto que ninguno por sí mismo produce una proporción significativa de mercancías requeridas para la reproducción de la clase obrera. En particular, depende de la competencia y la acumulación, inductores de progresos técnicos que disminuyen el valor de la fuerza de trabajo.

Figura III.4. *Producción de plusvalía relativa*

Antes del cambio técnico:

← v → ← s →

0 5 10 horas de trabajo

Después del cambio técnico (menor valor de la fuerza de trabajo):

← v′ → ← s′ →

0 4 10 horas de trabajo

5. Maquinaria y cambio técnico

Marx asigna gran importancia al análisis de la manera en que se desarrolla la producción en el capitalismo. Dedica considerable atención no sólo a las relaciones de poder entre trabajadores y capitalistas, sino también a la cuestión más específica de las relaciones técnicas en las cuales tiene lugar la producción. En particular, para el caso del capitalismo desarrollado, argumenta que el sistema de fábrica predomina necesariamente (en lugar, por ejemplo, de la producción artesanal independiente o el sistema de producción por encargo, en el cual el capitalista provee los insumos a los artesanos, y después recoge las mercancías producidas). Dentro de la fábrica, se busca sistemáticamente la producción de plusvalía relativa a través de nueva maquinaria, que puede generar ganancias extraordinarias para el capitalista individual.

La nueva maquinaria aumenta la productividad porque permite que una mayor cantidad de materias primas se convierta en producto final en un tiempo de trabajo dado. Inicialmente, la fuerza física del trabajador será remplazada por la fuerza de la maquinaria. Más tarde, los instrumentos del trabajador se incorporarán en la maquinaria, de manera que, finalmente, los trabajadores se convierten en vigilantes o apéndices de las máquinas —para alimentarlas, cuidarlas y convertirse en sus sirvientes, y no viceversa (lo cual puede, no obstante, requerir niveles altos de entrenamiento y experiencia técnica)—.

La introducción de maquinaria incrementa la intensidad del trabajo en una manera que difiere de la experimentada en la producción de plusvalía absoluta, porque inevitablemente la maquinaria restructura el proceso de trabajo. Esto tiene efectos contradictorios en la clase obrera. Los trabajadores son descalificados por la maquinaria que los desplaza y simplifica sus tareas en el trabajo, pero también son requeridos para controlar nuevos acometidos, toda vez que se combinan varias tareas simplificadas, frecuentemente sólo para operar las nuevas máquinas a niveles más altos de productividad. De igual forma, la carga física del trabajo se aligera por la fuerza de la maquinaria, pero también se incrementa a través del ritmo más acelerado, la intensidad y la restructuración del trabajo.

En gran parte, este análisis presupone un conjunto de productos y procesos de producción que son transformados sistemáticamente mediante el creciente uso de maquinaria. Marx no niega, de hecho subraya, el papel de la ciencia y la tecnología en la generación de innovación de productos y procesos. Pero muy claramente esos desarrollos no pueden ser el objeto de una teoría general, dado que su extensión y ritmo generalmente no tienen lugar bajo el control de la producción capitalista y son contingentes a factores como el progreso de los descubrimientos científicos en diferentes áreas, la traducción de los descubrimientos en tecnologías más productivas y su introducción exitosa en la planta productiva. No obstante, Marx concluye que el sistema de fábrica conducirá a un incremento masivo en la razón de capital físico a trabajo, lo que él denominó composición técnica de capital (véase el capítulo VIII). Por una parte, esto se deriva de la definición de incremento de la productividad, toda vez que cada trabajador opera sobre más materias primas y las convierte en productos finales (de otra manera la productividad no se incrementaría). Por otra parte, esta es una condición

para el crecimiento de la productividad, puesto que la masa de capital fijo en forma de maquinaria y fábricas debe aumentar también.

6. TRABAJO PRODUCTIVO E IMPRODUCTIVO

La distinción de Marx entre trabajo productivo e improductivo es en sí misma un corolario de su concepto de plusvalía. Para Marx, el trabajo asalariado es productivo si produce plusvalía directamente. Esto implica que el trabajo productivo es trabajo asalariado desempeñado para (y bajo el control de) el capital, en la esfera de la producción, y produce directamente mercancías para la venta con una ganancia. Las mercancías producidas y el tipo de trabajo realizado, desde la construcción de barcos a la recolección de la cosecha o el canto, son irrelevantes.

Todos los otros tipos de trabajo son improductivos; por ejemplo, el trabajo que no es contratado por el capital (como los productores independientes de mercancías, el autoempleo y la mayoría de los empleados del gobierno), el trabajo que no está empleado directamente en la producción (como los gerentes o los trabajadores empleados en las actividades de intercambio, incluyendo el menudeo y los sectores financieros, así como los contadores, vendedores y cajeros aun si son empleados por el capital industrial) y los trabajadores que no producen mercancías para la venta (por ejemplo, amas de casa y otros proveedores de servicios personales independientes).

La distinción entre trabajo productivo e improductivo es específica del trabajo *capitalista*, y se determina por las relaciones sociales en que se realiza el trabajo, y no por el producto de la actividad, su utilidad o su importancia social. Por ejemplo, los doctores y las enfermeras pueden realizar trabajo productivo o improductivo, dependiendo de su forma de empleo —en una clínica privada o en un hospital público—. Aunque sus actividades sean las mismas, y posiblemente igualmente valiosas para la sociedad en algún sentido, en todo caso proveen un servicio público que es potencialmente gratis en el punto en que se realiza, mientras que en el otro caso su empleo es contingente a la rentabilidad de la empresa.

Aunque los trabajadores improductivos no producen directamente plusvalía, son explotados si trabajan por un periodo más largo que el valor representado por su salario —¡el que sean improductivos no es un obstáculo contra la explotación capitalista!—. Desde el punto de vista del capital, los

sectores improductivos —el comercio al menudeo, la banca, o el sistema de salud pública, por ejemplo— son una rémora para la acumulación porque absorben parte de la plusvalía producida para obtener los medios a fin de pagar los salarios, otros gastos y sus propias ganancias. Esto se realiza a través de las transferencias desde los sectores que producen valor vía el mecanismo de precios. Por ejemplo, el capital comercial compra mercancías por debajo de su valor y las vende a su valor, mientras que el capital a interés (incluyendo los bancos y otras empresas financieras) obtiene ingresos principalmente a través del pago de comisiones a los clientes e intereses sobre los créditos (véanse los capítulos XI y XII). Finalmente, los servicios públicos son financiados por la tributación general, y, en algunos casos, las comisiones a los usuarios.

7. TEMAS Y LECTURAS ADICIONALES

El primer volumen de *El capital* se ocupa en parte de la interrogante: ¿de qué modo la ganancia es compatible con la libertad de intercambio? La respuesta convierte a la pregunta en la cuestión de cómo se produce la plusvalía; esto, a su vez, se responde en referencia con las propiedades únicas de la fuerza de trabajo como mercancía y la extracción de plusvalía relativa y absoluta. Marx aborda teóricamente esto en los términos aquí tratados, pero también con algún detalle empírico, enfocándose en los cambios en los métodos de producción mismos, especialmente el paso de la manufactura (literalmente producción manual) al sistema fabril. La teoría del capital y la explotación de Marx se explica en varios de sus trabajos, especialmente en Marx (1976, partes 2-6). La interpretación en este capítulo se basa en Ben Fine (2001b, cap. II, 1998) y Alfredo Saad-Filho (2002, caps. III-V, 2003b). Para enfoques similares véase Chris Arthur (2001), Duncan Foley (1986, caps. III-IV), David Harvey (1999, caps. I-II), Roman Rosdolsky (1977, parte 3), John Weeks (1981, cap. III) y las referencias citadas en el capítulo II.

Una vez aceptados la especificidad de la teoría de valor de Marx y su hincapié en la particularidad de la fuerza de trabajo como una mercancía, su teoría del valor para explicar la plusvalía y la ganancia relativamente no provoca controversia. Es necesario, no obstante, concebir la plusvalía como el resultado de la coerción para trabajar más allá del valor de la fuerza de trabajo, que como una deducción de lo que produce el trabajador o como

una participación en la división del producto neto (tal como en los enfoques sraffianos o neorricardianos). Sobre esto *cf*. Ben Fine, Costas Lapavitsas y Alfredo Saad-Filho (2004), Alfredo Medio (1977) y Bob Rowthorn (1980, especialmente el cap. I). La teoría de la explotación de Marx ha inspirado una rica vena de análisis complementarios del proceso de trabajo, tanto en su aspecto técnico como en el organizacional. La ciencia y la tecnología no simplemente mejoran la técnica; están gobernadas, si no determinadas, por el imperativo de la rentabilidad, con la correspondiente necesidad de controlar y disciplinar el trabajo (influyendo así en lo que se inventa y cómo se inventa, e, igualmente, en lo que se adopta en la producción y cómo se adopta); véase Brighton Labour Process Group (1977), Les Levidow (2003), Les Levidow y Bob Young (1981, 1985), Phil Slater (1980) y Judi Wajcman (2002). Adicionalmente, existe un imperativo para garantizar la venta (con una ganancia), con una correspondiente toma de distancia de los productos y los métodos de venta respecto a las necesidades sociales de los consumidores (como quiera que se les defina y determine) en busca de la rentabilidad privada de los productores; *cf*., por ejemplo, Ben Fine (2002). Como contraposición a la economía ortodoxa, en la cual el trabajo es tratado como una desutilidad por necesidad en lugar de una consecuencia de su organización en el capitalismo, véase David Spencer (2008).

Finalmente, la distinción entre trabajo productivo e improductivo es importante como punto de partida para examinar los diferentes papeles que desempeñan los sectores industrial, financiero, público y otros trabajadores en la reproducción económica y social (véase el capítulo V). Existe un debate acerca de si esta distinción es válida o digna de consideración —por ejemplo, el argumento de que todo el trabajo (asalariado) explotado debería agregarse como fuente de plusvalía—. Otro debate, entre quienes aceptan la distinción, se refiere a quién debe considerarse productivo: esto puede definirse de manera estrecha incluyendo sólo el trabajo manual asalariado, o más ampliamente, para incluir a todos los trabajadores asalariados. Marx explica sus categorías de trabajo productivo e improductivo en Carlos Marx (1976, apéndice, 1978a, cap. IV). Estas categorías las discuten Ben Fine y Laurence Harris (1979, cap. III), Simon Mohun (2003), Isaak I. Rubin (1975, cap. XIX; 1979, cap. XXIV), y Sungur Savran y Ahmet Tonak (1999).

IV. EL CIRCUITO DEL CAPITAL INDUSTRIAL

EL PRIMER volumen de *El capital* es en su mayor parte una obra autocontenida, y ofrece principalmente un análisis particular del capitalismo y su proceso de desarrollo desde la perspectiva de la producción: ¿cuáles son las relaciones sociales que permiten que el capital cree plusvalía y cómo es que estas relaciones dan lugar a realidades económicas y desarrollos sociales alrededor de la producción? Los otros dos volúmenes de *El capital* están dedicados a elaborar y extender este análisis general. Por esta razón, es apropiado que en el inicio del segundo volumen se analice el circuito del capital. Esto es así porque este circuito provee la base para la comprensión de toda una serie de fenómenos —capital comercial, a interés y fijo, distribución del ingreso y del producto, rotación del capital, trabajo productivo e improductivo y las crisis— y ofrece una estructura económica en la cual las relaciones sociales de producción analizadas en el primer volumen pueden presentarse en forma más concreta. En otras palabras, el segundo y el tercer volumen analizan cómo las relaciones de valor de la producción estudiadas en el primer volumen dan lugar a resultados más complejos a través de los procesos y estructuras de intercambio y distribución.

1. EL CIRCUITO DEL CAPITAL DINERO

El segundo volumen comienza con una explicación del circuito monetario del capital. Ésta es una extensión de la caracterización del capital como valor que se autoexpande (véase el capítulo III) tomando en consideración explícitamente el proceso de producción. La forma general del circuito del capital industrial es:

$$D - M \ldots P \ldots M' - D'$$

En las circunstancias más generales, e independientemente de las mercancías producidas, los capitalistas adelantan capital dinero *(D)* para

adquirir mercancías insumos *(M)*, que comprenden fuerza de trabajo *(FT)* y medios de producción *(MP)*. Debe tenerse en cuenta que el dinero es necesario para estas transacciones, pero por sí mismo no las hace posibles. Es la separación de la propiedad de la fuerza de trabajo respecto a los medios de producción —una relación de clase de producción— que permite a un grupo de gente definido (los capitalistas) contratar a otros (los trabajadores) a cambio de un salario. Esto puede destacarse separando explícitamente los medios de producción y la fuerza de trabajo en el circuito de capital:

$$D - M < \frac{MP}{FT} \ldots P \ldots M' - D'$$

En la compra, los insumos *(M)* forman el capital productivo *(P)*. La producción procede a medida que la fuerza de trabajo actúa sobre los medios de producción, y como resultado se obtienen diferentes productos mercancía, con un valor mayor *(M′)*. *M* y *M′* están ligados a *P* por los puntos suspensivos que indican la intervención del proceso de producción entre la adquisición de insumos *(M)* y la venta de productos *(M')*. Las mercancías producidas se denotan por *M'* no porque su valor sea diferente con respecto a los medios de producción (aunque generalmente éste es el caso), sino porque contienen plusvalía por encima del valor del capital adelantado, *D*. Esto se muestra en la venta del producto por capital dinero, $D' > D$.

Se mostró en el capítulo III que la plusvalía, $s = D' - D$, se crea en la producción por la compra de la fuerza de trabajo por su valor, que es menor que el tiempo de trabajo invertido (valor creado) en su producción. La plusvalía hace su primera aparición en forma de mercancía inmediatamente después de la producción. Dado que los insumos (especialmente la fuerza de trabajo, los instrumentos, las máquinas y los edificios) parecen ser simétricos en su contribución al producto, es fácil acreditar la creación de plusvalía a la "productividad" de *todos* los insumos factoriales sin distinción. En forma correspondiente, es difícil atribuir la plusvalía al exceso de tiempo de trabajo real sobre el necesario, porque la apariencia de la plusvalía se rezaga hasta después que la producción ha tenido lugar, mientras que el intercambio libre de fuerza de trabajo por su valor ocurre antes de la producción (aun si los salarios se pagan con retraso).

El valor producido (y la plusvalía) se convierte ahora en dinero mediante la venta del producto en el mercado. Una vez obtenido el ingreso de las

ventas D', los capitalistas pueden renovar el circuito del capital, ya sea en la misma escala (renovando el adelanto original, D, con precios y tecnologías dados y gastando la plusvalía en consumo), o pueden embarcarse en un circuito productivo expandido a través de la inversión de parte de la plusvalía (véase más adelante, y el capítulo V).

2. EL CIRCUITO EN SU CONJUNTO

Ya se mostró aquí (y en el capítulo III) que el capital es la relación social en que se apoya la autoexpansión del valor, o la producción, apropiación y acumulación de plusvalía. El capital, en cuanto valor que se autoexpande, es esencialmente el proceso de reproducir valor y producir nuevo valor. El circuito del capital describe este movimiento, y destaca el hecho de que el capital toma diferentes formas en su proceso de reproducción. La relación social que es el capital asume y abandona sucesivamente las formas de dinero, capital productivo y mercancías.

Un diagrama de flujo circular es la mejor manera de representar el circuito del capital industrial (véase la figura IV.1.). Este circuito es importante para establecer la estructura básica de la economía capitalista y para mostrar cómo se integran entre sí las esferas de la producción e intercambio a través del movimiento del capital a medida que se produce, se distribuye y se intercambia (la plusvalía) el valor. A medida que se repite el circuito, la plusvalía *(s)* es expulsada. El capital en cuanto valor que se autoexpande involucra no sólo relaciones sociales definidas de producción, sino que es también un movimiento circular en la medida en que transita por sus diferentes etapas. Si s se acumula para utilizarse como capital, podemos concebir la reproducción ampliada como un movimiento espiral centrífugo.

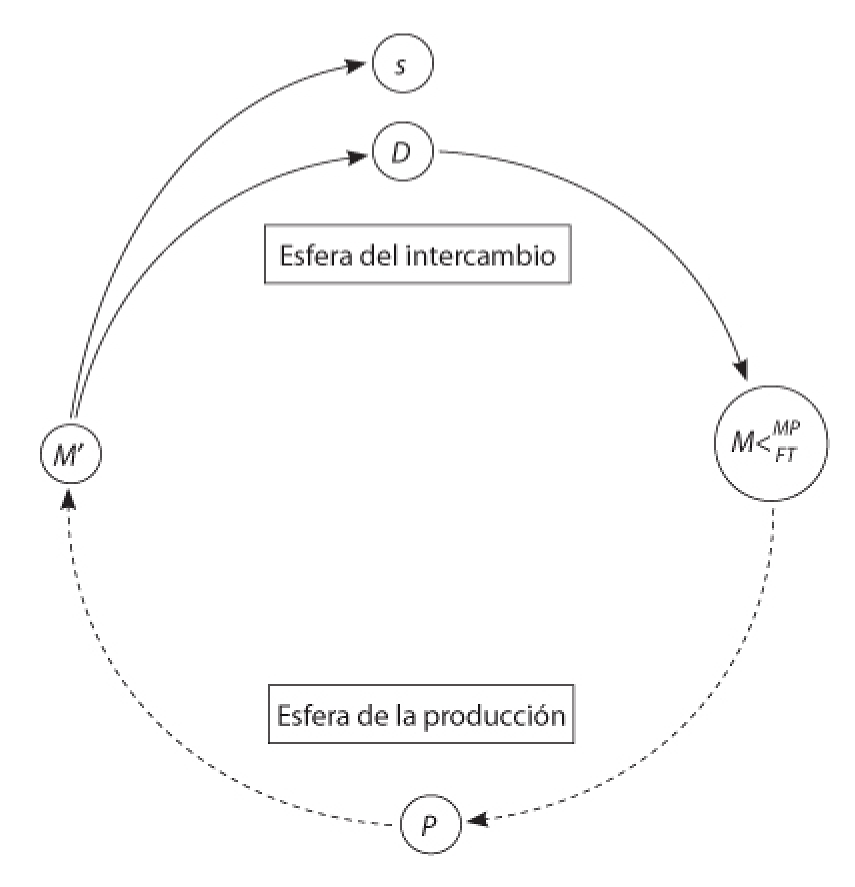


FIGURA IV.1. *El circuito del capital*

El capital industrial cambia sucesivamente en sus tres formas: capital dinero *(D)*, capital productivo *(P)* y capital mercancías *(M′)*. Cada forma presupone la existencia de las otras dos porque presupone el circuito mismo. Esto nos permite distinguir la función específica de cada una de las formas del capital respecto a su función general como capital. En las sociedades donde estas formas existen, el dinero, los insumos factoriales y las mercancías siempre pueden funcionar, respectivamente, como medios de pago, medios de producción y depósitos de valor de cambio, pero sólo pueden servir como *capital* (industrial) cuando siguen estas funciones secuencialmente en el circuito del capital. Entonces, el capital dinero actúa como un medio de compra de fuerza de trabajo, el capital productivo actúa como un medio para producir plusvalía y el capital mercancías actúa como el depósito de la plusvalía que se realizará como dinero en la venta.

En el movimiento a través del circuito, pueden identificarse dos esferas de actividad: la producción y la circulación (intercambio). La esfera de la producción se ubica entre *M* y *M′*. En esta esfera se transforman los valores de uso y se crean el valor y la plusvalía. Esto tiene implicaciones profundas

para la teoría de la distribución de Marx, porque explica lo que ha de distribuirse así como las estructuras y procesos de distribución de bienes y valores de la economía. La esfera de la circulación contiene el proceso de intercambio entre M' y M y la realización de la plusvalía, s.

Se ha explicado en el capítulo III que aun cuando se emplean capital y trabajo en el intercambio, no añaden valor al producto. A los economistas ortodoxos esta conclusión les parece extraña porque habitualmente están interesados en derivar una teoría del precio agregando la (supuestamente independiente) contribución de todos los factores utilizados en la producción *y* el intercambio. Pero Marx está interesado en las relaciones sociales de producción y distribución y en las estructuras de distribución de los valores producidos durante el circuito. Por ejemplo, él argumenta que aunque el capital comercial no añade valor, esto no le impide recibir una participación en el valor (plusvalía) producido (véase el capítulo XI).

Al construir el circuito del capital en forma circular, como en la figura IV.1. resulta arbitrario abrir y cerrar el circuito con el capital dinero, de la misma manera que un círculo no tiene ni principio ni final. Nótese que el circuito monetario contiene la interrupción de la esfera de circulación por parte de la esfera de producción. Al caracterizar al capital como valor que se autoexpande, se ha mostrado que el motivo de los capitalistas es comprar para vender más caro. Así, para el capital visto desde la perspectiva del circuito monetario, la producción aparece como una interrupción necesaria pero infortunada (y aun dispendiosa) en el proceso de hacer dinero. El capital mercantil y el capital a interés evitan esta interrupción aunque dependen de la producción realizada en otra parte. No obstante, lo que es verdadero para un capital individual no lo es para todos los capitales (o aun para la mayoría de ellos). Si los capitalistas de una nación son presas del intento de hacer ganancias sin el eslabón inevitable de la producción, se encontrarán en un auge especulativo que eventualmente colapsará cuando la economía vuelva a la realidad de la necesidad de la producción, la única fuente posible de valor requerido para pagar dividendos, saldar deudas, pagar los intereses contraídos y liquidar obligaciones financieras (véanse los capítulos VII, XII y XV).

Marx analiza también el circuito desde otras dos perspectivas: la del capital productivo y la del capital mercancías. El circuito del capital productivo comienza y termina con P, la producción. El propósito del circuito parece ser la producción y, a medida que se acumula la plusvalía, la

producción en escala ampliada. En contraste con el circuito monetario, para el circuito productivo la esfera de la circulación aparece como una intervención necesaria pero no deseada en el proceso de producción. Pero ya se ha mostrado antes que no es suficiente con producir valor (plusvalía); se tiene que realizar en la venta. Los economistas, más a menudo que los capitalistas, tienden a ignorar esta mediación del intercambio necesaria pero incierta, porque un capitalista que sin proponérselo acumula un inventario creciente de mercancías pronto se dará de bruces con la realidad mediante la pérdida de capital de trabajo. Finalmente, el circuito de capital de mercancías comienza y termina con M', y así su propósito parece ser la generación de consumo. Toda vez que la esfera de la circulación es sucedida por la esfera de la producción, ninguna de ellas es interrumpida por la otra, de modo que no aparecen como innecesarias o de desperdicio.

Los tres circuitos del capital se forman a partir del circuito en su conjunto. Uno se podría preguntar por qué no hay cuatro circuitos del capital, donde cada "nodo" en el circuito (P, M', D y M) forma un punto de partida y de llegada. La razón por la cual M no es la base de un circuito de capital es que no es capital. Los medios de producción adquiridos pueden ser la producción de mercancías de otro capitalista y por tanto capital mercancías. Sin embargo, la fuerza de trabajo no es capital hasta que no se compre, y entonces deviene capital productivo y no capital mercancías, el cual debe contener plusvalía producida. Así, mientras que desde un punto de vista técnico el capitalismo puede depender de sí mismo en lo concerniente a las materias primas, depende siempre y necesariamente de la reproducción social de la fuerza de trabajo fuera del sistema puro de producción (véase el capítulo V). Esto implica el uso del poder político, ideológico y legal así como del económico. La cuestión es conseguir que el obrero trabaje. En cambio, no existen estos problemas para hacer que la máquina trabaje.

Se ha mostrado ya que se pueden construir diferentes enfoques del proceso de reproducción del capital, correspondientes a cada circuito del capital. No es necesario que éstos sean acríticos del capitalismo, pero individualmente son siempre inadecuados, pues destacan uno o más de los procesos de producción, consumo, intercambio, creación de ganancia y acumulación a expensas de los otros. Por ejemplo, sólo fugazmente, en la medida en que entran en el circuito, la fuerza de trabajo y los medios de producción producidos aparecen separados y entonces, al no formar parte

del capital, no generan una visión del circuito en su conjunto. En parte por esta razón, la teoría económica ortodoxa puede eliminar las relaciones de clase en su conjunto. No obstante, estas relaciones entran en la teoría ortodoxa como relaciones de distribución o de intercambio, en lugar de relaciones de producción.

En contraste, el circuito monetario sugiere modelos de intercambio. Para la economía ortodoxa la relación entre la oferta y la demanda se convierte en el principio y el fin de todo, y el capital y el trabajo se conciben meramente como servicios productivos. Las dificultades se asocian simplemente con los servicios de información desempeñados por el mecanismo de precios (y de la tasa de interés). El circuito del capital productivo, a su vez, tiende a ignorar el mercado, y en este contexto se pueden citar la teoría neoclásica y la mayoría de las teorías de crecimiento. Esto suministra un excelente análisis insumoproducto de la reproducción económica, pero la economía no es claramente capitalista del todo. Finalmente, el circuito mercancías se refleja en la teoría neoclásica del equilibrio general, donde la oferta y la demanda actúan armoniosamente a través de la producción y el intercambio para generar el consumo final. Esto apoya el mito de que el propósito de la producción es el consumo en lugar de la ganancia o el intercambio, como lo ilustran bien los diagramas de la caja de Edgeworth, conocidos por los estudiantes de economía. Una de las fortalezas de los circuitos de capital de Marx es exponer las limitaciones de estos enfoques. Al mismo tiempo, revelan las funciones de las formas en las cuales el capital aparece y construye una base sobre la que pueden entenderse la mayoría de las categorías y fenómenos económicos.

3. TEMAS Y LECTURAS ADICIONALES

El análisis del intercambio de Marx, especialmente en el segundo volumen de *El capital*, ha sido soslayado a pesar de los discernimientos que ofrece. Frecuentemente se ha adoptado un enfoque que complementa su teoría de la producción con la teoría keynesiana de la demanda efectiva, como si los dos aspectos de la teoría de Marx estuvieran sujetos a tratamientos separados. Como se sugiere aquí y en la explicación del propio Marx, la producción y el intercambio están separados estructuralmente, pero relacionados de manera integral a través de los circuitos del capital. El análisis del propio Marx del circuito del capital se desarrolla en Marx (1976, parte 2; 1978b,

partes 1-2). Se explica también en Ben Fine (1980, cap. II) y en Alfredo Saad-Filho (2002, caps. III-V). Sobre el segundo volumen de *El capital, cf*. Chris Arthur y Geert Reuten (1998). Para interpretaciones similares a las ofrecidas aquí véase David Harvey (1999, cap. III) y Roman Rosdolsky (1977, parte 4). Los conceptos de *dinero como dinero* y *dinero como capital* se explican en Costas Lapavitsas (2003a) y Roman Rosdolsky (1977, parte 3).

V. REPRODUCCIÓN ECONÓMICA

EL CAPÍTULO previo examinó un circuito único del capital industrial. Desde el punto de vista del capital en su conjunto existe un gran número de circuitos diferentes, cada uno de los cuales se mueve a su propio ritmo y se expande a su propia velocidad, y estos circuitos deben integrarse entre sí. Marx analiza estos procesos en el segundo volumen de *El capital* dividiendo la economía en dos grandes sectores: el departamento 1, que produce medios de producción (*MP*, adquiridos con capital constante, *c*) y el departamento 2, que produce medios de consumo (adquiridos por los trabajadores a partir del capital variable, *v*, y por los capitalistas a partir de la plusvalía, *s*). Este capítulo examina el proceso de producción del capital en su conjunto. Comienza con la *reproducción simple*, donde no hay acumulación de capital. Subsecuentemente se examina la *reproducción ampliada*, donde parte de la plusvalía se invierte. Finalmente, se considera la reproducción social de la economía capitalista.

1. REPRODUCCIÓN SIMPLE

En la figura V.1. se ilustra el equilibrio entre los departamentos 1 y 2 en condiciones de reproducción simple mediante un diagrama de flujos. Se muestran los dos circuitos $D_1 - M_1 \ldots P_1 \ldots M'_1 - D'_1$, y $D_2 - M_2 \ldots P_2 \ldots M'_2 - D'_2$ (donde D'_1 y D'_2 son absorbidos en el fondo central de dinero, *D*). La figura también muestra los flujos de mercancías, donde trabajadores y capitalistas compran bienes de consumo del departamento 2 con sus salarios, v_1 y v_2, y sus plusvalías, s_1 y s_2, y los capitalistas compran medios de producción, c_1 y c_2, del departamento 1 (los trabajadores no compran medios de producción e ignoramos el ahorro).

Si no hay progreso técnico, y si los capitalistas gastan su plusvalía en consumo y simplemente repiten el patrón de producción previo, la economía se reproduce a sí misma al mismo nivel de actividad, lo que Marx llamó reproducción simple. Esto implica un cierto equilibrio entre los

valores producidos por los dos departamentos. El valor del producto del departamento 1 es $c_1 + v_1 + s_1$, y el valor de su venta de medios de producción es $c_1 + c_2$. Así:

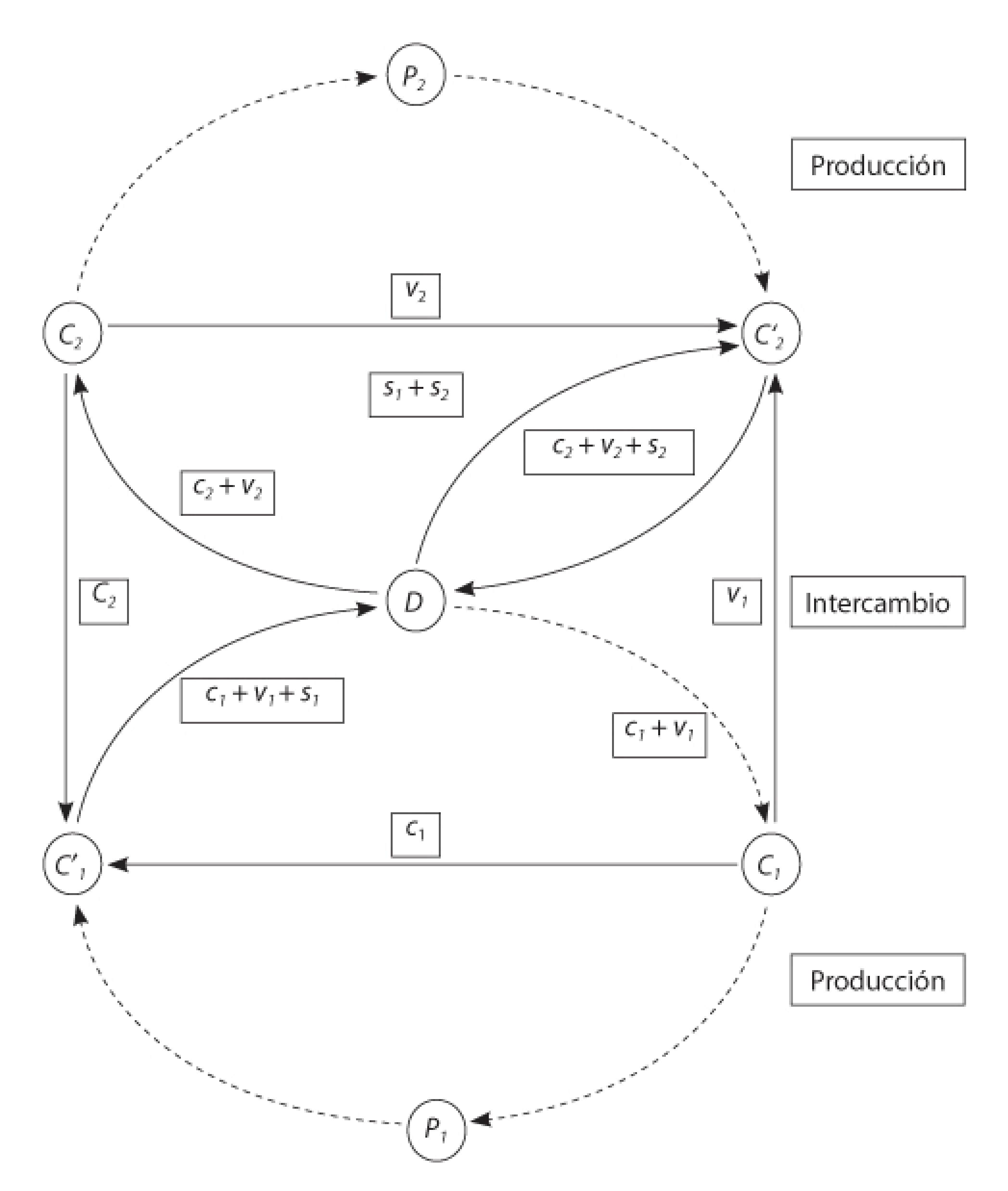


FIGURA V.1. *Reproducción económica*

$$c_1 + v_1 + s_1 = c_1 + c_2$$

Para el departamento 2, de modo similar, la igualdad de los valores del producto y de las ventas de medios de consumo es:

$$c_2 + v_2 + s_2 = v_1 + v_2 + s_1 + s_2$$

Ambas expresiones se simplifican:

$$v_1 + s_1 = c_2$$

Ésta es la famosa ecuación de Marx del equilibrio entre los dos departamentos en reproducción simple.

2. REPRODUCCIÓN AMPLIADA

Si, no obstante, los capitalistas no consumen toda su plusvalía, sino que invierten parte de ella en la compra adicional de medios de producción, entonces tiene lugar la acumulación de capital. En este caso, la adquisición de medios de producción, $c_1 + v_1 + s_1$, para el periodo siguiente es mayor que en el presente, $c_1 + c_2$. De esto se sigue que para la producción ampliada $c_1 + v_1 + s_1 > c_1 + c_2$:

$$v_1 + s_1 > c_2$$

y la magnitud de la desigualdad depende de la tasa de acumulación.

Estos esquemas de reproducción han sido interpretados de diferentes maneras. Una de las más populares es que ofrecen un análisis marxiano del *equilibrio*, estático (en el caso de la reproducción simple) o dinámico (reproducción ampliada). De otro modo, si se toma la teoría ortodoxa del crecimiento como su modelo, la reproducción ampliada es vista simplemente como una versión ensanchada de la reproducción simple. La economía luce igual en todos los aspectos, excepto que es más grande.

Ninguna de estas interpretaciones está dentro del espíritu del análisis de Marx. Primero, su metodología se opone drásticamente al uso del equilibrio como un concepto organizador del análisis del capitalismo. Segundo, en los esquemas de reproducción Marx se ocupa de mostrar cómo, pese a la aparente coordinación caótica de los productores en el intercambio, *ambas*, la reproducción simple *y* la ampliada, existen en el sistema capitalista. Por tanto, la reproducción simple y la ampliada no son alternativas, ni teórica ni empíricamente. Más bien, la primera existe dentro de la segunda: la

reproducción ampliada depende y rompe simultáneamente con las condiciones de la reproducción simple que son su punto de partida —tanto en magnitudes de valor agregadas como en los valores mismos de las mercancías, dado que éstos están sujetos a incrementos en la productividad como resultado de la acumulación—. Más aún, Marx nunca extrae la implicación, como en la teoría del equilibrio general o como los proponentes del *laissez faire*, de que los diferentes productores y consumidores se coordinan de manera armoniosa a través del mercado a niveles elevados de empleo de los recursos. Por el contrario, los esquemas de Marx señalan dos equilibrios separados requeridos para la producción y la acumulación del capital.

El primero de estos equilibrios es en valores, tal como se ilustró anteriormente. El segundo es en valores de uso, porque las cantidades apropiadas de mercancías tienen que reproducirse y cambiarse entre sí, dentro y entre los dos departamentos. De acuerdo con los esquemas anteriores, las cantidades de valor desplegadas tienen una relación cuantitativa no especificada con los valores de uso involucrados. Sin embargo, no son enteramente independientes entre sí. Por ejemplo, el crecimiento asimétrico de la productividad conduciría eventualmente a transferencias de recursos entre los dos departamentos y a un cambio de los flujos de los valores de uso entre ellos. Esto implica la coordinación en la economía entre los dos flujos ya especificados, junto con los flujos complementarios de dinero, cuyas magnitudes están determinadas por el sistema de precios.

Entre tanto, el diagrama de la reproducción económica representado en la figura V.1 puede utilizarse para reforzar las visiones parciales de la economía que se presentaron a la luz de un circuito de capital único en el capítulo previo. Poco se ha añadido cualitativamente, pero la figura sugiere lo que podría considerarse que son los factores determinantes del nivel de actividad económica. Nótese, primero, que la teoría y la ideología ortodoxa tienden a enfocarse en la "caja" central de la actividad de intercambio, en relación con la cual las dos esferas de producción parecen extrañas. En términos generales, esto apoya el punto de vista erróneo de que la producción puede tomarse como determinada o que simplemente es una relación técnica que conforma la base no problemática de las relaciones de intercambio, como en la función de producción neoclásica.

Esto es más obvio para la teoría neoclásica del equilibrio general, donde los intercambios de "mercado libre" se consideran como suficientes para garantizar la igualdad entre la oferta y la demanda a un nivel de pleno empleo de los recursos económicos. Y, en el análisis de estabilidad, se convierte en una cuestión de si la desproporción entre las distintas cantidades incorporadas en los circuitos se corrige automáticamente a través de los movimientos de precios en respuesta a los excesos de oferta y demanda.

Para la teoría keynesiana, el papel de la demanda agregada resulta determinante. Si nos enfocamos en el multiplicador de la inversión, el nivel de $c_1 + c_2$ desempeña un papel central. Si incluimos también el papel del consumo, entonces el gasto en consumo a partir del ingreso nacional, $v_1 + v_2 + s_1 + s_2$ también resulta importante. En esta forma, la función consumo tiene más afinidad con los métodos poskeynesiano y kaleckiano de determinación de la demanda agregada (en los cuales el ingreso se divide en salarios y ganancias). Pero el punto importante es que, desde estas perspectivas, un conjunto particular de flujos de gasto dentro de la economía ejerce una influencia decisiva en el nivel de la actividad económica agregada. Sin embargo, en los términos de Marx no se contempla ningún papel para la producción de plusvalía y para el conflicto sobre la relación económica fundamental.

Un enfoque económico poskeynesiano más elaborado incluye el papel del dinero. En este aspecto, el nivel de actividad económica se determina por el tamaño de los flujos de dinero que fluyen fuera del fondo central, *D*. Si se restringen estos flujos, mediante la timidez empresarial o a través de políticas monetarias contraccionistas impuestas por el banco central, la economía se debilita. En el capítulo XII se analizan los papeles respectivos del sistema bancario y de la tasa de interés. Aquí es importante hacer notar que, desde este punto de vista, se considera que la fuente del desempleo es la insuficiente actividad económica, casi independientemente de la capacidad de la economía para generar rentabilidad. En la teoría de Keynes, esto depende en gran medida de las olas de pesimismo, en las cuales las expectativas magras acerca de la rentabilidad de los negocios (y las altas expectativas de las tasas de interés) devienen profecías autocumplidas. De manera más general, y en formas significativamente diferentes, desarrollos recientes de la teoría económica ortodoxa otorgan un papel

considerablemente más amplio a las expectativas (llamadas “racionales”) en la determinación de la trayectoria de la economía.

Finalmente, una teoría más radical de la economía considera que el nivel de actividad económica está determinado por las relaciones de distribución entre el capital y el trabajo. Este punto de vista está asociado ideológicamente tanto con la derecha como con la izquierda; la primera argumenta que es necesario controlar el papel de los sindicatos para restaurar la rentabilidad, y la segunda argumenta que el conflicto implícito es irreconciliable dentro de los confines del capitalismo. Analíticamente, este punto de vista depende de una comprensión de la economía que la considera como un “pastel de tamaño dado”, en la cual el ingreso nacional $v_1 + v_2 + s_1 + s_2$ se divide entre las dos clases sociales, y lo que una de ellas gana es a expensas de la otra. Por ejemplo, si los salarios representados por $v_1 + v_2$ aumentan demasiado, los beneficios representados por $s_1 + s_2$ deben disminuir, y esto socava el motivo y la capacidad para acumular.

A pesar de las apariencias en sentido contrario, este punto de vista diverge drásticamente de la presentación que hace Marx de la estructura de la economía capitalista. La atribución de un papel central a la distribución en la determinación de la rentabilidad sólo es posible si se confina el análisis a (una sola parte de) la arena del intercambio. Una vez que se incorpora también la esfera de la producción, se evapora la aparente simetría entre capital y trabajo en las relaciones distributivas y en la recepción de ganancias y salarios a partir del ingreso nacional, porque el pago de salarios es una *precondición* para que inicie el proceso de producción (o, más exactamente, esto es cierto para la compra de fuerza de trabajo, cuyo pago efectivo puede ocurrir posteriormente). Por el contrario, las ganancias son el residuo después del pago de salarios y otros costos de producción, más que un “pedazo del pastel” cuyo tamaño puede negociarse con antelación. Para Marx, las relaciones distributivas entre capital y trabajo no son un pastel de dimensión dada, aun si, *ceteris paribus*, las ganancias son mayores si los salarios disminuyen (aunque los poskeynesianos podrían argumentar otra cosa en vista de la demanda inadecuada). Las ganancias dependen ante todo de la capacidad de los capitalistas para extraer plusvalía de la producción: cualquiera que sea el nivel de los salarios, los capitalistas necesitan obligar a la fuerza de trabajo a trabajar más allá y en exceso del tiempo de trabajo requerido para producir esos salarios.

La incertidumbre sobre la producción de plusvalía es sólo uno de los aspectos de la incertidumbre que confrontan los capitalistas. También son relevantes los siguientes cuatro tipos de incertidumbre. Primero, habiendo producido plusvalía, los capitalistas tienen incertidumbre sobre cuánto puede realizarse hasta que no se venda el producto. Segundo, la extracción de plusvalía en condiciones competitivas conduce al progreso técnico que aumenta la productividad de manera continua. No obstante, anteriormente se mostró que el progreso técnico rompe los equilibrios entre valor y valor de uso en la economía (y puede contribuir a relaciones antagónicas en la fábrica), aumentando así la incertidumbre. Tercero, tal como se muestra en los capítulos XII y XV, el crédito pone al alcance de los capitalistas individuales los recursos disponibles del sistema financiero, facilitando una acumulación de capital que no siempre puede sostenerse y creando condiciones que pueden conducir a crisis financieras y económicas. Por ejemplo, el crédito podría inducir equivocadamente a los capitalistas industriales a anticipar rendimientos favorables cuando nada de esto ocurre y, cuando el crédito nuevo se utiliza para pagar obligaciones financieras maduras, la expansión excesiva de la acumulación podría crear condiciones de crisis económica. Finalmente, la incertidumbre es aún mayor cuando tiene lugar el comercio en dinero por sí mismo, creando así una clase de comerciantes en dinero que están conectados con la producción y el comercio sólo de una manera laxa. Es probable que el comercio en dinero y en instrumentos relacionados con esto conduzca a la especulación desestabilizante y al fraude, creando incertidumbre adicional aun para quienes no están involucrados directamente en estas actividades.

Por una parte, para Marx la producción de plusvalía absoluta y relativa es crucial para comprender las relaciones distributivas; pero estas últimas no pueden comprenderse por sí mismas al margen de las condiciones de producción. Por otra parte, la incertidumbre generada por la *producción* capitalista (en lugar de los cambiantes humores de los capitalistas industriales y financieros) desempeña un papel esencial en la producción de plusvalía y en el desencadenamiento de las crisis.

3. REPRODUCCIÓN SOCIAL

Las secciones previas se han enfocado sólo en la reproducción simple y ampliada dentro del sistema económico. De hecho, con una excepción

crucial, los circuitos del capital parecen autosostenerse. La excepción notable es la fuerza de trabajo, cuya reproducción requiere, primero, que la provisión de bienes salario sea adecuada para ese propósito. Segundo, en virtud de la libertad de los trabajadores, una vez concluida la jornada laboral (así como su resistencia dentro y fuera de la fábrica), el capital tiene que abandonar el control sobre el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo y, en cierto sentido, es aquí donde la reproducción social toma el control. Este proceso involucra un arreglo complejo de relaciones, procesos, estructuras, poderes y conflictos no económicos. Interpretado esto en términos estrechos, la reproducción social incluye los procesos necesarios para la reproducción de la fuerza de trabajo, tanto en forma biológica como en la de trabajadores asalariados que están de acuerdo con su condición. Más generalmente, la reproducción social concierne a cómo la sociedad en su conjunto se reproduce y transforma en el tiempo.

En pocas palabras y de manera más apropiada, la reproducción social ha devenido en un término muy amplio dentro del cual se reúnen todos los factores no económicos. Abarca todo el territorio comprendido entre la categoría abstracta de *capital* y la realidad empírica del *capitalismo*. Pero aun esto es una comprensión parcial del ámbito y significado de la reproducción social. Claramente, el capitalismo depende de la reproducción económica y social satisfactoria, de la cual la reproducción económica es sólo una parte. La concepción equivocada de la relación entre ambas es muy común, como si la reproducción económica y social estuviera separada entre sí, como el trabajo y la casa. En gran medida, la yuxtaposición inapropiada de lo económico y lo social (esto último como "superestructura" política, cultural o de cualquier otra índole) se encuentra más marcada en las fronteras disciplinarias entre las ciencias sociales.

El Estado es uno de los aspectos más significativos de la reproducción social y económica. A través del Estado se constituyen y se expresan relaciones políticas, procesos y conflictos que son distintos, pero no independientes, de los de la reproducción económica. La medida en la cual el Estado depende de la economía es algo muy polémico. Para ponerlo en términos en cierto modo unidimensionales, los puntos de vista al respecto varían desde aquellos en los que el Estado se reduce a los imperativos económicos, especialmente los capitalistas, hasta aquellos en los que el Estado es visto como autónomo respecto a la economía. La naturaleza del Estado se analizará en el capítulo XIV, pero aquí los temas de lo que se ha

definido como reduccionismo, por una parte, y autonomía por otra, son de un significado metodológico, teórico y empírico más general. El punto importante es reconocer el significado causal de la economía capitalista para lo no económico —qué tipo de Estado, ley de propiedad, costumbres, política, y así sucesivamente, prevalecen— y el hecho de que estos aspectos en sí mismos se forman con efectos condicionados pero no determinados por lo económico.

Por supuesto, consideraciones similares se aplican también a aquellas áreas de la reproducción social que están fuera de la órbita inmediata del Estado, lo que frecuentemente se denomina "sociedad civil". La reproducción social también depende del sistema de hogar o familia y de las áreas más generales de la actividad privada, no menos que el consumo y otras actividades de la clase trabajadora que la inducen y la capacitan para estar en condiciones de presentarse ella misma a trabajar cotidianamente. Hasta ahora hemos puesto énfasis en la reproducción social del trabajo, pero la reproducción económica depende igualmente de la formación y la transformación de las condiciones que permiten la reproducción de los circuitos de capital en su conjunto —no menos que el mercado, los sistemas monetario y de crédito que requieren leyes, regulaciones, y así sucesivamente—. Estas condiciones inevitablemente promueven los intereses de algunos capitalistas a expensas de los de otros, al tiempo que impiden que la rivalidad entre ellos sea indebidamente destructiva. Estos asuntos también son objeto de la política, el Estado y la sociedad civil. En un nivel abstracto, sólo las condiciones necesarias para e inducidas por la reproducción económica pueden identificarse en la manera en la que la reproducción económica y la social se estructuran en su relación mutua. ¿Cómo es que se acomoda socialmente la acumulación de capital y cómo es que se contiene el conflicto relacionado con ella? Para profundizar más en esto, es necesario introducir la especificidad histórica, algo que está más allá del objetivo de este texto.

4. TEMAS Y LECTURAS ADICIONALES

Tal como se sugirió en el capítulo previo, el análisis de Marx en el segundo volumen de *El capital* ha sido soslayado y, por lo tanto, ha estado relativamente exento de controversia. No se puede decir lo mismo de la reproducción social. Se ha debatido ampliamente, dentro y en contra del

marxismo. La controversia abarca la relación entre lo económico y lo no económico (y su dependencia y su no dependencia recíproca), así como los diferentes aspectos de lo no económico en sí mismo, desde la naturaleza de la autonomía del Estado y la política hasta el papel de la "sociedad civil".

Este capítulo se centra en el material contenido en Carlos Marx (1978b, parte 3). La interpretación de la reproducción social desarrollada líneas arriba se basa en Ben Fine (1992b), Ben Fine y Ellen Leopold (1993) y Ben Fine, Michael Heasman y Judith Wright (1996); véase también John Weeks (1983). El valor de la fuerza de trabajo y la reproducción de la clase obrera se discuten en Ben Fine (1998, 2002, 2003), Ben Fine, Costas Lapavitsas y Alfredo Saad-Filho (2004), y Alfredo Saad-Filho (2002, cap. IV); *cf*. también Kenneth Lapides (1998), Michael Lebowitz (2003a, 2009a, cap. I) y David Spencer (2008), y el debate de Ben Fine con Michael Lebowitz en Fine (2008, 2009) y Lebowitz (2003a, 2006, 2009b); véanse también otras contribuciones en el número especial de *Historical Materialism*, 14 (2), 2006.

VI. ACUMULACIÓN DE CAPITAL

LOS CAPÍTULOS previos caracterizaron al capitalismo en cuanto modo de producción. Esto ofrece un marco para comprender la acumulación del capital y el desarrollo histórico del capitalismo como el modo de producción mundial dominante. Porque, habiendo descubierto las relaciones de producción específicas del capitalismo, es posible aislar las fuerzas sistemáticas que subyacen a su creación y desarrollo respecto a los varios fenómenos que ocurren de manera más o menos simultánea.

Marx dedica amplias secciones del primer volumen de *El capital* a la tarea de interpretar la génesis del capitalismo británico y el papel fundamental que desempeñó la necesidad de acumular. Esto debe entenderse como una aplicación y confirmación importante de su concepción del cambio histórico. Aquí sólo podemos dar un bosquejo de su obra. Para una mayor profundización, los interesados deben consultar el análisis del propio Marx en *El capital*, y para estudios más concretos de las causas, la naturaleza, el momento y la ubicación de la primera y las subsecuentes transiciones capitalistas y "revoluciones industriales", deben consultarse análisis de marxistas posteriores.

1. ACUMULACIÓN PRIMITIVA

Una característica esencial del capitalismo es la existencia de la fuerza de trabajo como mercancía. Una condición necesaria para esto es la separación del trabajo de la propiedad de los medios de producción. Los trabajadores dependen de que alguien más les suministre estos medios de producción, porque si tuviesen acceso directo a ellos venderían el producto de su trabajo en lugar de su capacidad de trabajo (si es que el intercambio mercantil de productos pudiera persistir en estas circunstancias). De aquí que, del otro lado de la moneda, debe estar el capitalista en posesión de dinero para adelantarlo en la compra de fuerza de trabajo y de los recursos para mantener la propiedad de los medios de producción. El establecimiento

histórico de estas relaciones sociales de producción a partir de las feudales en la Gran Bretaña es la clave para el nacimiento del capitalismo.

En cualquier sociedad, más allá de la más primitiva, se ahorrará una parte del producto para formar los medios de producción del futuro, sea en la forma de armas de cacería, semillas de maíz, ganado animal u otros implementos. Una de las características distintivas del capitalismo es el incremento de la tasa de ahorro. Marx consideró algo común que, una vez establecido el capitalismo, los economistas atribuyeran su creación al sacrificio personal de empresarios valientes que reinvirtieran sus magros beneficios en sus negocios. Más recientemente, varios economistas del subdesarrollo consideran como una barrera para el desarrollo el hecho de que en los países pobres se ahorra una parte muy pequeña del ingreso nacional.

Marx desdeña este punto de vista tan limitado. El capitalismo se basa en la separación forzada de los trabajadores de los medios de producción existentes. En la Gran Bretaña, la evidencia histórica muestra que esta separación fue impuesta por los grandes terratenientes, la aristocracia y el Estado, en lugar de que haya sido el resultado acumulado del ahorro individual y la devoción desinteresada al trabajo en pequeñas granjas y empresas familiares. Esto implicó la conversión del uso tradicional (feudal) de los medios de producción existentes y la fuerza de trabajo en su uso en unidades de producción capitalista. Esto no requiere, en primera instancia, ninguna acumulación adicional de medios de producción o ni siquiera su uso más eficiente, sólo su redistribución y operación de acuerdo con las nuevas relaciones. Una vez ocurrido esto, el proceso de acumulación competitiva adquiere su propio ímpetu (véase *infra*, y capítulos III y IV).

Puesto que la agricultura era, por mucho, el sector de producción dominante en la época precapitalista, en términos de producto y volumen de empleo, este sector fue la fuente de una clase de trabajadores asalariados “libres”. El secreto de la acumulación primitiva u original de capital reside, entonces, en la expropiación de la población agrícola de la tierra y en la destrucción del derecho o la costumbre del cultivo independiente individual (aun cuando fuera necesario pagar el tributo feudal). Esto podría hacerse sobre una base individual por parte de los terratenientes respondiendo al creciente imperativo de los intercambios de mercado. Por ejemplo, podría surgir de las presiones debido a la acumulación de deuda de los terratenientes, del impacto de la inflación secular, de precios más altos de la

lana en relación con los granos, del requerimiento de menos trabajo en los campos y así sucesivamente. Cualesquiera que hayan sido sus causas inmediatas, estas transformaciones requirieron del poder del Estado para conseguir cualquier progreso en un proceso violento y resistido fuertemente. La intervención del Estado en representación de los intereses de los capitalistas fue dual. Primero, los movimientos de demarcación territorial desposeyeron al campesinado tanto de la tierra de uso común como de la de uso individual; la resistencia fue feroz y reprimida general y brutalmente. Se creó así la clase de los trabajadores sin tierra. Segundo, la legislación salarial y los sistemas perversos de "seguridad social" culminaron en la tristemente célebre Ley de Pobres de 1834, e impusieron largas horas de trabajo y disciplina industrial a los trabajadores sin tierra. El resultado combinado de estas transformaciones fue convertir a la mayoría de los campesinos en trabajadores asalariados, creando así la fuente potencial de plusvalía absoluta.

Aquí Marx hace hincapié en el uso cambiante de los medios de producción existentes más que en su acumulación. Sin duda, el progreso técnico y la reorganización de la producción contribuyeron al aumento del producto agrícola que alimentaría a la industria y a los trabajadores industriales. Simultáneamente, aunque de manera secundaria, el progreso técnico contribuyó también al aumento del producto manufacturero que se utiliza como insumo en la producción agrícola. Sin embargo, pocos trabajadores sintieron el beneficio de este incremento en el producto y, para quienes sí lo experimentaron, tuvo que haber palidecido hasta la insignificancia en comparación con el deterioro de las condiciones del trabajo y la destrucción de una forma de vida. Ilustrativo de esto es el papel esencial que desempeñaron la fuerza física y el Estado en la creación del proletariado, incluyendo a la policía, el ejército, los sistemas tributarios y de justicia, y otros en lugar de la operación suave de las fuerzas del mercado. Esto contrasta con la mayoría de las relaciones laborales de nuestros días, donde la lenta compulsión de las necesidades económicas y su desarrollo a través de la educación, los hábitos y las leyes establecidas firmemente inducen a la clase obrera a considerar las condiciones del modo de producción capitalista como autoevidentes, moralmente justificadas e inevitables. Ahora, rara vez se necesita que el uso de la fuerza esté a la vanguardia (aunque si se le requiere está disponible), porque el trabajo está

profundamente ligado al capital y aparece como si siempre hubiera sido así y como si así debiera permanecer.

Esta disquisición extremadamente breve explica los orígenes de las relaciones capitalistas de producción. Hacia el siglo XVII, el primer movimiento de demarcación territorial ya se había completado (seguiría otro más en el siglo XVIII), creando así una clase de trabajadores sin tierra, además de una clase de capitalistas, quienes aparecieron primero como granjeros. En el siglo XVIII, el uso de la deuda nacional, el sistema de impuestos, la política de protección comercial y la explotación de las colonias para acumular riqueza habían alcanzado su clímax. La combinación de trabajo y riqueza en las relaciones capitalistas acompañó estos procesos, y el siglo XIX anunció la veloz innovación tecnológica y el crecimiento acelerado de la sociedad industrial.

También debe reconocerse, sin embargo, que la creación del capitalismo en Gran Bretaña fue muy diferente en comparación a como sucedió en otras partes. La expropiación forzada de la tierra al campesinado fue más extensa que en el resto de Europa, y su carácter fue muy diferente al de desarrollos similares en otras partes del mundo. En Gran Bretaña, una mayor proporción de la población se transformó en trabajadores asalariados. Esto se hizo a través de la creación de un sistema de propiedad territorial a gran escala, de manera que un número relativamente pequeño de aristócratas vino a poseer la gran mayoría de la tierra de propiedad privada. En otras partes de Europa, así como en el noreste de los Estados Unidos, el campesinado, o partes de éste, fue más capaz de defenderse a sí mismo tomando la posesión de la tierra en parcelas más pequeñas, liberándose en mayor medida del trabajo asalariado.

La importancia de estos cambios persiste hasta el día de hoy, pues la agricultura de la Gran Bretaña continúa caracterizándose por granjas de mayor tamaño y la población trabajadora se compone de menos empleados (y autoempleados) en el sector agrícola que en el resto de Europa. Si bien el análisis de Marx de la acumulación primitiva se enfoca en Gran Bretaña, y en esa medida analiza un caso excepcional, su análisis de la clase de trabajadores asalariados a partir de la población agrícola sigue siendo un punto de partida esencial para el estudio de las transiciones capitalistas en la mayor parte del mundo.

Mientras que para Marx el elemento crucial en la transición al capitalismo es la formación de una clase de trabajadores asalariados a partir

de las relaciones de clase precapitalistas, esto deja abiertas las causas inmediatas y los mecanismos mediante los cuales se alcanzan esas transiciones. Estos mecanismos y causas son diversos y complejos, e incluyen desde diferentes factores en la formación de los mercados antes y después de la transición hasta el papel del Estado para el acceso al crédito, los mercados de exportación, la reforma agraria y así sucesivamente. No es sorprendente entonces, como ya se ha observado, que las transiciones hacia el capitalismo no sólo hayan sido diversas en contenido y trayectoria, sino también objeto de debate en el marxismo, tanto entre los enfoques del marxismo como en otros.

2. El desarrollo de la producción capitalista

En Gran Bretaña el capitalismo se desarrolló gradualmente, en gran parte a través de la coincidencia de condiciones económicas favorables —el descubrimiento y el atesoramiento de metales preciosos, rentas y salarios bajos, así como políticas económicas proactivas inspiradas en parte por el mercantilismo—. La génesis subsecuente del capitalismo industrial fue menos prolongada que en otras partes, pues se desarrolló más a partir de artesanos y gremios, y dependió de la absorción de trabajadores expulsados por los granjeros capitalistas. La desaparición de la autosuficiencia alimentaria del campesinado creó simultáneamente un mercado interno para el producto del capital industrial. Previamente, los campesinos en general habían sido capaces de asistir sus propias necesidades a través del control de los medios de producción (especialmente la tierra y los instrumentos agrícolas) de acuerdo con las normas feudales. Con el advenimiento del capitalismo, los productores independientes remanentes necesitaban dinero para comprar las semillas, los instrumentos y otros implementos agrícolas, y pagar impuestos; esto contribuyó a su transformación en trabajadores asalariados. Así, el capital no necesariamente destruye la producción familiar en virtud de su eficiencia superior. De hecho, la producción familiar persiste aún hoy —por ejemplo, en pequeñas empresas y maquilas —. Más bien, la producción independiente es destruida ampliamente y se subordina en general a la producción capitalista mediante los cambios sociales asociados con el desarrollo del capitalismo. El campesinado inglés, por ejemplo, fue destruido mediante la evicción forzada de la tierra y la

comercialización de insumos y productos, en lugar de la competencia entre las granjas capitalistas.

En las fases tempranas de la formación del capital industrial en la Gran Bretaña, los métodos técnicos de producción permanecieron sin cambios en su mayor parte. No obstante, los trabajadores perdieron acceso directo a los medios de producción y a los insumos y, por tanto, la posibilidad de controlar su propio trabajo y el producto. El proceso de expropiación del campesinado antes descrito "liberó" a los trabajadores asalariados en dos sentidos muy distintos: los liberó de sus señores y de los tributos impuestos por el sistema feudal, y también del acceso directo a los medios de producción. Estos trabajadores "libres" tienen que vender su fuerza de trabajo regularmente para poder procurarse sus medios de subsistencia. La expropiación es una de las fuentes históricas clave de la clase obrera industrial británica. La otra fuente principal es la contratación de artesanos independientes para producir bienes solicitados y, más tarde, para procesar insumos suministrados por, y pertenecientes a, un capitalista intermediario (sistema de producción por encargo). La siguiente etapa histórica fue la reunión de estos trabajadores independientes para trabajar en "combinaciones" pertenecientes a los capitalistas, las fábricas, inicialmente con tecnologías inalteradas (véase el capítulo III).

El surgimiento del sistema de fábrica no es simplemente un desarrollo tecnológico, es también un proceso de reorganización social que completa la transformación de artesanos independientes y campesinos desposeídos en trabajadores asalariados. Marx llama a esto la *subordinación formal* (subsunción formal) del trabajo al capital. La elección de esta terminología destaca el hecho de que, mientras que el trabajo ha sido sometido efectivamente al capital, el proceso de trabajo mismo permanece esencialmente inalterado. En este caso, la explotación depende principalmente de la extracción de plusvalía absoluta; la extensión de la jornada de trabajo a 12, 14, 16 o más horas por día; el empleo de los niños y la explotación brutal de cada miembro de la familia por salarios miserables; el descuido de la seguridad en el lugar de trabajo y la imposición de condiciones de vida degradantes en la clase obrera. La suciedad, la enfermedad, la amenaza de hambre y la ausencia de opciones obligaron a los trabajadores "libres" a firmar "voluntariamente" el contrato de trabajo y a trabajar "espontáneamente" aun en las condiciones más degradantes. Éste es el fundamento del mercado de trabajo, una institución capitalista clave.

A pesar de sus inicios humildes, el sistema de fábrica tiene implicaciones profundas para la organización de la vida social e individual. Crea nuevas condiciones de trabajo y cambios en los procesos de producción y reproducción social más allá de lo que se puede reconocer. Dentro de cada fábrica, la maquinaria ejerce gradualmente su propia disciplina. El sistema de fábrica fragmenta el proceso de trabajo en tareas uniformes repetitivas que son vigiladas más fácilmente por los agentes del capital: gerentes de la línea de producción, supervisores, contadores, tomadores de tiempo y su jerarquía de superiores, cuyo desempeño propio es apreciado por el equipo de directores y, finalmente, en el capitalismo desarrollado, por los bancos de las empresas y los accionistas.

A través de los procesos de mecanización, la fragmentación del trabajo y el control capitalista, el sistema de fábrica tiende a transformar a los artesanos independientes y a las personas calificadas en apéndices de las máquinas que ellos deben operar y para lo cual se les paga —los trabajadores de las fábricas son vigilantes de capital fijo ajeno—. Marx llama a esto la *subordinación real* del trabajo al capital. La cooperación detallada del trabajo dentro de la fábrica contrasta drásticamente con la división más fina de las tareas de los trabajadores que acompaña a la especialización. La subordinación real del trabajo marca el inicio de la producción capitalista propiamente dicha, basada en la extracción de plusvalía relativa. Éstas son las puntas de lanza económicas con las que el capitalismo puede derrotar otras formas de producción sobre la base de su eficiencia superior. Simultáneamente, fuera de la fábrica los pueblos se convierten rápidamente en crecientes centros industriales, alterando toda relación entre campo y ciudad, mientras que la vida misma se revoluciona por la difusión de métodos capitalistas de producción en toda la economía y en el mundo entero.

3. COMPETENCIA Y ACUMULACIÓN DE CAPITAL

La competencia capitalista se hace patente a través de varios canales. En la esfera de la producción, la competencia conduce a la subordinación real del trabajo y a la extracción de plusvalía relativa a través de la mecanización. Institucionalmente, está asociada con la difusión de sistemas de interconexión de propiedad y control que comprenden complejas jerarquías de trabajadores de "cuello blanco", gerentes, ejecutivos, accionistas, el

sistema financiero y el Estado que procuran la maximización de la eficiencia corporativa frecuentemente a expensas del bienestar de los trabajadores. Finalmente, en el nivel del intercambio, las empresas están inmersas en la competencia simultánea en varios mercados, incluyendo los mercados de medios de producción, de fuerza de trabajo y bienes finales. En todos los niveles, los capitalistas se encuentran aparentemente a merced de "fuerzas de mercado" anónimas —éstas surgen del imperativo del capital en general a acumular, lo cual determina la conducta de cada capital individual—.

Con el propósito de distinguir entre estos canales de la competencia y explicar sus consecuencias, Marx identifica dos tipos de competencia en el capitalismo: competencia intrasectorial (entre los capitales de una misma rama de la industria que producen valores de uso idénticos) y competencia intersectorial (entre capitales de diferentes ramas que producen distintos valores de uso).

La competencia intrasectorial se analiza en el primer volumen de *El capital*. Este tipo de competencia explica la tendencia hacia la *diferenciación* de las tasas de ganancia de los capitales que producen bienes similares con distintas tecnologías, las fuentes del proceso técnico y la posibilidad de crisis por desproporción y sobreproducción (véase el capítulo VII). Al competir contra otros capitales que producen mercancías idénticas, las empresas pueden defender su participación de mercado y su rentabilidad, y así evitar la bancarrota, sólo al intentar ser más eficientes que las otras empresas que producen la misma mercancía —es decir, a través de la reducción de los costos unitarios—. Esto requiere una ardua disciplina y un control extenso del proceso de trabajo, la mecanización y la introducción continua de más tecnologías productivas, máquinas y procesos de trabajo, así como economías de escala (reducción de costos mediante la producción a gran escala y reducción de costos fijos promedio).

Estos cambios violentos continuos son impuestos por imperativos sistémicos, en lugar de a través de formas inmorales o perturbaciones por parte del capitalista individual. Estas fuerzas crean una situación de acumulación competitiva para todos los capitalistas; participar es una condición de sobrevivencia. Por lo tanto, los competidores innovarán y adoptarán cada mejora técnica disponible, socavando la ventaja de otras empresas innovadoras al tiempo que preservan los incentivos para ulteriores progresos técnicos en toda la economía. Dar esta batalla aumenta la

eficiencia económica y abarata las mercancías producidas por cada empresa, granja, tienda u oficina incluyendo las mercancías que consumen los trabajadores (plusvalía relativa). Esto también tiende a fortalecer a los grandes capitales, los cuales normalmente están mejor capacitados para invertir sumas más grandes durante periodos más largos, a seleccionar entre un rango más amplio las técnicas de producción y a contratar a los mejores trabajadores. De estas formas, los grandes capitales fortalecen sus ventajas iniciales y tienden a destruir a sus competidores más débiles (contratendencias importantes de este proceso son la difusión de innovaciones técnicas entre las empresas competidoras y la capacidad de los competidores más pequeños para debilitar las tecnologías existentes a través de la invención, la experimentación y la competencia extranjera).

El segundo tipo de competencia identificado por Marx es la competencia intersectorial entre capitales que producen diferentes valores de uso. Este tipo de competencia se examina en el tercer volumen de *El capital*. En lugar de conducir a la transformación de las tecnologías de producción y de las prácticas del trabajo antes explicadas, la maximización de la ganancia puede conducir a la migración del capital hacia otros sectores (supuestamente más rentables). Estos movimientos en respuesta a cambios de demanda estructurales y el desarrollo de nuevos productos u oportunidades de ganancia en otras partes o simplemente por la reposición de corto plazo de los activos en el mercado de capitales alteran la distribución del capital y del trabajo, así como del potencial productivo de la economía. Existe una tendencia hacia el incremento de la oferta en las ramas más rentables, reduciendo así su exceso de ganancias. Una consecuencia inmediata de la competencia intersectorial es la tendencia a la *igualación* de las tasas de ganancia y de salarios a medida que los agentes económicos buscan el máximo valor de cambio para sus mercancías en el mercado. Este tipo de competencia también transforma la expresión de los valores como precios, toda vez que estos últimos devienen precios de producción (véase el capítulo x).

Marx argumenta que las fuerzas rivales de la competencia dentro y entre los sectores operan en diferentes niveles, siendo la competencia intrasectorial más abstracta y relativamente más importante que la intersectorial. Esto es porque, primero, ha de producirse la ganancia antes de que pueda distribuirse e igualarse de manera tendencial. Segundo, aunque la migración puede aumentar la cuota de ganancia de los capitales

individuales, el progreso técnico puede incrementar la rentabilidad del capital en su conjunto. En el análisis de Marx de la dinámica contradictoria de la acumulación de capital, las fuerzas rivales desencadenadas por los diferentes tipos de competencia no pueden simplemente agregarse —lo que presumiblemente conduciría a resultados estáticos, por ejemplo, la concentración más severa de capital a través de la dispersión de las tasas de ganancia y, ello no obstante, el equilibrio mediante la igualación de la cuota de ganancia, como en la economía ortodoxa—. Aun si pudiera alcanzarse este estado de cosas, inmediatamente sería perturbado por la incesante búsqueda de ventajas competitivas. La competencia no es nunca un proceso suave, y frecuentemente genera inestabilidad y crisis económicas. Para Marx, el análisis de la competencia ofrece la base sobre la cual pueden entenderse estructuras y procesos más complejos que influyen en diferentes niveles y en distintos mercados.

La acumulación de capital es el resultado de la interacción entre estos dos tipos de competencia (ambos financiados por el sistema financiero). La capacidad de un capitalista para competir está claramente limitada por el potencial de acumular. Las fuentes de la acumulación son dos. Por una parte, las ganancias pueden reinvertirse, amasando capital conforme pasa el tiempo. Marx llama a esto el proceso de *concentración*. Por otra parte, un capitalista puede solicitar créditos y fusionarse, reuniendo los recursos existentes de la producción capitalista. A esto Marx lo llama el proceso de *centralización*. La concentración es un proceso lento diluido por la herencia; pero la centralización a través de la palanca de un mecanismo de crédito altamente desarrollado y de los mercados de valores consigue en un abrir y cerrar de ojos lo que a la concentración le tomaría cien años alcanzar.

Toda vez que un capitalista individual acumula, lo que es cierto para un caso particular lo es para el capital en su conjunto. Esto se refleja en la acumulación social del capital, en la reproducción del capital y en sus relaciones de producción a escala ampliada, en el incremento del proletariado y en el desarrollo de las fuerzas de producción. Pero la solución del capitalista individual a la competencia no se reproduce a escala social: la acumulación también se realiza por parte de los competidores, de manera que la competencia misma se reproduce dentro y entre los sectores. La competencia causa acumulación y la acumulación crea competencia. Los que se rezagan en el proceso de producción son destruidos. En primer lugar,

los artesanos independientes y otros modos de producción son eliminados por el avance de la productividad, la producción en masa y la ley de hierro de la evaluación del mercado. Más tarde, el capital se vuelve contra sí mismo, los capitales grandes destruyen a los pequeños a medida que la centralización, el crédito y la concentración amasan más y más capital en cada vez menos manos. En suma, el capital en cuanto valor que se autoexpande existe en unidades rivales y separadas, y este modo de existencia provoca la competencia, que se verifica a través de la acumulación. La necesidad de acumular la siente cada capitalista individual como una fuerza coercitiva externa. Acumula o muere: hay pocas excepciones.

4. Temas y lecturas adicionales

El estudio de Marx de la acumulación primitiva en la Gran Bretaña puede encontrarse en Marx (1976, parte 8). Estudios marxianos relevantes del origen histórico del capitalismo en diferentes regiones incluyen Robert Brenner (1986, 2007), Terry Byres (1996), Vladimir I. Lenin (1972) y Ellen Meiksins Wood (1991, 2002); para un resumen crítico véase Michael Perelman (2003) y las contribuciones en Chris Wickham (2007). Los orígenes del capitalismo y la transición del feudalismo al capitalismo han sido muy controvertidos dentro del marxismo y en contra de éste. El debate Dobb-Sweezy se ocupó de la importancia relativa de los desarrollos en la producción feudal y sus relaciones de clase (tal como lo argumentó Dobb) en contraposición al papel externo y desintegrador del comercio (Sweezy), con hincapié en el campo y la ciudad, y en productores y comerciantes, respectivamente. Los textos clave de este debate se incluyen en Rodney Hilton (1976). Esta controversia se continuó en el así llamado "debate Brenner"; *cf.* Trevor Ashton y Charles Philpin (1985). Véase también Stephen Marglin (1974) para la idea de que la transición hacia el capitalismo inicialmente es sobre cómo se organiza y gobierna la producción más que acerca de los métodos técnicos de producción como tales.

Marx explica su teoría de la reproducción y la acumulación capitalista en Marx (1976, parte 7). El análisis de la competencia y la acumulación en este capítulo se basa en Ben Fine (1980, caps. II y VI) y Alfredo Saad-Filho (2002, cap. V); véase también Michael Burawoy (1979), Paresh

Chattopadhyay (1994, cap. II), Diego Guerrero (2003), David Harvey (1999, caps. IV-VII) y John Weeks (1981, cap. VI, 1985-1986).

VII. CAPITALISMO Y CRISIS

EL CAPITALISMO se expande porque desencadena fuerzas económicas que compelen a los capitalistas y, en cierta medida, a los trabajadores a comportarse en maneras que son funcionales a la acumulación de capital en su conjunto. A pesar de este grado de coherencia interna, el capitalismo está profunda e irremisiblemente errado, porque la subordinación de las relaciones humanas al motivo ganancias provoca crisis y contradicciones que limitan el ámbito de la reproducción de capital. Estas tensiones y límites se discuten más tarde y se revisan en el capítulo XIV. La crisis mundial que se inició a mediados de 2007 se examina en el capítulo XV.

1. LA TEORÍA DE LA ACUMULACIÓN Y LAS CRISIS DE MARX

La teoría de Marx de la necesidad de las crisis regulares en las economías capitalistas por oposición a la posibilidad de las mismas se basa en la interacción entre la competencia, los conflictos de clase y la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia (LTDCG). La LTDCG se discutirá en el capítulo IX. Por el momento, basta observar que las crisis pueden ocurrir por motivos distintos a los movimientos inmediatos en la cuota de ganancia. De hecho, pueden ocurrir debido a factores que se originan fuera del circuito del capital, por ejemplo, por cambios sociales, políticos, financieros o técnicos violentos. También es muy común la posibilidad de erosión de la cuota de ganancia debido a la incapacidad de los capitales para restructurarse y obtener una más alta rentabilidad y a causa de la fragilidad de los mercados de valores ante “malas” noticias y sus repercusiones en la reproducción económica. Otras causas potenciales son las crisis de precios provocadas por la sobreproducción en sectores industriales clave, el colapso de instituciones financieras importantes y la inestabilidad inducida por el comercio internacional o los disturbios políticos en el país.

Marx argumenta que las crisis pueden surgir siempre debido a la contradicción entre la producción de valores de uso para la ganancia y su consumo individual o, para ser más precisos, privado. Es sólo en el capitalismo donde domina la producción para la ganancia en lugar de para el uso, donde la sobreproducción de una mercancía puede ser motivo de desconcierto. En otros mundos sería motivo de celebración, porque significaría un aumento en el consumo. Pero para el capital el consumo no es suficiente; la acumulación sostenida requiere la *realización de la ganancia*. Esto depende de las ventas y, si esto resulta imposible, la producción puede reducirse y el capital en su conjunto se verá forzado a operar en una escala reducida, con implicaciones graves para el desempeño y el bienestar social.

Por ejemplo, puede ser que un conjunto de capitalistas que produce una mercancía en particular sea sometido a algún disturbio generado en la esfera económica o en otra parte. Sin embargo, la reproducción ampliada de sus capitales está íntimamente integrada con otros circuitos del capital. La demanda de insumos constituye la oferta de otros capitalistas y viceversa. La economía puede verse como un sistema de circuitos que se expanden ligados por engranajes interconectados. Si una de las ruedas de este engranaje se aletarga o se detiene, las demás ruedas del sistema también lo harán. Por ejemplo, para que la industria del vestido se expanda tiene que haber un aumento coordinado en la producción de textiles, requiriéndose una mayor producción de lino y algodón, más maquinaria, etc., así como más trabajadores, y para todas estas industrias tiene que haber disponibilidad financiera. Lo que induce a Marx a hablar de la anarquía de la producción capitalista es la necesaria, pero no planeada y competitiva, interconexión de los capitales. En esto, Marx anticipa algunos de los mejores aportes de Keynes, especialmente a través de sus esquemas de producción. Pero el análisis de Marx es más profundo y va más allá en muchos aspectos, extendiendo la consideración del nivel demanda (efectiva) a sus fuentes en la producción y la acumulación de plusvalía, y argumentado que las crisis son cambios forzados en el ritmo de producción, así como en su estructura interna. Marx las concibe como *necesarias* en el sentido de que resuelven de manera forzada las contradicciones internas de la acumulación de capital que persistirían de otro modo. Las crisis también son *inevitables*, como se muestra más adelante.

2. POSIBILIDADES DE LAS CRISIS

Generalmente, las teorías de las crisis empiezan por la ruptura de los circuitos individuales de capital, junto con las consecuencias de las decisiones privadas sobre la producción y la compra. Un circuito de capital puede romperse en cualquiera de sus eslabones (véase el capítulo V, figura V.1.). La ruptura puede ser voluntaria o involuntaria por parte del capitalista, quien puede ser capaz pero renuente, o estar deseoso pero ser incapaz, de permitir que el circuito continúe. En el primer caso el capitalista estará especulando, ya sea que anticipe que la rentabilidad puede aumentarse dilatando el circuito, o que espere crear o explotar una posición de monopolio al hacerlo. En el segundo caso, el capitalista está sujeto a fuerzas que operan más allá de su control inmediato.

Es improbable que haya una ruptura en el sistema de la producción, a menos que el trabajo realice acciones industriales o que haya disrupciones naturales o técnicas importantes (incluyendo un rápido cambio tecnológico en circunstancias financieras desfavorables). Parecerá que casi todas las crisis se originan en la esfera de la circulación, como una incapacidad o falta de voluntad para comprar, vender o invertir. Considérese el segmento $D - M < {}^{MP}_{FT}$. Una ruptura voluntaria aquí implica que *M* está disponible para la venta, pero que el propietario de *D* podría anticipar un precio de los insumos más bajo o aspirar a crear ese precio más bajo. En particular, para el caso del insumo trabajo, esto puede lograrse mediante la reducción (o la amenaza de reducir) el nivel de empleo como parte de una estrategia para incrementar la tasa de plusvalía.

La ruptura del circuito también puede ser involuntaria. Los propietarios de los insumos pueden intentar crear o explotar una posición de monopolio; en particular, el trabajo puede hacer huelga. De manera alterna, es posible que los insumos no estén disponibles porque, en la ronda previa de la producción social, los productos —parcialmente insumos en el presente— pudieron haberse producido en proporciones inadecuadas. Esto generará exceso de demanda de algunas mercancías particulares, y, por lo común, un exceso de oferta en otros sectores. Si esto se generaliza entre varios sectores y productores, la situación se caracterizará por una crisis de desproporcionalidad. Estas afirmaciones deben modificarse si la mercancía escasa es la fuerza de trabajo, en cuyo caso habrá un exceso de demanda de trabajo pero también un exceso de oferta de capital dinero (no utilizado).

La ruptura en la esfera de producción también puede aparecer entre M' y D'. Un capitalista también puede especular acerca del precio futuro de la mercancía capital, creando una ruptura voluntaria. Por otra parte, puede resultar imposible vender el producto, lo que significará un exceso de esa mercancía. Esto podría ocurrir debido a la desproporcionalidad o a que quienes normalmente compran la mercancía están impedidos para hacerlo porque no tienen dinero a la mano, acceso al crédito o expectativas rentables. Por ejemplo, si se han roto otros circuitos, por cualquier razón, los trabajadores, los capitalistas y otras personas no recibirán su flujo regular de ingresos y por lo tanto no realizarán el flujo regular de gastos. Esta situación, cuando se generaliza, se conoce como crisis de sobreproducción (o, desde otro punto de vista, subconsumo). Marx puso todo esto de manera muy nítida cuando sugirió que las mercancías están enamoradas del dinero, pero el camino del verdadero amor nunca ha sido terso.

Usualmente los marxistas han analizado las crisis de sobreproducción/subconsumo y desproporcionalidad al dividir la economía en dos sectores, inversión y consumo, y siguiendo los esquemas de reproducción ampliada de Marx (véase el capítulo V). Algunos argumentan que existe una tendencia persistente en la cual la oferta de bienes de consumo supera a la demanda y otros sostienen que existe una tendencia a la desproporcionalidad de la gran producción a gran escala de bienes de inversión. Ambas situaciones son posibles desde el punto de vista lógico pero las desproporcionalidades (sobreproducción en un sector y subproducción en otro) son tan probables dentro de los sectores de bienes de consumo e inversión como entre los dos en términos agregados. Más aún, es fácil confundir una crisis de desproporcionalidad en la que la oferta de bienes de consumo excede a la demanda con una crisis de sobreproducción. Esta última se caracterizará por un exceso general de oferta ("redundancia") de mercancías y el desarrollo previo de capacidad productiva excesiva. Una crisis de desproporcionalidad no presupone este exceso generalizado de oferta, sino simplemente redundancias localizadas en varios sectores económicos influyentes, que pueden, a la larga, provocar una crisis de sobreproducción.

Las rupturas en los circuitos individuales pueden ocurrir frecuentemente, dada la anarquía de la producción capitalista, las fluctuaciones en los precios de mercado, las disrupciones en el comercio internacional, los

avatares del sistema de crédito, la especulación, la monopolización y la obsolescencia del capital fijo con el progreso tecnológico. En ocasiones, estos factores serán suficientemente importantes para generar una crisis, cuya extensión dependerá de los patrones de disrupción y, subsecuentemente, del ajuste en la reproducción económica. Sin embargo, esta descripción de las posibilidades de crisis es limitada, debido a que deja de lado el motivo de la producción capitalista: la ganancia. La influencia determinante en la producción desde el punto de vista capitalista es la cantidad de ganancia que arroja el circuito de capital. Todos los obstáculos pueden superarse si *s* es suficientemente grande. Si la rentabilidad mejora, los capitalistas se mostrarán renuentes a suspender las ventas para especular sobre ganancias posteriores más altas, negar aumentos salariales u obstruir el proceso de creación de ganancias de cualquier otra forma. Esto es tanto más así cuanto que el sistema financiero prolongará a menudo un auge especulativo mucho después de que la rentabilidad haya empezado a mostrar signos de debilidad en cualquier otro aspecto que no sea en el papel. Esto puede atemperar la frecuencia de las crisis aun a expensas de profundizarlas (véase el capítulo XV). Las ganancias pueden recompensar y allanar el camino.

Sin embargo, si la capacidad de expansión de la producción de ganancias se restringiera, entonces no sólo algunos capitalistas serían expulsados de la producción mediante la bancarrota, sino que reinaría el pesimismo general, la producción se reduciría y habría una crisis en perspectiva. Los movimientos de la rentabilidad dependen no sólo de las condiciones de venta, sino también de los movimientos en valores. Tal como se ha visto en el capítulo III, el proceso de acumulación competitiva genera reducciones frecuentes en el valor de las mercancías. Es una característica contradictoria del capitalismo el que la ganancia individual se procure reduciendo los valores a través de la expulsión relativa del trabajo vivo de la producción, aunque el trabajo sea la fuente de la plusvalía. Marx analiza esto en el contexto de la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia (capítulo IX).

Las teorías de las crisis por sobreproducción, subconsumo, desproporcionalidad y la tendencia decreciente de la cuota de ganancia han dado lugar a una bibliografía extensa; sin embargo, estos enfoques aislados son limitados. En lugar de presentarse como teorías de las crisis marxianas rivales por derecho propio, pueden analizarse de manera más útil como

partes componentes de la teoría de Marx de las crisis económicas del capitalismo.

La competencia intrasectorial (véase el capítulo VI) crea una tendencia hacia el desarrollo industrial desigual (desproporcional) entre los sectores, y sobreproducción dentro de ellos. En ciertas circunstancias, posiblemente asociadas con un descenso de la cuota de ganancia, estos procesos pueden provocar una crisis general. No obstante, la causa fundamental de estas crisis es más importante que estas asociaciones. Para Marx, las crisis capitalistas se deben a la contradicción entre la tendencia capitalista a desarrollar las fuerzas productivas sin límite (y la plusvalía que tiene que realizarse) y la capacidad social limitada para consumir el producto. En estas circunstancias, la estabilidad económica requiere que una parte creciente del producto deba ser comprada por los capitalistas para propósitos de inversión o consumo de lujo, lo cual no siempre es posible. El capitalismo, por tanto, tiende siempre a ser inestable o proclive a las crisis. La crisis estalla cuando la producción se ha desarrollado más allá de la posibilidad de realización rentable. Esto puede ocurrir por varias razones, y lo que importa para la explicación de las crisis específicas es cómo se manifiesta su causa subyacente misma —la subordinación de la producción de valores de uso a la producción de plusvalía— a través de la desproporcionalidad, sobreproducción, el subconsumo y la tendencia decreciente de la cuota de ganancia.

3. ACUMULACIÓN, CRISIS Y DESARROLLO DEL PROLETARIADO

En el escenario más simple posible, supongamos que a medida que se acumula el capital la razón entre el capital constante y el variable adelantado *(c/v)* permanece constante; por tanto, el empleo de trabajo debe incrementarse también. No sería realista esperar que la oferta de trabajo pudiera incrementarse indefinidamente sin un aumento en los salarios. No obstante, si la tasa de salario aumenta más rápido que la productividad en el sector de bienes salario habrá una reducción de la rentabilidad y una tendencia a la reducción en la tasa de acumulación (en el límite no habrá acumulación de capital cuando los salarios se aproximen a un nivel tal que la producción de plusvalía se vea amenazada). Sin embargo, a medida que disminuye la acumulación se reduce también la demanda de trabajo, y la presión alcista de la tasa de salario se reduce a medida que el poder del

trabajo disminuye con el desempleo. Se restaura la rentabilidad, y con ella la acumulación, y el ciclo se repite a sí mismo (este argumento debe matizarse si la razón *c/v* cambia; véase el capítulo VIII).

Es así como Marx caracterizó los ciclos económicos decenales observados a inicios del siglo XIX. Marx también los ligó con la renovación sincronizada del capital fijo y la volatilidad del crédito comercial. En contraste con los economistas políticos clásicos, él explicó las fluctuaciones en el empleo mediante las fluctuaciones de las tasas de acumulación y sus efectos en los salarios y la rentabilidad (no a la inversa). Marx consideró absurda la doctrina malthusiana de disminución y estímulo del tamaño del proletariado mediante la reproducción sexual en respuesta a los salarios por debajo y por encima de la subsistencia. Esto difícilmente podría explicar los ciclos decenales. Marx también fue muy crítico de los economistas clásicos quienes estaban bajo la influencia de la idea de rendimientos decrecientes de la producción agrícola (véase el capítulo XIII). Por el contrario, resaltó la productividad creciente en la industria. Descrita en términos agregados, la actividad económica, determinada por cambios en la tasa de acumulación, parece fluctuar suavemente. No obstante, nada puede estar más alejado de la verdad. El panorama general puede ocultar variaciones enormes entre los sectores de producción y las regiones capitalistas dentro de una economía capitalista. Más aún, ya se ha mostrado que el capital tiene la tendencia a aumentar la productividad y a expulsar el trabajo vivo del proceso de producción. Marx argumenta que en el capitalismo el progreso técnico no sólo ahorraría trabajo vivo en términos absolutos, sino también en términos relativos con respecto a otros medios de producción. Esto se logra a través de las economías de escala debido a las fábricas y al uso de nueva maquinaria. Así, tendrá lugar un incremento en la cantidad de maquinaria por trabajador, lo cual incrementa la composición técnica del capital (capítulo VIII) y acelera el proceso de producción. Cada trabajador transforma una masa dada de materias primas en un tiempo más corto, reduciendo la cantidad de trabajo socialmente necesario para producir cada mercancía.

La expulsión de trabajo vivo de la producción puede acompañarse por una expansión general en el empleo, debido al rápido crecimiento del producto total. La acumulación competitiva, no obstante, procede en forma no coordinada. Los productos y el empleo no se expandirán en proporciones equilibradas a lo largo de los sectores y regiones. Con los cambios

tecnológicos unas veces habrá escasez y otras habrá exceso de trabajo y medios de producción disponibles. Sin embargo, la expulsión de trabajo vivo de *todos* los procesos de producción tenderá a generar desempleo creciente (atemperado, como ya se explicó antes, por la expansión económica y la apertura de nuevos sectores y caminos para la acumulación). Marx llamó a esto el *ejército de reserva industrial* o *población excedente*—nótese que esta población excedente se crea y se mantiene en el tiempo a través de la acumulación de capital, más que mediante la reproducción biológica de los trabajadores, tal como había sugerido Malthus—. Este excedente incluye una capa de desempleados permanentes, condenados a la pauperización por la combinación del ritmo y las características de la acumulación y su propia percepción de que no están habilitados para el empleo capitalista, ya sea por su edad, género, formación, experiencia (o ausencia de la misma), discapacidad o cualquier otra razón. Cuanto mayor es el ejército de reserva en relación con el empleo, mayor es la competencia por el empleo y menores serán los salarios. De igual manera, cuanto mayor es el ejército de reserva y su segmento de desempleados permanentes mayor será la extensión de la pobreza y la miseria. Marx destacó esta característica del capitalismo como la *ley general de la acumulación capitalista*.

Hasta ahora hemos analizado las exigencias que la acumulación capitalista impone en el proletariado —una disrupción constante de la vida individual y social—. Es posible que se impongan cambios particulares mediante la cohesión política, económica, ideológica y legal, o que se induzcan a través del mercado por cambios en los salarios y en los requerimientos de calificación. El método particular que se escoja y el resultado dependerán de la fuerza de organización de las dos clases. Adicionalmente, la fuerza de la clase capitalista se incrementa a medida que la acumulación se acompaña por una mayor centralización y, simultáneamente, por una mayor fuerza, organización y poder coercitivo del Estado. Marx argumenta que, al mismo tiempo que se centraliza el capital, las masas de trabajadores se concentran en la producción. Tal organización económica tiende a estimular la organización política y la información así como la lucha por el cambio económico y social. Conforme progresa la acumulación, la fuerza, organización y disciplina del proletariado pueden crecer con el desarrollo de sus condiciones materiales.

El capitalismo cumple el papel positivo de desarrollar el potencial productivo de la sociedad, convierte los principios de eficiencia económica en valores universales y crea las condiciones materiales para el comunismo. Sin embargo, al mismo tiempo, el capitalismo es el modo de producción más *destructivo* en la historia. Las economías capitalistas son inestables crónicamente debido a las fuerzas conflictivas de extracción, realización y acumulación de plusvalía en condiciones competitivas. Esta inestabilidad es estructural, y ni siquiera la mejor de las políticas económicas puede evitarla completamente. En el capítulo VI se mostró que la competencia obliga a todo capital a encontrar forma de incrementar la productividad. Generalmente, esto involucra cambios tecnológicos que incrementan el grado de mecanización, la integración entre los procesos de trabajo dentro de y en todas las empresas así como la escala potencial de producción. Pero estos procesos siempre son desiguales y dispendiosos. Están asociados con grandes inversiones de capital fijo, especulación, cambios del mercado de trabajo, descalificación, desempleo estructural, quiebras, crisis y el fracaso para asistir las necesidades básicas de todos a pesar de una manifiesta disposición de medios para satisfacerlas.

La acumulación también contribuye al desarrollo del agente de la destrucción del capital, los trabajadores organizados, y provee la razón fundamental para su destrucción; la socialización de la producción, conseguida mediante un proceso de planificación socialmente coordinado y radicalmente democrático que suministre el potencial productivo de la sociedad. El proletariado habrá cumplido su papel histórico, la expropiación de la clase de los capitalistas, cuando supere las estructuras e instituciones sociales que imponen la disciplina capitalista en la producción y en la sociedad en general, y cree alternativas que apoyen la abolición de la explotación económica. Esto no ocurre necesariamente durante una crisis económica, porque mientras que las crisis se asocian con ganancias reducidas, alto desempleo y presiones a la baja de los salarios, la recesión es también un momento en que la clase obrera tiende a debilitarse. Adicionalmente, los cambios dentro de un modo de producción, ya no digamos la transición de uno a otro, no pueden simplemente derivarse sólo de las condiciones económicas, porque esos cambios dependen en alto grado de las condiciones políticas e ideológicas. Éstas, junto con la posición económica del movimiento laboral, tienden a ser más fuertes en condiciones de prosperidad. Así, la relación entre el análisis económico y la revolución

no sólo es compleja, sino que depende también de otras influencias (esto se explora con mayor amplitud en el capítulo XIV).

4. TEMAS Y LECTURAS ADICIONALES

La bibliografía sobre las crisis es extensa, diversa y ha sido acremente debatida. Una división es entre quienes sostienen la teoría de la rentabilidad decreciente (y existen diferencias entre ellos sobre cómo y por qué) y quienes no sostienen esta teoría. En la bibliografía otras diferencias de punto de vista reflejan énfasis relativos en la producción, la distribución, el intercambio, las finanzas y el equilibrio de poder entre el capital y el trabajo y dentro de la clase capitalista. De manera creciente, el papel (económico) del Estado ha sido considerado como una fuente de, o respuesta a, las crisis, aunque esto ahora tiene menos prominencia en deferencia a la "globalización". Esto puede cambiar una vez más a raíz de la actual crisis.

El mismo Marx nunca discute su teoría de manera sistemática; véase, sin embargo, Carlos Marx (1969, cap. XVII; 1972, cap. XX). La interpretación de este capítulo se basa en Ben Fine y Laurence Harris (1979, cap. V). Para revisiones generales de las crisis de Marx véase Simon Clarke (1994), Duncan Foley (1986, cap. IX), David Harvey (1999, cap. XIII), Michael Howard y John King (1990), Michael Perelman (1987), Anwar Shaikh (1978), John Weeks (1981, caps. V-VIII) y *Research in Political Economy* (vol. 18, 2000). Michael Bleaney (1976) y John Weeks (1982b) revisan críticamente las teorías subconsumistas. Robert Brenner (1998, 2002) ha activado una renovación del debate sobre las crisis. Para una revisión de la bibliografía subsecuente véanse *Historical Materialism* (vols. 4-5, 1999) y Ben Fine, Costas Lapavitsas y Dimitris Milonakis (1999). *Cf.* también las referencias en el capítulo XV para la reciente renovación del debate.

VIII. LAS COMPOSICIONES DEL CAPITAL

ESTE capítulo explica los conceptos de Marx de composiciones técnica, orgánica y de valor del capital, como un preludio para el estudio de la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia (LTDCG) y el problema de la transformación (capítulos IX y X). Esto es importante por dos razones; primero, aunque las composiciones de capital son esenciales para la comprensión entre valores y precios, el progreso técnico, las crisis económicas y otras estructuras y procesos en la economía capitalista, generalmente se han explicado de manera descuidada y se han entendido sólo superficial e incorrectamente en la bibliografía. Segundo, tradicionalmente se considera que la LTDCG tiene sólo una relación somera con el problema de la transformación. Esto es erróneo, pues se encuentran íntimamente relacionados entre sí a través de la composición de capital.

1. LA COMPOSICIÓN TÉCNICA DEL CAPITAL

En el primer volumen de *El capital*, Marx examina el método capitalista de producción, es decir, la manera sistemática en la que el capitalismo transforma el proceso del trabajo a través del sistema de fábrica y se apropia de las otras condiciones de producción, por ejemplo, los recursos naturales (véanse los capítulos VI y XIV). En este volumen, Marx también establece la tendencia sistemáticamente creciente de la productividad del trabajo en el capitalismo, lo cual se expresa en el concepto de composición técnica de capital (CTC).

La CTC es la razón física entre los insumos materiales utilizados y el trabajo vivo necesario para transformarlos en productos. Aunque Marx muestra que la CTC tiende a aumentar (siendo ésta la expresión de la creciente productividad del trabajo en el capitalismo), los intentos para medir la CTC y sus cambios, o para contrastar la composición técnica de los capitales en diferentes sectores (por ejemplo, la agricultura y la generación de electricidad), confrontan un problema severo: la CTC no puede medirse

directamente porque es la razón entre un conjunto heterogéneo de valores de uso (los insumos materiales) y las cantidades de trabajo concreto gastados en cada empresa o sector. En otras palabras, la CTC puede medirse mediante un único índice sólo en la medida en que la masa heterogénea de materias primas y de trabajo sea reducida a un denominador común.

Para la teoría ortodoxa, la medida de la CTC es un problema de números índices. En contraste, en la teoría de Marx el valor de las mercancías forma la base sobre la cual la CTC se puede medir apropiadamente. Ésta no es simplemente la elección de un número índice en lugar de otro. Esto refleja la proposición de Marx de que el valor, entendido como el tiempo de trabajo socialmente necesario, es una categoría legítima de análisis para una sociedad capitalista. En esta sociedad, tal como se mostró en el capítulo II, diferentes trabajos concretos se igualan entre sí, regular, sistemática y necesariamente, en la producción y el intercambio, estableciendo así el dominio de las relaciones de valor en el capitalismo. Las mediciones de valor de la CTC son legítimas (más que simplemente convenientes, con la desventaja asociada a cualquier número índice) porque expresan las realidades subyacentes de la producción, así como los cambios sistemáticos en las condiciones de producción en el capitalismo, en términos de las relaciones sociales y de valor en que están incorporados. En otras palabras, la medición de la CTC mediante valores no es un índice más o menos arbitrario de las condiciones de producción cambiantes, sino una conceptualización de una parte del proceso de acumulación.

2. LAS COMPOSICIONES ORGÁNICA Y DE VALOR

Además de la composición técnica, Marx distingue entre la composición *orgánica* y la composición de *valor* de capital (COC y CVC). Sin embargo, la COC y la CVC rara vez se distinguen en la bibliografía subsecuente y ambas han sido utilizadas frecuentemente de manera casi intercambiable. La definición algebraica para ambas se ha denotado generalmente mediante c/v (capital constante dividido entre el capital variable). Sin embargo, esto plantea la siguiente cuestión: ¿qué valores se utilizan para reducir el conjunto heterogéneo de materias primas, en el caso de c, y del trabajo vivo, en el caso de v, a dimensiones de valor únicas? Este es un problema pertinente en este contexto, dado que el uso que Marx da a la composición de capital concierne a la acumulación y, por tanto, a la reducción

sistemática en valores de mercancías a través del progreso técnico (véase el capítulo III).

Antes de tratar este problema en el contexto dinámico de la acumulación, para efectos de exposición es útil distinguir la CVC y la COC en un contexto estático. Consideremos, por ejemplo, la producción de joyas. Supongamos que se utiliza el mismo proceso y las mismas máquinas y tecnología para producir anillos de plata y de oro. En este caso, ambos procesos de producción tendrán la misma CTC, dado que ésta mide la cantidad de materias primas en relación con el trabajo vivo. Pero la producción de anillos de oro implicará una CVC mayor puesto que utiliza materias primas con un valor superior (oro en lugar de plata). Para reflejar la similitud en los procesos de producción desde el punto de vista técnico, Marx define *iguales* COC para ambos procesos de producción. En otras palabras, la COC mide la CTC en términos de valor, pero *dejando de lado* las diferencias creadas por el mayor o menor valor de las materias primas empleadas.

Esto crea alguna dificultad en la medición de la COC, ya que los valores apropiados para definir la razón *c/v* no están especificados. ¿Debiéramos, por ejemplo, utilizar el valor del oro, el valor de la plata o algo intermedio? Este problema de medición surge por el intento de hacer la distinción en un contexto estático, en el cual la CTC y la CVC serían suficientes. La distinción entre la COC y la CVC adquiere significado real para especificar la equivalencia o no entre los procesos de producción desde el punto de vista orgánico sólo cuando los procesos de producción cambian.

Consideremos ahora un ejemplo dinámico, el de la industria del acero. Supongamos que debido a las mejoras técnicas en su producción, el valor del acero disminuye. Cuando un insumo ampliamente utilizado como el acero se abarata, suponiendo todo lo demás constante, la CVC en cada sector de la economía cambia de acuerdo con el contenido relativo de acero en su capital constante y en el valor de la fuerza de trabajo. En un caso simple, suponiendo fuerza de trabajo homogénea utilizada en todos los sectores, la CVC variará de acuerdo con el uso relativo de acero. A pesar de los cambios en CVC en toda la economía, las COC en todos los sectores distintos al del acero permanecerán *constantes*, porque, en primera instancia, no ha habido cambios en la CTC. En contraste, la COC de la industria textil se ha incrementado (junto con su CTC). Este ejemplo muestra que la COC mide *cambios en la producción en términos de valor*. Consecuentemente la COC

puede medir algo distinto de la CVC (y, por tanto, convertirse en algo relevante en la práctica) sólo cuando la CTC cambia.

Los dos ejemplos dados anteriormente no tienen mucho significado en sí mismos, y sólo sirven para explicar la diferencia entre la CVC y la COC. La cuestión es diferente una vez que comenzamos a considerar condiciones de la producción que cambian continuamente en toda la economía. Marx argumenta que, en su fase desarrollada, el capitalismo implica la acumulación a través de la producción de plusvalía relativa, donde la maquinaria desplaza al trabajo vivo sistemáticamente. El resultado de esto es una tendencia hacia una creciente CTC en toda la economía. En este caso, la CTC puede medirse en términos de valor en dos formas.

Por una parte, sólo desde el punto de vista de los cambios en la producción, la COC mide la CTC. Las materias primas y la fuerza de trabajo ingresan en el proceso de producción con valores dados, dando lugar a una razón definida entre el capital constante y el variable de acuerdo con la medida en la cual el trabajo es forzado a transformar insumos en productos. Si lo pusiéramos de manera cronológica, la COC mide la CTC con los valores "viejos" que prevalecen antes de los cambios técnicos y la renovación del proceso de producción. Por otra parte, siempre que ocurre un progreso técnico en cualquier parte de la economía, hay un cambio (reducción) en los valores de las mercancías. La CVC se mide en esta fase. Necesariamente, toma en cuenta la CTC desde el punto de vista del cambio tanto en la COC como en los valores de las mercancías a medida que se realizan en el intercambio. Para ponerlo de manera cronológica, la CVC se mide con los valores "nuevos" en lugar de los valores "viejos". En suma, la CVC comprende las implicaciones contradictorias de la creciente CTC así como los decrecientes valores de las mercancías debido al progreso técnico. Por tanto, la CVC tiende a aumentar más lentamente que la CTC y la COC.

La descripción de la diferencia entre la CVC y la COC en términos de valores nuevos y viejos es conceptual más que cronológica: en cualquier momento, algunos capitales estarán ingresando en el proceso de producción y otros estarán saliendo del mismo, mientras que el progreso técnico es ubicuo. Lo que hace esta distinción es derivar, y construir en un contexto más complejo, la separación entre las esferas de producción y el intercambio (véase el capítulo IV). En la producción, las dos clases sociales, capitalistas y trabajadores, se confrontan entre sí durante el proceso de producción y, conforme procede la producción, existe una tendencia

creciente de la CTC. En el intercambio, los capitalistas se confrontan entre sí como competidores en el proceso de compra y venta, y, a medida que procede la acumulación, existe una tendencia a la disminución de los valores y de la CVC. En el siguiente capítulo se muestra que la interacción de estos procesos es la preocupación principal de la LTDCG de Marx. En el capítulo X se explica la relación entre valores y precios en Marx a través del papel de la COC en su análisis.

3. TEMAS Y LECTURAS ADICIONALES

Como se mencionó antes, la bibliografía no ha sido cuidadosa en el tratamiento de las composiciones de capital. Generalmente, en el contexto de la LTDCG, se ha puesto mayor atención, al menos en la terminología, en la COC, e insuficiente atención en la CTC y la CVC. Irónicamente, a pesar del predominio terminológico de la COC, en la práctica lo que se ha querido decir es la CVC. Esto refleja la desconsideración de las distinciones propias de Marx y la interpretación errónea de su trabajo y de su intención, al confundir la distinta formación de las composiciones orgánicas y de valor (en la producción y en el intercambio respectivamente) en un proceso único.

No es sorprendente que la bibliografía específica sobre las composiciones de capital sea magra. Marx explica sus conceptos en Carlos Marx (1969, cap. XII; 1972, cap. XXIII; 1981a, cap. VIII). La interpretación de este capítulo se basa en Ben Fine (1990a) y en Ben Fine y Laurence Harris (1979, cap. IV). Esta interpretación se realiza y desarrolla a la luz de la bibliografía existente en Alfredo Saad-Filho (1993, 2001, 2002, cap. VI).

IX. LA CUOTA DECRECIENTE DE GANANCIA

LA TEORÍA de Marx de la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia (LTDCG) ha sido extremadamente debatida en términos de su validez, interpretación y significado. Este capítulo describe la ley de Marx y responde a algunas de las críticas que se han formulado contra ella. En la bibliografía a menudo se encuentran dos interpretaciones equivocadas de la LTDCG. Por una parte, la contribución de Marx es relegada al ámbito de la alta filosofía, en la cual la LTDCG adopta el carácter de una verdad abstracta, algo derivado de la lógica del capital mismo y, por tanto, irrefutable pero carente de cualquier significado empírico. Por otra parte, el análisis de Marx ha sido tratado como si equivaliera a un conjunto de proposiciones empíricas correctas, incorrectas o algo intermedio, dependiendo de las inclinaciones del analista y las implicaciones del modelo de economía seleccionado.

El punto de vista que adoptamos aquí difiere de estos dos extremos, mismos que, admitimos, hemos parodiado. No obstante, el argumento es complejo, pues depende de consideraciones conceptuales más que de consideraciones algebraicas. Como resultado, primero se sintetiza la estructura del análisis y posteriormente damos una explicación más detallada que contiene la elaboración y la justificación.

1. RESUMEN DEL ARGUMENTO

La LTDCG de Marx se basa en la distinción conceptual entre la composición orgánica y la de valor del capital (COC y CVC); en la bibliografía rara vez se distingue entre ambas y generalmente se utiliza la COC cuando en realidad se hace referencia a la CVC. En el capítulo VIII se mostró que la COC mide los resultados de la acumulación mediante la referencia exclusiva a la esfera de la *producción*, esto es, la creación de valor (plusvalía), mientras que la CVC mide y refleja el proceso de acumulación en la esfera del *intercambio*, esto

es, la realización de valor (plusvalía), que se centra en el problema de la venta, pero no se confina sólo a esto.

La COC tiende a aumentar en el tiempo debido a la adopción de métodos de producción específicamente capitalistas, especialmente el uso de la maquinaria en el contexto de la competencia dentro de los sectores y el intento sistemático de extraer plusvalía relativa. Esta tendencia creciente de la COC es la fuente de la ley como tal, mientras que la formación de la CVC se asocia con las tendencias contrarrestantes (TC) a la LTDCG. La interacción entre la ley y las TC es un aspecto esencial del proceso de acumulación. Esta interacción da lugar a la formación de fenómenos económicos más complejos pero sólo para aquella fase del desarrollo del capitalismo para la cual predomina la producción de máquinas. Esto implica que la LTDCG no es una ley empírica en el sentido predictivo estrecho, sino, más bien, una *ley abstracta*. No ofrece indicaciones prospectivas acerca de los movimientos de la cuota de ganancia, sino que más bien provee la base sobre la cual pueden estudiarse fenómenos económicos más complejos e inmediatos mediante la inclusión de ulterior análisis lógico e histórico (véase el capítulo I).

Esta presentación de la LTDCG de Marx conduce a una total contrastación con la comprensión y la crítica a ésta del economista japonés Nobuo Okishio, que ha sido retomada por la escuela sraffiana de economía, así como por algunos marxistas. Debido a que este enfoque se limita al análisis de estática comparativa y de equilibrio, trata al proceso de acumulación como un proceso que necesariamente engendra la integración armoniosa entre producción y circulación. En consecuencia, este enfoque puede caracterizarse como opuesto dialéctico del de Marx.

2. LA LEY COMO TAL Y LAS TENDENCIAS CONTRARRESTANTES

El análisis de Marx de la LTDCG ocupa los tres capítulos de la tercera parte del tercer volumen de *El capital*. El primer capítulo se intitula “La ley como tal”. Contiene lo que parece ser una demostración algebraica simple de la rentabilidad decreciente en el capitalismo. Puesto que la cuota de ganancia, en términos de valor, puede escribirse como $r = s/(c + v)= e/$ (COC + 1), donde e es la tasa de plusvalía (s/v) y la COC es c/v, una disminución en r es la consecuencia directa de una COC creciente, suponiendo que no ocurre un aumento en e.

Sin embargo, esta interpretación mecanicista es incorrecta. La LTDCG no puede predecir movimientos empíricos en la cuota de ganancia por dos razones. Primero, las leyes marxianas no son la expresión teórica de regularidades empíricas. Aquí, una analogía con la ley de gravedad podría ayudar: esta ley física se basa en la idea de que los cuerpos se atraen mutuamente, como en la manzana de Newton que cae a la tierra. Pero, empíricamente, la ley de gravedad también puede *explicar* resultados empíricos que parecen contradecirla —los planetas tienen órbitas elípticas estables alrededor del sol, los aeroplanos vuelan y los edificios se mantienen de pie—. De manera similar, las leyes marxianas expresan las fuerzas materiales clave constituidas por las relaciones sociales capitalistas, lo que Marx llama *tendencias*. Es por esto que la LTDCG se llama, de manera aparentemente extraña, “ley de la tendencia”. Aunque las leyes y tendencias marxianas surgen de las relaciones sociales que definen el modo de producción, y por tanto son necesarias (en otras palabras, inevitables en ese tipo de sociedad), no determinan de manera directa resultados empíricos. Por ejemplo, la tendencia hacia la mecanización y (por tanto) la creciente COC no implica que la cuota de ganancia deba disminuir incesantemente; por el contrario, las fluctuaciones de la cuota de ganancia en el tiempo no niegan la LTDCG. De igual modo, la tendencia a la igualación de la cuota de ganancia en todos los sectores como resultado de la maximización de la cuota de ganancia y la movilidad de capitales no implica que estas tasas se igualarán en el futuro (es sólo en la economía ortodoxa que se concibe esta tendencia como una realidad, de modo que pueda construirse un equilibrio en el cual se igualan las tasas de ganancias).

Para Marx, estas leyes y tendencias tienen que ubicarse analíticamente en el contexto de sus fuentes y las (relativamente más complejas) formas en las cuales estas leyes y tendencias se manifiestan. Por ejemplo, las tendencias siempre interactúan con contratendencias en el contexto de circunstancias históricas particulares, conduciendo a resultados que no están determinados *ex ante* sino, en principio, comprensibles *ex post* (véase el capítulo I). En el caso de capitales rivales, por ejemplo, la tendencia a la igualación de sus tasas de ganancia tiene que establecerse contra la competencia entre capitales en el mismo sector, lo que diferencia sus tasas de ganancia, ya sea que esto ocurra a través de la acumulación para incrementar la productividad, el pago de salarios más bajos o lo que sea (véase el capítulo VI).

La segunda razón por la cual la LTDCG no permite predicciones empíricas es que cualquier consideración de la composición orgánica (en lugar de la composición de valor) de capital, como en el caso de esta ley, se restringe a cambios en la producción, sin ninguna referencia a cambios de valor en la circulación. Esto explica por qué el valor constante de e no es un supuesto arbitrario, sino más bien una expresión de los valores constantes de las mercancías (incluyendo la fuerza de trabajo) durante la producción.

El segundo capítulo de Marx, intitulado "Factores contrarrestantes", discute las TC. Estas TC son de dos tipos. Están las que se derivan directamente de cambios en valores resultantes de la creciente COC. Si escribimos $r = s/(c + v)$, se sigue que todo lo que hace disminuir a c o v, y todo lo que incremente s, tiende a incrementar r. La producción de plusvalía relativa realiza todo esto, porque el incremento de la productividad reduce los valores de c y de v (ya sea directamente en el sector de bienes salario o indirectamente a través de su uso de materias primas de menor valor), y aumenta s, a través de la reducción de v (dado el salario real). Estos cambios de valor son sinónimos de la formación de la CVC, como se argumentó previamente, destacando la importancia de este concepto y su diferencia respecto a la COC.

Además, Marx también considera TC de naturaleza menos sistemática. Por ejemplo, enumera la superexplotación de la fuerza de trabajo, especialmente de los que en otras circunstancias estarían desempleados, y los desorganizados (que producen plusvalía absoluta), el abaratamiento de las materias primas y de los bienes salarios a través del comercio internacional y la formación del capital por acciones. Este grupo de TC no se deriva por necesidad de la acumulación de capital o de la creciente COC, aunque probablemente sea resultado del desarrollo capitalista. Marx parece agrupar estas TC con las otras sin separarlas analíticamente. Esto puede explicarse por la falta de preparación final del tercer volumen para su publicación. Además, la lista de TC de Marx sigue de cerca a la de J. S. Mill, lo que sugiere que todavía tenía que trabajar más este material. Sin embargo, una diferencia importante entre Marx y Mill es que el tratamiento de la ley por parte de Mill sigue al de Ricardo y se basa en la *productividad declinante de la agricultura*, en lugar de, como en Marx, la *productividad creciente en toda la industria*.

El análisis de Marx de las TC las hace aparecer como si él estuviera analizando movimientos inmediatos en r en cuanto contrapeso numérico a

la ley como tal. Sin embargo, las TC se presentan invariablemente en un nivel de análisis más complejo que la ley, porque, como hemos visto, involucran la formación de la CVC, que incorpora cambios en la producción *y* en el intercambio (mientras que la ley como tal involucra sólo la formación de la COC y cambios en la producción). A pesar de esto, al igual que la ley, las TC no deben verse como factores de peso empírico que gobiernan directamente los movimientos en la cuota de ganancia, sino como factores que incorporan esos procesos de acumulación y de restructuración que convierten los cambios en las condiciones de producción en movimientos en el intercambio.

3. LAS CONTRADICCIONES INTERNAS DE LA LEY

En la sección previa hemos argumentado que la LTDCG y las TC comprenden procesos y relaciones relativamente abstractos en lugar de predecir movimientos inmediatos de la cuota de ganancia. Esta es la base para examinar el tercer capítulo de Marx sobre la LTDCG, correctamente intitulado "Desarrollo de las contradicciones internas de la ley". En este capítulo Marx examina la ley y las TC como una unidad contradictoria de procesos subyacentes que dan lugar a fenómenos empíricos más complejos. Aun en esta fase relativamente concreta, Marx se ocupa más de la coexistencia antagónica de la ley y sus TC que de la predicción de movimientos en la cuota de ganancia. Esto es porque la ley y las TC no pueden agregarse algebraicamente para aumentar o disminuir la cuota de ganancia, según que la ley o, por el contrario, las TC sean más fuertes, del mismo modo que los efectos de la competencia dentro y entre los sectores no pueden agregarse para sugerir que las tasas de ganancia divergirán hacia el monopolio o, por el contrario, se igualarán entre todos los capitales en tiempo histórico (véase el capítulo VI). Más bien, Marx se ocupa de las contradicciones entre la producción y la circulación de valor (plusvalía) a medida que discurre el proceso de creación de valor, sobre la base de valores que constantemente están siendo alterados por la acumulación de capital.

El hecho de que la LTDCG concierna a la interacción de tendencias abstractas en lugar de anticipar un declive incesante en las tasas de ganancia reales de las empresas o las economías capitalistas lo confirma implícitamente el análisis de Marx de las contradicciones internas de la ley.

En la tercera parte del tercer volumen de *El capital* hay poca o ninguna discusión de los movimientos en la cuota de ganancia, y, por el contrario, hay mucha más preocupación por la capacidad de la economía para acumular la masa de plusvalía que ha sido capaz de producir y que necesita para expandirse. En otras palabras, existe una mayor atención hacia la cuestión de si puede sostenerse la acumulación más que hacia la cuestión de si se genera una mayor o menor cuota de ganancia. Por ejemplo, si el progreso técnico reduce los valores del capital constante y variable, como de hecho tiende a hacerlo, esto es indicativo de la traducción de los cambios en las condiciones de producción en la esfera del intercambio, lo cual genera una tendencia hacia el descenso de las tasas de ganancia (en la medida en que el valor de la fuerza de trabajo se mantenga y los salarios reales aumenten en línea con la producción y la productividad). En contraste, la formación del capital por acciones, la superexplotación de los trabajadores y la apertura del comercio internacional conducen a una acumulación continua, independientemente de la cuota de ganancia con la cual ocurre todo esto.

4. LAS IMPLICACIONES EMPÍRICAS DE LA LEY

La consideración de la LTDCG como una ley abstracta no niega su significado empírico. La principal conclusión de Marx en esta parte de *El capital* es que la ley y las TC no pueden existir una al lado de las otras en armonía indefinida, sino que en ocasiones tienen que dar lugar a crisis. Esto requiere una interpretación cuidadosa, porque no hay una derivación axiomática de la necesidad de las crisis, de la misma manera que no hay una derivación axiomática de un descenso de la cuota de ganancia. Más bien, Marx está apuntando hacia la posibilidad *inmanente* de crisis, de la misma manera en que lo había hecho anteriormente en el segundo volumen, como resultado en principio de un potencial más estrecho de la separación entre la venta y la compra sobre la base de valores constantes (véase el capítulo VII). Esto puede establecerse, como en la teoría keynesiana de la demanda efectiva, sin más referencia al capitalismo que no sea la de un sistema de ofertas y demandas coordinadas por el dinero. Pero en el primer volumen de *El capital* Marx ha establecido no sólo que la acumulación es un imperativo para el capitalismo, sino que éste involucra también un proceso de restructuración económica y social que ha de tener en su núcleo una

reproducción económica en escala simple o ampliada, tal como se estableció en el segundo volumen. En otras palabras, el intercambio no es ni simple ni principalmente una coordinación de los mercados, sino la más abierta expresión de las contradicciones de la acumulación de plusvalía y de todo lo que esto implica.

Más específicamente, para la LTDCG, una fuente potencial de descoyuntamiento en la circulación total de valor (plusvalía) es el acomodo en el intercambio de la expulsión relativa de trabajo y los valores cambiantes en la producción a través de la restructuración del capital. Estos procesos están sujetos a una incesante disrupción debido al progreso técnico en toda la economía. Por ejemplo, la reducción en los valores conforme discurre la acumulación tiende a minar la preservación de los valores de capital existentes, mientras que la expulsión del trabajo perturba los equilibrios entre oferta y demanda, la extracción de plusvalía y la reproducción de la fuerza de trabajo.

Estas perturbaciones demuestran que la LTDCG y las tendencias contrarrestantes tienen una conexión directa con los fenómenos observables, aunque no involucran predicciones simples de tendencias. No obstante, suministran un marco para la comprensión de las tensiones y desplazamientos debidos a la acumulación de capital, y apoyan la conclusión de que la ley y las TC no pueden coexistir una al lado de las otras en reposo aun durante una fase de expansión. Los capitales se devalúan aun cuando se preservan y expanden. Estas contradicciones propician crisis, auges y los ciclos de producción e intercambio correspondientes. Más aún, el desarrollo de esta posibilidad inmanente de crisis apunta hacia la *probabilidad* de crisis cuando estos procesos no pueden ya más acomodarse, en especial (aunque no exclusivamente) debido a las desproporciones, a inversiones mal orientadas y a burbujas especulativas. Estas crisis, y el desempleo, concentración y centralización de capital resultantes, y así sucesivamente, son las "predicciones" observables de la tendencia abstracta de Marx. De hecho, estos ciclos se asocian con movimientos particulares en la cuota de ganancia observable. En ocasiones, la cuota de ganancia descenderá realmente; en otras aumentará. Estos movimientos no son arbitrarios, sino que se basan en las tendencias abstractas y sus contradicciones.

Este análisis conduce a implicaciones empíricas adicionales de la LTDCG, porque sugiere que las crisis que deben sus orígenes al desarrollo en la

esfera de la producción, de cualquier modo irrumpirán en la esfera de la producción, y puede que esto ocurra en formas sorprendentes, dependiendo de las fortalezas y fragilidades relativas de los participantes en el circuito del capital en su conjunto. Esta es una razón por la cual es probable que la LTDCG conduzca empíricamente a descensos reales en la cuota de ganancia: a medida que el proceso de acumulación se debilita, la masa de ganancia realizada se compara contra una masa constante de capital fijo, de manera que la rentabilidad tiende a declinar. Pero esto no tiene que ser así por necesidad. Si, por ejemplo, como resultado de un estancamiento económico o de quiebras se deprecian grandes masas de capital, o si son adquiridas por los capitalistas sobrevivientes a precios mínimos, la cuota de ganancia puede incluso aumentar como resultado de la crisis, factor que a menudo desempeña un papel importante en la recuperación económica.

5. LA LTDCG Y LA TEORÍA DE LA CRISIS

El punto anterior ilustra que la tendencia decreciente de la cuota de ganancia ha sido algo así como un fetiche en la bibliografía, cualquiera que sea la posición adoptada en relación con el propio análisis de Marx. A menudo, se ha puesto la atención en si la teoría puede o no producir un descenso en la cuota de ganancia, por cualquier mecanismo, ya sea mediante el aumento de la COC, de la CVC o de los salarios (a expensas de las ganancias). Una vez que desciende la cuota de ganancia, se supone que la economía incurre en crisis debido a inversión deficiente, que a su vez conduce a una demanda deficiente del producto potencial, como en la teoría keynesiana. En esta perspectiva, existe una separación completa entre la teoría que produce el descenso en la productividad y los resultados de esa caída, esto es, entre la causa y el curso de la crisis (y, a mayor distancia, el mecanismo de la recuperación —el cual, en el análisis de Keynes, depende de un *deus ex machina*, el gasto deficitario del Estado y su impacto en las expectativas capitalistas—). Sin embargo, no puede suponerse que un descenso en la rentabilidad resulte automáticamente en una crisis. Puede existir un menor incentivo y una menor capacidad para acumular, pero algún ingreso es mejor que ninguno. La acumulación continua puede ser necesaria para preservar el capital (fijo) existente y saldar las deudas; y, más importante que cualquier otra cosa, el descenso de la rentabilidad es una fuerza competitiva poderosa. Consecuentemente, en la medida en que los

capitalistas intentan restaurar la rentabilidad, ¡pueden incluso acumular con una tasa más rápida que en el pasado!

Para Marx, los descensos en la cuota de ganancia pueden provocar crisis económicas (por ejemplo, quiebras industriales que conducen a fracasos bancarios y una interrupción abrupta del crédito), pero esto ofrece más una descripción que un análisis penetrante de la causa y curso de las crisis. Más importante aún, no demuestra la relación orgánica entre la crisis y el proceso de acumulación de capital, como no sea trivialmente, al implicar que una economía de mercado no coordinada no es capaz de alcanzar el crecimiento equilibrado de largo plazo. En contraste, si la LTDCG se entiende como la combinación de tendencias contradictorias que operan en toda la producción y el intercambio, las crisis pueden analizarse sobre la base del proceso de *acumulación*.

Esto requiere un análisis de la producción de valor y su expresión en el intercambio en un contexto mucho más amplio del presentado en los capítulos iniciales del primer volumen de *El capital*. Ahí la categoría del valor se comprende como una relación social que expresa la equivalencia entre distintos tipos de trabajo mediante la categoría de trabajo abstracto. En toda economía, inevitablemente habrá diferentes calificaciones y tipos de trabajo. Dentro de cada sector habrá también diferentes niveles de productividad en todas las empresas rivales. Pero el imperativo de la ganancia, el control capitalista sobre el proceso de trabajo, la competencia dentro y entre los sectores y la equivalencia entre las mercancías en el intercambio reducen estos trabajos a su denominador común de valor (véanse los capítulos II y III). Con la acumulación y la competencia que reducen los valores de las mercancías, el tiempo de trabajo socialmente necesario (TTSN) en cada sector se convierte en el centro alrededor del cual gravitan los trabajos individuales y los procesos de acumulación.

El reconocimiento de la interacción entre la ley y las TC plantea problemas difíciles para la teoría del valor, que sólo pueden resolverse a través de una comprensión crecientemente compleja y concreta del valor. Por ejemplo, dado que la acumulación conduce a una reducción continua en el TTSN todo el concepto de valor parece estar en riesgo, porque estamos intentando utilizar una categoría cuya cuantificación se altera tan pronto como se establece. La única manera de abordar esta dificultad es a través del reconocimiento de que la equivalencia establecida entre diferentes tipos de trabajo se extiende a trabajos de diferente productividad. Ya hemos

ilustrado dos momentos de este proceso. Primero, los insumos manufacturados en distintos momentos, y con diferentes tecnologías, se combinan y transforman mediante el trabajo vivo en un nuevo producto, el cual, a su vez, frecuentemente se consume de manera productiva como insumo en otro proceso de producción. Consecuentemente, la equivalencia material entre diferentes tipos de trabajo y trabajos de diferente productividad se establece en la *producción* más que en el intercambio. Segundo, la COC se determina sobre la base de la equivalencia para valores establecidos previamente, mientras que la CVC se forma a través de la emergencia de nuevos valores tras la aparición de las condiciones de producción cambiantes asociadas con el aumento en la COC.

Esto es todo lo que uno puede decir acerca de la dinámica de la cuota general de ganancia en este nivel de análisis, y no se puede hacer ningún progreso sin especificar la naturaleza de la interacción entre la ley y las TC. Esto puede hacerse teóricamente a través del análisis de los mecanismos mediante los cuales se expresan en el intercambio las relaciones de valor, o empíricamente mediante la especificación de las condiciones en las cuales se verifica históricamente la acumulación. Dos factores importantes en estos dos aspectos del análisis de la rentabilidad son el papel de las finanzas y el papel del capital fijo. En sus formas respectivamente diferentes, ambos son inmensamente influyentes en, y afectados directamente por, el establecimiento de la equivalencia de valores en el intercambio a medida que los capitales buscan preservar y trasladar valores cambiantes a lo largo de un periodo extendido, durante el cual es probable que sean confrontados en la competencia por sustitutos más baratos y por adversarios más competitivos. Estos temas no pueden discutirse aquí, pero pueden consultarse en el capítulo III y las lecturas adicionales.

6. Una respuesta a Okishio

La crítica a la teoría de la LTDCG de Marx más conocida toma como punto de partida un teorema presentado y reproducido en forma matemática por el economista japonés Nobuo Okishio. Brevemente y de manera informal, Okishio argumentó que dada una disposición más amplia de técnicas de producción, la cuota de ganancia no puede disminuir a menos que los salarios reales aumenten. En otras palabras, una cuota de ganancia descendiente es contingente al aumento de los salarios, en lugar de ser el

resultado de contradicciones en el proceso de acumulación de capital, tal como se mostró anteriormente que es el caso de Marx. En el análisis de Okishio, los capitalistas adoptan nuevas técnicas de producción sólo si éstas son más rentables que las técnicas existentes, dados los precios prevalecientes de las mercancías. Una vez que se han generalizado estas nuevas técnicas, esto resultará en un nuevo conjunto de precios (más bajos) y en una nueva cuota de ganancia igual para todos los sectores. Los precios cambiarán no sólo en los sectores donde ha habido innovación, porque estos precios presumiblemente más bajos se traspasarán a los sectores en los que esas mercancías se utilizan como insumos o como partes del salario. En este caso, la cuestión de Okishio es la siguiente: al actuar de manera ciega para incrementar su rentabilidad individual introduciendo nuevas técnicas, ¿pueden los capitalistas, paradójicamente, conducir al sistema a una cuota de ganancia más baja? No sorprende que Okishio ofrezca una respuesta negativa, a menos que los salarios reales se incrementen, y que concluya que Marx está equivocado.

Es importante reconocer que el teorema de Okishio es un ejercicio de estática comparativa, esto es, compara una posición de equilibrio económico con otra. Este uso de la estática comparativa es claramente inapropiado en el contexto del análisis de los movimientos de la cuota de ganancia como una fuente de las crisis. En otras palabras, si nos movemos de una posición de equilibrio (estático) a otro, no podemos analizar las crisis, sin importar lo que le suceda a la cuota de ganancia. No obstante, aquí Okishio obtiene el resultado de que, primero, la economía se mueve de una posición de equilibrio estático a otra. Segundo, implícitamente, si la cuota de ganancia desciende tenemos una crisis, y en caso contrario no. No queda claro por qué un equilibrio con una cuota de ganancia más baja colapsaría en una crisis.

Esto plantea la cuestión mucho más interesante de los movimientos entre los dos equilibrios. Al examinar este proceso es evidente que, lejos de interpretar la LTDCG de Marx, el enfoque de Okishio es su opuesto dialéctico. Porque, en el enfoque de Okishio, un capitalista individual adopta inicialmente una técnica de producción más avanzada a través de un mejor acceso a las finanzas o a la tecnología y, a los precios iniciales, este capitalista obtiene una cuota de ganancia más alta que la promedio. Este enfoque contrasta de manera drástica con el análisis de Marx de la creciente COC, porque para Marx, como se mostró antes, la tendencia decreciente de

la rentabilidad se debe a la evaluación de insumos y productos a valores viejos, lo cual vale para el *capital en su conjunto*.

Consideremos ahora, en el contexto del teorema de Okishio, las consecuencias de la generalización de la nueva técnica a los capitales en el sector, y la formación de nuevos precios y cuota de ganancia de equilibrio. Puede demostrarse mediante técnicas matemáticas similares a las empleadas por Okishio que la cuota de ganancia de corto plazo del capitalista innovador es mayor que la nueva cuota de "equilibrio" de largo plazo (después de la difusión del cambio técnico), que, a su vez, es mayor que la cuota de ganancia del "equilibrio original" (antes del cambio técnico). Esto implica que el capitalista que adquirió una ventaja a través de la innovación técnica descubre que la ventaja se evapora a medida que la innovación se generaliza a los otros capitales. La reducción de los precios a través de la introducción de la nueva técnica también reduce la cuota de ganancia para el capitalista innovador. Por lo tanto, para Okishio, la formación del precio a partir del cambio técnico actúa como una presión que reduce la cuota de ganancia hacia el (nuevo) promedio para el capitalista innovador *individual*. En contraste, el proceso de formación de precios (y de CVC) resultante del cambio técnico es una tendencia que contrarresta el descenso de la rentabilidad para el capital *en su conjunto*, dado que conduce a una reducción en el valor del capital constante y variable.

Ahora, pongamos los dos procesos juntos, introduciendo la nueva tecnología y generalizándola a todos los productores para formar los nuevos precios. Para Okishio estos procesos son fenómenos de equilibrio empírico inmediato. No interactúan entre sí para generar resultados más complejos y concretos; en lugar de esto, se agregan algebraicamente para formar una suma de efectos que muestran un aumento en la rentabilidad para la economía en su conjunto. Más aún, los dos procesos de desequilibrio se anulan mutuamente y dejan al sistema en equilibrio armonioso. Debido a esto, el enfoque de Okishio no puede distinguir entre CVC y COC. Antes bien, descansa en una noción de equilibrio de CVC que, no obstante, recibe el nombre de composición orgánica. Por el contrario, para Marx la ley y las TC son tendencias abstractas cuya interacción no es alguna suma algebraica sino una trayectoria de acumulación movida por la crisis que puede comprenderse pero no siempre anticiparse.

El resultado de Okishio es potente sólo en el sentido limitado en que la cuota de ganancia *puede* descender si los salarios aumentan de manera suficiente (más que proporcionalmente para compensar el impacto del incremento de la productividad en la rentabilidad). No obstante, la cuota de ganancia puede descender debido a otras razones no relacionadas con el nivel de salarios; si la economía sufre un choque externo adverso (por ejemplo, un deterioro de los términos de intercambio debido a precios de importación más altos), una crisis financiera (actualmente relevante a la luz de los salarios estancados en las últimas tres décadas o aún más) o cualquier pérdida de la confianza de los negocios. Esto sugiere que tenemos que ubicar el impacto de los salarios (cuanto más) como una influencia inmediata sobre la rentabilidad y la acumulación (recordando que los análisis del tipo de Okishio son enteramente estáticos), debido a que los salarios son una *consecuencia* del proceso de acumulación y no una suerte de influencia independiente. Específicamente, aun cuando los salarios más altos podrían precipitar una crisis, la acumulación de capital también puede *prosperar* con salarios reales crecientes, porque conduce a niveles más altos de consumo y, por tanto, a mayores ventas. En contraste, si a pesar del progreso técnico los salarios reales permanecen constantes habrá una reducción en el valor de la fuerza de trabajo y un incremento en la cuota de plusvalía. Para Marx éstas son TC. El hecho de que existan como resultado de la acumulación no garantiza la ausencia de crisis. Mientras que en el contexto del análisis de Marx de la LTDCG y las TC estos resultados son posibles, son excluidos del análisis de Okishio debido a su estrecho interés en la razón gananciassalarios.

En suma, la actual crisis financiera demuestra cómo es posible que la disminución de la rentabilidad y las crisis puedan surgir independientemente de, o aun a pesar de, los salarios reales estancados (capítulo XV). Por lo tanto, el teorema de Okishio en el mejor de los casos puede ser rescatado si se acepta que no se aplica en estas circunstancias. Por el contrario, las LTDCG y las TC de Marx sí se aplican, son diferentes en cuanto al método, el objetivo y el contenido, y no son invalidadas por el teorema de Okishio porque apuntan a las contradicciones, y por ende a la posibilidad de crisis, inherentes a la acumulación y circulación de capital en su conjunto, por lo cual los salarios crecientes no son sino un aspecto que debe ubicarse apropiada y analíticamente, en lugar de tomarse como un factor exógeno e independiente.

7. TEMAS Y LECTURAS ADICIONALES

En el texto se han tratado temas sobre la LTDCG. Marx desarrolla su análisis en Carlos Marx (1981a, parte 3). La exposición en este libro se basa en Ben Fine (1982, cap. VIII; y, especialmente, 1992a), y Ben Fine y Laurence Harris (1979, cap. IV). Para interpretaciones similares véase Duncan Foley (1986, cap. VIII), Geert Reuten (1997), Roman Rosdolsky (1977, cap. XXVI) y John Weeks (1982a). La crítica de Nobuo Okishio a Marx (1961a) ha despertado una enorme atención; véase por ejemplo *Research in Political Economy* (vol. 18, 2000); y también el reconocimiento de Okishio (2000) de las limitaciones de su artículo original (incluidos los cambios propuestos que, no obstante, no abordan los problemas identificados en este capítulo).

X. EL LLAMADO PROBLEMA DE LA TRANSFORMACIÓN

EN EL primer volumen de *El capital* Marx se ocupa de la producción del valor y la plusvalía, y en el segundo volumen, de su circulación e intercambio. La mayor parte del tercer volumen trata de las relaciones de distribución tal como surgen de la interacción de la producción con el intercambio. En su análisis, Marx se centra en la distribución en toda la economía de la plusvalía producida por capitales industriales rivales, incluyendo su apropiación, en parte, por el capital comercial y el financiero y la clase de los terratenientes.

El punto de partida del análisis de la distribución de Marx es su argumento de que los capitalistas industriales generalmente producen diferentes cantidades de plusvalía con igual inversión, porque cada capital emplea una cantidad diferente de trabajo productor de valor. A pesar de esto, todos los capitales tienden a disfrutar tasas de rendimiento iguales, de otro modo se mudarían a áreas más rentables de la economía. Marx explica la distribución del capital y el trabajo en la economía, y la distribución de la plusvalía producida por el capital industrial (en ausencia de otras formas de capital) a través de la *transformación* de valores a precios de producción. En un nivel de análisis más concreto, los capitalistas comerciales y financieros y los terratenientes capturan en el intercambio parte de la plusvalía producida por el capital industrial. Marx explica estos procesos a través de su análisis de la ganancia comercial, el interés y la renta (discutidos aquí en los capítulos XI, XII y XIII, respectivamente).

1. DE VALORES A PRECIOS DE PRODUCCIÓN

Marx se enfoca inicialmente en la tendencia a la igualación de la cuota de ganancia para el análisis de la distribución de la plusvalía entre los capitales industriales en diferentes sectores de la economía. La tasa general de ganancia es $r = S/(C + V)$, donde el valor de las cantidades S, C y V son

agregados de la plusvalía, y el capital constante y el capital variable para la economía en su conjunto. Marx argumenta que cada capitalista industrial participa en la plusvalía total producida de acuerdo con la fracción de capital avanzado, en lugar de simplemente apropiarse la plusvalía que ha producido: es como si cada capitalista recibiera un dividendo sobre una acción en la economía en su conjunto. Como resultado, la participación de ganancias del capitalista *i*, cuyo adelanto de capital constante y variable es $c_i + v_i$, estaría representado por $r (c_i + v_i)$. Por ejemplo, si la tasa general es 50% y si el capitalista promedio, productor de pinzas, adelanta 100 000 libras (de capital variable y constante, incluyendo la depreciación del capital fijo), las ganancias anuales de la empresa tenderían a ser 50 000 libras.

Para esta mercancía, correspondería un *precio de producción* formado por el costo más la ganancia:

$$p_i = c_i + v_i + r (c_i + v_i) = (c_i + v_i)(1 + r)$$

Un ejemplo sencillo ilustrará lo anterior (véase el cuadro X.1.. Supongamos que hay sólo dos capitales que producen bienes distintos, uno de los cuales utiliza $60c + 40v$ y el otro $40c + 60v$, siendo la tasa de plusvalía igual a 100%. (Aquí seguimos la notación de Marx al añadir *c, v* o *s* después de las cantidades de valor 60 o 40 para indicar la composición de valor de la mercancía.) En este caso, el valor del producto del primer capital será $60c + 40v + 40s = 140$, y el valor del producto del segundo capital será $40c + 60v + 60s = 160$.

Este ejemplo plantea un serio problema, ya que ello implica que capitalistas que adelantan iguales sumas de dinero pero utilizan distintas proporciones de *c* y *v* tendrían cuotas de ganancia individuales *diferentes*. En nuestro ejemplo, el primer capital obtiene sólo $r_1 = 40/(60 + 40) = 40\%$, mientras que el segundo capital disfruta una cuota de ganancia mucho más alta, $r_2 = 60/(40 + 60) = 60\%$. Esto se debe a la diferencia en la composición de los capitales adelantados, en donde una proporción relativamente mayor de capital variable conduce a una cuota de ganancia más alta. Esto no debería sorprendernos. Si sólo el trabajo crea valor (y, por tanto, ganancia) mientras que los medios de producción sólo transfieren su valor al producto, el capital que emplea más trabajo produce más valor y

plusvalía y, manteniéndose todo lo demás constante, tiene una cuota de ganancia más alta.

CUADRO X.1. *La transformación de Marx**

Capitales ($D = c + v$)	Tasa de plusvalía ($e = s/v$)	Plusvalía ($s = ev$)	Valor del producto ($D' = c + v + s$)	Tasa "valor" de ganancia ($r = s/(c + v)$)	Precio ($p = (c + v)(1 + r)$)	Ganancia ($g = p-(c + v)$)	Tasa "precio" de ganancia ($r = g/(c + v)$)
60c + 40v	1	40	140	0.4	150	50	0.5
40c + 60v	1	60	160	0.6	150	50	0.5
100c + 100v	1 (o 100%)	100	300	0.5 (o 50%)	300	100	0.5 (o 50%)

* El último renglón indica totales o promedios, según sea el caso.

Dada la posibilidad de migración del capital hacia todos los sectores, los capitales que obtienen tasas de ganancia diferentes en distintos sectores no coexistirán por mucho tiempo. En otras palabras, si cada capitalista contribuye de igual forma en el capital adelantado (100), cada uno de ellos debe participar de igual manera de la ganancia distribuida (50 cada uno). Esto solamente puede suceder si cada precio de producción es igual a 150. Esto es así a pesar de las diferencias en los valores producidos en los dos sectores; en otras palabras, la igualación de las tasas de ganancia entre los capitales que operan en los diferentes sectores requiere la *transferencia* de valor (plusvalía) entre los sectores de la economía.

En suma, dado que los capitalistas en diferentes sectores usarán en general distintas proporciones de trabajo, materias primas y maquinaria para producir mercancías, Marx deriva la conclusión de que los productos no se intercambian por sus valores sino por sus precios de producción. Estos precios de producción difieren de los valores, según que la composición de capital, c_i/v_i, sea mayor o menor que la composición de capital promedio para la economía en su conjunto. (Nótese que para el primer capital en el cuadro X.1. $c/v = {}^2/_3$ y, para el segundo, $c/v = {}^2/_3$, en comparación con un promedio de uno para la economía en su conjunto.)

2. LA TRANSFORMACIÓN DE MARX Y SUS CRÍTICOS

La explicación de Marx de la relación entre valores y precios ha sido, en cierta forma sorprendente, uno de los aspectos más controvertidos de su teoría del valor. Esto ha conducido a algunos a rechazar la teoría del valor trabajo como irrelevante o incluso errónea, aun cuando en otros aspectos simpaticen con el marxismo.

La razón de esta reacción es que la solución de Marx al problema de la transformación es percibida como incorrecta, y que las consecuencias de este supuesto "error" son presumiblemente de gran alcance. La esencia de la crítica es la siguiente: Marx muestra que, cuando los capitales compiten en todos los sectores (y se verifica la migración de capitales), las mercancías no se intercambian más a precios iguales a sus valores. No obstante, al hacer esto Marx continúa evaluando los insumos, *c* y *v* (y el "valor" de la cuota de ganancia utilizado en el cálculo de los precios de producción) como si fueran valores en lugar de precios. En otras palabras, es como si para los críticos Marx supusiera que las mercancías se compran por sus "valores" (140 y 160, respectivamente) pero se venden en sus "precios" (150 y 150), lo cual es inconsistente, puesto que los precios de venta y compra deben ser los mismos.

Para el problema de la transferencia de valores dados en precios de producción en una economía en equilibrio esto sería una deficiencia, pero es una deficiencia de la cual Marx estaba plenamente consciente y que puede corregirse fácilmente. Es simplemente cuestión de transformar los insumos así como los productos simultáneamente a través de un procedimiento algebraico estándar que no es necesario reproducir aquí. La implicación de esta "corrección" es clara: las mercancías tienen valores y precios y por lo tanto dos sistemas de contabilidad distintos son posibles (no necesaria ni igualmente significativos, en la teoría o en la práctica). Uno de estos dos sistemas de contabilidad expresa el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir cada mercancía, y el otro, la cantidad de dinero que, en general, la mercancía debe buscar en la venta.

Más significativo que la "solución" algebraica del "problema" de la transformación es la observación de que la teoría del valor de trabajo de Marx no puede reducirse a estas cuestiones cuantitativas enigmáticas, como la búsqueda de una solución algebraica correcta parece implicar. Marx ha mostrado, de manera crucial, que los valores existen como consecuencia de relaciones sociales entre productores y que la formación de precios es una transferencia de las condiciones de producción en relaciones de

intercambio. Puesto que *existen* (en lugar de ser simplemente una construcción de la imaginación), los valores no se pueden desafiar o rechazar de acuerdo con los resultados de interpretaciones algebraicas de la teoría del precio. Más bien, la relación *real* entre valores y precios tiene que reconocerse teóricamente y explorarse analíticamente; por ejemplo, ¿por qué las relaciones de producción dominantes dan lugar a la forma valor, y cómo es que los valores aparecen como precios en la práctica y cambian en el tiempo?

A la luz de esto, es significativo que la bibliografía sobre el problema de la transformación se enfoque tradicionalmente en las implicaciones de las diferencias en la *composición de valor del capital* (CVC) en los diferentes sectores de la economía; como si *c* y *v* en el cuadro X.1. fueran cantidades de *dinero*, siendo 140 y 160 los precios "originales" de la unidad de producto, y 150 los precios de la unidades "modificados por la competencia".

Para Marx éste *no* es el caso. En el tercer volumen él considera la transformación *enteramente* en términos de la composición orgánica de capital (COC), la cual, como ya se ha mostrado en el capítulo VIII, se ocupa sólo de los efectos de las diferentes tasas a las cuales las materias primas se transforman en productos (en lugar de los diferentes valores de los insumos mismos, los cuales se incluyen en la CVC). En sí, Marx se preocupa menos por cómo los insumos (*c* y *v*) obtuvieron sus precios previamente, y más por cómo las diferentes composiciones orgánicas de capital influyen en la formación del precio y la ganancia.

En otras palabras, el problema de Marx es el siguiente. Si una cantidad dada de trabajo vivo en un sector (empleado mediante el adelanto de capital variable *v*) trabaja con una *cantidad* mayor de materias primas, representadas por *c* (independientemente de su costo), en comparación con otro sector, las mercancías producidas demandan un precio más alto en comparación con el valor, tal como se discutió previamente y se ilustró en forma numérica en el cuadro X.1. En otras palabras, el uso de una mayor *cantidad* de trabajo en la producción creará más valor y plusvalía que una cantidad menor —independientemente del sector, del valor de uso producido y del valor de las materias primas—. Ésta es una proposición general completamente consistente con la teoría del valor, y corrobora la explicación de Marx de los precios y la ganancia. El uso de la COC en la transformación de Marx en lugar de la CVC es significativo porque la COC

conecta la cuota de ganancia con la esfera de *producción*, donde el trabajo vivo produce valor y plusvalía. En contraste, la CVC vincula la cuota de ganancia con la esfera de *intercambio*, donde las mercancías se intercambian y los nuevos valores miden la tasa de acumulación de capital.

Su énfasis en la COC muestra que Marx se ocupa principalmente del efecto sobre los precios de las diferentes capacidades de los capitales adelantados para crear diferentes (plusvalías) valores, o del impacto en los precios de las diferentes *cantidades* de trabajo necesario para transformar los medios de producción en producto, independientemente del valor de los medios de producción utilizados como materias primas. El uso de la COC en el análisis de creación y distribución de ganancia es importante porque vincula firmemente la fuente de plusvalía y de ganancia con el *trabajo no pagado*. Esto le permite a Marx sustanciar sus argumentos anteriores, en el primer volumen, de que las máquinas no crean valor, que la plusvalía y la ganancia no se deben al intercambio desigual y —en el tercer volumen— que la ganancia industrial, el interés y la ganancia son participaciones en la plusvalía producida por los trabajadores asalariados productivos.

El argumento en este capítulo ilustra que, en su transformación, Marx no trata la teoría del precio de equilibrio como en la economía ortodoxa (y en varias interpretaciones convencionales de la teoría de Marx), sino la relación entre las diferencias o los cambios en la producción y en la formación del precio. En el tercer volumen esto actúa como un preludio para el tratamiento de la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia (LTDCG) (aunque el orden de presentación en este libro se invierte). Finalmente, el problema de la transformación y la LTDCG se han considerado generalmente como dos problemas separados (aunque el punto de vista de un autor sobre cada uno de estos dos problemas frecuentemente se ha leído como un compromiso a favor o en contra de la teoría del valor de Marx). Sin embargo, en este capítulo y en el previo se ha visto, a través del uso consistente de la COC a diferencia de la CVC, que los dos problemas están relacionados íntimamente entre sí. Ambos se ocupan de las tensiones generadas por la integración de la producción con el intercambio y, especialmente, de las consecuencias de las diferencias o cambios en las condiciones de producción para la formación del precio en particular y de los movimientos en el intercambio en general.

3. TEMAS Y LECTURAS ADICIONALES

Es notable que, aun entre los simpatizantes de Marx, la transformación de valores a precios de producción haya flotado exenta de otros "problemas" en la economía política de Marx para convertirse en un debate sobre la formación del precio (de equilibrio). No sorprende que la bibliografía sobre el problema de la transformación sea vasta. La discusión original se presenta en Marx (1981a, partes 1-2). La interpretación de la transformación en este capítulo fue originada por Ben Fine (1983a), y se explica y desarrolla más ampliamente en Alfredo Saad-Filho (1997b; 2002, cap. VII). También se encuentran disponibles varios enfoques alternativos; para una revisión general, véase Simon Mohun (1995) y Alfredo Saad-Filho (2002, cap. II). Ian Steedman (1977) presenta de manera concisa análisis sraffianos que rechazan la teoría del valor por irrelevante y/o errónea; para críticas a Steedman, *cf*. los artículos en Ben Fine (1986) y Bob Rowthorn (1980), así como de Anwar Shaikh (1981, 1982). Gérard Duménil (1980) y Duncan Foley (1982) han propuesto una "nueva interpretación" del problema, enfocándose en el valor de dinero como un medio para resolver los supuestos enigmas de Marx. Esto se revisa críticamente en Ben Fine, Costas Lapavitsas y Alfredo Saad-Filho (2004), y Alfredo Saad-Filho (1996). Debates más recientes sobre la naturaleza y definición del valor, con implicaciones directas para el problema de la transformación, pueden encontrarse en las revistas *Capital & Class, Historical Materialism* y *Science & Society*.

XI. EL CAPITAL COMERCIAL

EL PRESENTE capítulo y el siguiente resumen la teoría del capital de Marx dentro de la esfera de intercambio. En capítulos previos, el centro de atención ha sido principalmente el papel del capital en la producción de plusvalía, donde el intercambio es un complemento necesario pero poco explorado. No obstante, el análisis de las ganancias, el interés y la crisis requiere un estudio detallado de la actividad capitalista diferente a la producción, pero en íntima relación con los temas de estudio previos. Este capítulo explica la categoría de capital comercial. El capítulo XII investiga el capital a interés.

1. LA CATEGORÍA DE CAPITAL COMERCIAL DE MARX

Uno de los temas que atraviesa el análisis de Marx del capital en el proceso de intercambio es que existe una distinción crucial entre el *dinero como dinero* y el *dinero como capital* (véanse los capítulos IV y XII). El dinero funciona como dinero cuando actúa como un medio de intercambio entre dos agentes, intermediando el intercambio de las mercancías independientemente de la posición de los agentes en la circulación del capital —sean éstos capitalistas involucrados en la producción o capitalistas involucrados en el consumo—. De aquí que el papel del dinero como dinero se entienda en referencia a la circulación simple de mercancías, $M - D - M$. Por el contrario, el dinero como capital se comprende en referencia al circuito del capital, $D - M \ldots P \ldots M' - D'$, donde el dinero se emplea para el propósito específico de producir plusvalía.

Existe una relación definida entre las dos funciones del dinero en el capitalismo, puesto que la circulación simple de mercancías y la producción industrial están conectadas íntimamente. Por ejemplo, un trabajador vende fuerza de trabajo y compra una bicicleta. Esto tiene la forma de una circulación simple de mercancías, $M - D - M$. Ambas fases de $M - D - M$, es decir, $M - D$ y $D - M$, están presentes vistas desde la perspectiva del

trabajador. Porque desde el punto de vista de los capitalistas, $M - D - M$ es lo contrario, primero la venta de la bicicleta $M - D$ y después la compra de la fuerza de trabajo, $D - M$. Lo que representa $M - D$ para un agente es $D - M$ para el otro. Más aún, el uso del dinero como dinero y como capital puede implicar relaciones de crédito, toda vez que el dinero se da y se toma en préstamo para facilitar los actos de intercambio. En su análisis del capital comercial, Marx analiza a detalle la operación del dinero como dinero.

El tratamiento del capital comercial por parte de Marx es abstracto. Aunque la producción capitalista y el comercio están íntimamente mezclados son estructuralmente distintos y Marx identifica una tendencia hacia la separación de estas actividades en la economía. Esta tendencia real debe reproducirse en la teoría para comprender la naturaleza específica del capital comercial, que se dirige sólo hacia la realización del intercambio.

Además de distinguir entre el capital industrial que produce plusvalía, y el capital comercial que la hace circular y facilita la transición entre la mercancía y las formas monetarias del capital (incrementando indirectamente la masa de plusvalía producida por el capital industrial), Marx señala que el capital comercial mismo tiende a dividirse en dos formas: capital comercial (compra y venta de mercancías) y capital dinero de comercio, o CDC (manejo de dinero).

Con el desarrollo de la producción los actos de compra y venta devienen las tareas especializadas de capitalistas particulares (por ejemplo, el transporte, el almacenamiento, el comercio al mayoreo y menudeo). Los capitalistas industriales dependen en forma creciente de los capitalistas comerciales especializados para llevar a cabo la realización del valor (la plusvalía). Más aún, ciertas funciones que resultan de la producción de mercancías se convierten en la actividad especializada de los negociantes del dinero. Esto incluye la contabilidad, el cálculo y cuidado de una reserva monetaria y los papeles de los cajeros y los contadores.

Marx añade que el capital comercial está sujeto a la movilidad con el capital industrial (los capitalistas industriales pueden incursionar en el comercio, tal como se observa actualmente por la ubicuidad de las ventas directas en internet, y viceversa, por ejemplo, cuando los grandes comerciantes contratan manufactureros para producir su "marca propia" de bienes). Consecuentemente, la tasa de retorno del capital comercial tiende a igualarse con la cuota de ganancia sobre el capital industrial, aun cuando el

primero no produce plusvalía, la cual sólo puede crearse mediante trabajo productivo utilizado por el capital industrial (véase el capítulo III).

2. LOS PRECIOS DE PRODUCCIÓN MODIFICADOS

La intervención del capital comercial modifica la formación de los precios de producción, dado que el capital adelantado en la compra y venta de mercancías no produce plusvalía sino que tiende a participar de igual manera en la plusvalía distribuida como ganancia. Desde el punto de vista de los capitalistas comerciales, la fuerza de trabajo adquirida por ellos parece ser productiva, porque se compra con capital variable con la intención de valorizar el capital adelantado. No obstante, lo que crea no es plusvalía, sino meramente la habilidad de los capitalistas comerciales para apropiarse parte de la plusvalía producida por el capital industrial. En otras palabras, los costos del comerciante (y las ganancias sobre estos costos) no son una adición al valor, y el capital comercial no determina el precio al cual se venden las mercancías. Las ganancias comerciales se crean porque los comerciantes compran mercancías *por debajo* de sus precios de producción y las venden *a* sus precios de producción (véase el capítulo X).

Supongamos, inicialmente, que el comercio no tiene ningún costo y que los comerciantes simplemente adelantan una cantidad de dinero igual a B para desempeñar sus funciones. Utilizando la notación usual, ahora el capital total adelantado es $C + V + B$, y la tasa general de ganancia es $r = S/(C + V + B)$. Los industriales venden mercancías a los comerciantes a precios inferiores a los valores, a un precio agregado $(C + V)(1 + r)$. A su vez, los comerciantes añaden sus ganancias para formar el precio de venta total $(C + V)(1 + r) + Br = C + V + (C + V + B) r$. Pero $(C + V + B) r = S$, de suerte que el precio total de venta es igual a $C + V + S$, que es el valor total producido.

La situación es ligeramente más compleja cuando los comerciantes tienen costos diferentes al simple adelanto de dinero. Estos costos podrían incluir medios de producción utilizados en el proceso de circulación (camiones, tiendas y así sucesivamente) y capital variable adelantado como salarios. Supongamos que estos costos se denotan como K_m. Siguiendo el procedimiento anterior, los industriales venden a los capitalistas por debajo del valor al precio $(C + V)(1 + r)$. Los comerciantes obtienen la cuota de ganancia promedio sobre su dinero adelantado B, como antes, y recuperan

sus costos K_m junto con las ganancias sobre estos costos. Dado que el valor total es igual al precio total de venta, $C + V + S = (C + V)(1 + r) + Br + K_m(1 + r)$. Esto produce $r = (S - K_m)/(C + V + B + K_m)$. No es sorprendente que el capital comercial adelantado, K_m, aparezca en el denominador; más aún, como un costo adicional, también aparece en el numerador como una deducción de la plusvalía total.

3. EL CAPITAL COMERCIAL EN UN NIVEL MÁS COMPLEJO

La distinción teórica entre capital industrial y capital comercial es simple en principio, una vez que aceptamos la distinción entre las esferas de la producción y el intercambio en el circuito del capital industrial. Pero las cosas no son tan simples en la práctica. Porque históricamente, y hasta nuestros días, existen lo que podría llamarse "híbridos" que afectan estas distinciones. Algunos industriales podrían realizar ventas por cuenta propia en lugar de depender de comerciantes especializados que operan en el comercio en su conjunto. Algunos comerciantes también participan en la organización de la producción como en el sistema por encargos o, más recientemente, la manera en la que los vendedores de ropa dependen de un grupo de trabajo más o menos explotado. ¿Éstos son capitales industriales o capital comercial, o ambos, o ninguno?

De manera más general, encontramos con frecuencia que los industriales se involucran simultáneamente en diferentes tipos de producción, comercio y finanzas —por ejemplo, los grandes fabricantes de automóviles—. Estos desbordamientos a través de las fronteras no niegan la distinción analítica entre producción e intercambio. No obstante, indican que los problemas de clasificación a menudo no pueden resolverse de antemano en teoría, sino sólo a través de una investigación empírica detallada. La asignación de unidades específicas de capital a una u otra de las categorías antes identificadas depende esencialmente de la medida en que es normal que estas actividades se realicen independientemente dentro de las esferas de producción o de intercambio (estableciendo así estándares para los "híbridos", donde los capitales no están necesariamente asignados de manera única a una esfera u otra). Asimismo, como ya se ha insinuado, dado que la división y la asignación de la actividad industrial y comercial está sujeta a cambios, es importante evaluar la dinámica de la relación entre

las dos y si las formas específicas transitan hacia arreglos más estables. Esta situación es común a través de la historia del capitalismo, toda vez que los comerciantes se convierten en productores, o toman la responsabilidad de la producción, o viceversa, cuando los productores toman la responsabilidad de los esfuerzos de sus propias ventas. En la actualidad esto es particularmente significativo a la luz del aumento de la subcontratación, las franquicias y, más importante aún, la manera en que el crédito y las finanzas están involucrados tanto en la producción como en las ventas.

Quizás una analogía puede ser útil. Considérese a los autoempleados. ¿Cuál es su estatus? No parecen ser trabajadores asalariados explotados. ¿Pero qué tal si sus ingresos son equivalentes a los de un asalariado calificado (o incluso descalificado), y trabajan tanto tiempo y, posiblemente, para la misma compañía, a menudo sin seguridad laboral, pensiones y otros derechos contractuales? En este caso, los autoempleados son trabajadores asalariados camuflados y es probable que sean altamente explotados, a pesar de su aparente "autonomía". ¿Pero qué tal si sus ingresos exceden al valor producido (por ejemplo, contadores y abogados superiores, cuyos ingresos y estatus son similares a los de los gerentes o de los pequeños capitalistas)? Este ejemplo indica que los problemas de clasificación y la presencia de categorías híbridas no invalidan el análisis abstracto. De hecho, lo hacen más esencial para evitar un descenso hacia una descripción cada vez más refinada. No obstante, para proceder más allá de los límites del análisis abstracto también deben reconocerse y debe hacerse referencia a realidades empíricas. En esta relación, las categorías abstractas proveen la base sobre la cual pueden comprenderse resultados empíricos crecientemente complejos. El mismo principio se aplica exactamente a las distinciones entre las esferas de producción e intercambio y entre el capital industrial y el capital comercial. Estos puntos han sido elaborados diligentemente aquí con alguna extensión no sólo para explicar los enigmas que circundan al capital comercial, sino también porque son significativos para el caso aún más complejo del dinero y el capital a interés, examinados en los capítulos XII y XV.

La relación entre las categorías abstractas y sus formas más complejas, y a menudo híbridas, es de gran relevancia para el estudio del capitalismo contemporáneo. El hecho de que los supermercados entreguen los bienes que venden (en cuyo caso el transporte es parte del capital comercial [improductivo]) o que subcontraten la entrega con una empresa de logística

(el capital productivo operando dentro de la esfera del intercambio) podría parecer de un significado marginal a quienes no están involucrados en esto. Pero la expansión sin precedentes del crédito, y más generalmente de los servicios financieros, en el periodo actual del capitalismo ha significado que las finanzas privadas han pasado a involucrarse de manera importante en la provisión de pensiones y vivienda, salud, educación y bienestar. Estos desarrollos materiales requieren que las categorías abstractas básicas del análisis estén delineadas claramente y relacionadas con las formas evolutivas del capitalismo (véase el capítulo XV).

4. TEMAS Y LECTURAS ADICIONALES

La bibliografía marxista sobre el capital comercial es limitada y la controversia se ha centrado en si la actividad comercial es productiva o no (véase el capítulo III). La teoría de Carlos Marx se desarrolla en Marx (1981a, parte 4). La interpretación en este capítulo se basa en Ben Fine (1988), y Ben Fine y Ellen Leopold (1993, especialmente en el cap. XX); véase también Duncan Foley (1986, cap. VII).

XII. EL CAPITAL BANCARIO Y LA TEORÍA DEL INTERÉS

EL ANÁLISIS de Marx del capital comercial, que se explicó en el capítulo previo, se elabora con base en el papel del dinero como medio de intercambio, es decir, el dinero como *dinero* (aun si se emplea en la circulación de las mercancías para la ganancia). Por el contrario, la teoría del capital a interés (CI) de Marx se basa en el papel del dinero como *capital*. Esta teoría se ocupa de la demanda y oferta de crédito que se verifica entre los capitalistas en dinero y los capitalistas industriales o los capitalistas comerciales. Para Marx, lo que caracteriza al CI no es el acto de pedir prestado a un banco o el pago de intereses, sino el uso que se le da al crédito. El préstamo tiene que utilizarse para embarcarse en un circuito del capital industrial, es decir, debe adelantarse como *capital dinero*. Por tanto, el poder utilizar el CI significa la capacidad de ser un capitalista más que simplemente ser capaz de pedir prestado.

En cuanto objeto de la demanda y la oferta de préstamos en esta relación, el capital dinero se convierte en un tipo especial de mercancía. El capital dinero provee el valor de uso de la autoexpansión para el prestamista y el prestatario simultáneamente; el primero realiza la tasa de interés y el segundo la ganancia del empresario que resulta, después de pagar el interés, de la plusvalía producida mediante el uso del capital dinero solicitado en préstamo. Marx resalta que el precio de esta mercancía única (la tasa de interés) es "irracional", dado que no tiene relación con ninguna de las condiciones de producción subyacentes. Depende totalmente de las relaciones competitivas entre prestatarios y prestamistas. Estos temas se exploran a continuación.

1. EL CAPITAL A INTERÉS

Dos características distinguen al capital a interés respecto al capital industrial y al capital comercial. La primera se refiere al uso de los

préstamos (es decir, las relaciones de crédito) específicamente para el propósito de adelantar capital dinero para la apropiación de plusvalía. Estas relaciones de crédito involucran las dos fracciones más importantes de la clase capitalista: los capitalistas en dinero, quienes controlan la oferta de CI, y los capitalistas industriales, quienes solicitan CI en préstamo para utilizarlo como capital y quienes son responsables del funcionamiento del capital en el circuito industrial, supervisando la producción y, a menudo, las ventas. A esta división de la clase capitalista corresponde una división de la plusvalía que esta clase extrae. Como ya se explicó antes, mientras que los capitalistas en dinero reciben intereses, los capitalistas industriales se apropian de la ganancia de la empresa que queda como remanente después del pago de intereses (la determinación de la tasa de interés se discute más adelante).

Segundo, el CI depende, para su existencia, del capital dinero acumulado mediante la venta del capital mercancías, así como de los atesoramientos de dinero temporalmente ocioso de los capitalistas industriales y comerciales, los trabajadores, el Estado o cualquier otro agente. Estos atesoramientos y ahorros se reúnen y centralizan en las instituciones financieras y se transforman en capital dinero potencial disponible para el capital industrial. Por tanto, el CI desempeña las funciones de propiedad y control del capital dinero por parte del capital en su conjunto. El CI no es, no obstante, el propietario jurídico de estas instituciones, y los depositantes tienen el derecho de retirar sus fondos (sin embargo, pueden existir restricciones temporales para diferentes tipos de inversiones financieras sobre la capacidad de realizar retiros). Normalmente, los bancos extienden crédito mas allá de sus niveles de depósitos, y esos créditos pueden utilizarse para iniciar nuevos circuitos de capital industrial.

Las diferencias entre el capital industrial y el CI las ilustran de manera absoluta sus respectivos circuitos. En el capítulo IV se mostró que el capital industrial se expresa mediante $D - M - D'$, para el cual el dinero interviene en los procesos de producción e intercambio. Por el contrario, el CI se representa mediante $D - D'$, donde el dinero se aparta de estos procesos.

En los tres volúmenes de *El capital* una constante es el acceso al CI en cuanto clave de la acumulación rápida. El incremento en el tamaño del capital, a menudo conseguido a través de los préstamos, es uno de los medios más importantes de la acumulación competitiva. Por ejemplo, el proceso de centralización puede financiarse mediante créditos bancarios, así

como las fusiones y adquisiciones, y el tamaño del capital desempeña un papel crítico en la búsqueda de incrementos de la productividad a través de la introducción de maquinaria más avanzada. Marx explica la estructura del sistema financiero y su relación con el capital industrial a través del análisis detallado de estas relaciones y procesos.

2. EL CAPITAL DINERO Y EL SISTEMA FINANCIERO

La distinción de Marx entre capital industrial y CI no se traduce siempre de manera nítida en análisis empírico, tal como se ejemplificó en el capítulo previo para el caso de los "híbridos" asociados al capital comercial. Esto es así por dos razones principales.

Por una parte, las funciones del dinero como dinero pueden realizarse a través de varios instrumentos financieros —una tarjeta de crédito, por ejemplo, puede servir como medio de pago pero no puede saldar todas las cuentas de una vez y para siempre—. Como resultado, existe una cascada compleja y traslapada de instrumentos monetarios que operan en todas las funciones y circunstancias, donde el "dinero propiamente dicho" —sea el dólar estadunidense o alguna otra cosa que sea tan aceptable como el oro— aparece en el pináculo. De la misma manera, las actividades asociadas con el capital de negocios monetarios (CNM), tales como la contabilidad, el cálculo y la preservación de una reserva monetaria y el papel del cajero, pueden desempeñarse de varias maneras; por ejemplo, dentro de la empresa (cuando las empresas contratan personal calificado para especular con activos riesgosos o movimientos del tipo de cambio, o en mercados de futuros y opciones), o empresas especializadas fuera del sistema bancario o instituciones financieras. En términos analíticos, aun si estas actividades se desarrollan dentro de la empresa por parte del capital industrial, se trata de una función del capital comercial y obtienen la tasa normal de ganancia aun cuando no producen plusvalía (véase el capítulo XI).

Tres distinciones analíticas separan al CNM del CI. Primero, el CNM adelanta crédito en general (por ejemplo, crédito a los consumidores, incluyendo tarjetas de crédito), mientras que el CI adelanta capital dinero para que el prestatario pueda apropiarse plusvalía. Segundo, el CNM simplemente depende de la ganancia industrial, de la misma manera que el capital industrial, mientras que el CI conduce a la división estructural de la plusvalía en interés y ganancia de la empresa. Tercero, la tasa de retorno del

CNM tiende a igualarse con la cuota de ganancia general. Por el contrario, la tasa de rendimiento del CI no involucra esta tendencia, toda vez que surge de la división de la plusvalía entre interés y ganancia de la empresa (véase *infra*). A pesar de estas diferencias, en la sociedad contemporánea las funciones del CNM (por ejemplo, la emisión de tarjetas de crédito) normalmente las realiza el sistema bancario, y los recursos implicados en estas funciones vienen a ser parte del CI. El resultado es que puede ser muy difícil clasificar a las empresas y a los recursos que controlan como pertenecientes a una u otra de las categorías del capital industrial, el capital comercial, el capital de negocios monetarios o el capital a interés, y hay además un considerable margen para la existencia de "híbridos" en la práctica.

El CI puede participar en varias operaciones orientadas a producir o apropiarse la plusvalía, independientemente o en asociación con el capital industrial. El sistema de crédito extiende los límites del sistema de reproducción y acelera el desarrollo de las fuerzas productivas y del mercado mundial. Los rendimientos de estas operaciones pueden variar de acuerdo con las fortunas de la macroeconomía capitalista y las inversiones específicas, así como con las acciones, los derivados o las inversiones de capital a riesgo; o estos rendimientos pueden establecerse con antelación. Cualquiera que sea la forma y las condiciones que adopten estas transacciones, el CI se liga a través de ellas a la reproducción del capital en su conjunto, representando una participación en la plusvalía que aun tiene que producirse. Esta participación puede expresarse a través de transacciones que involucran pagos por realizarse, o la transformación de estas participaciones en activos transables de varias maneras, desde la cobranza intimidante de deudas hasta los bonos de gobierno, los futuros contratos de mercancías que aún no se producen o las obligaciones de deuda colateralizada, etc. A su vez, estos mercados se alimentan entre sí, vendiendo servicios financieros como portafolios de activos, a la manera de los fondos de pensión o créditos de inversión. Cada uno de estos instrumentos es una participación de papel en la propiedad que puede o no incluir capital productivo que a su vez puede o no generar o apropiarse plusvalía, lo que Marx llama "capital ficticio": participaciones de papel en la plusvalía que pueden o no realizarse, pero que no son necesariamente fraudulentas en algún sentido.

A la luz de esto, es poco sorprendente que el sector financiero sea capaz de financiar la sobreproducción y generar burbujas especulativas espectaculares y crisis igualmente espectaculares. Tampoco es sorprendente que la posibilidad de fraude siempre esté presente. La distinción entre las finanzas y la industria y el cambiante equilibrio entre ellas los ilustran dramáticamente los desarrollos en las finanzas mundiales y los sistemas financieros nacionales de los pasados 30 años. El inflado y bien remunerado sistema financiero internacional se ha beneficiado a expensas de la acumulación real y, durante la década pasada, ha sido sujeto de severa inestabilidad y crisis costosas. En el tercer volumen de *El capital*, Marx investiga las circunstancias en las cuales la acumulación de CI y los activos y mercados construidos sobre su base pueden validarse por la acumulación de capital real. Marx concluye que no se puede dar ninguna respuesta anticipada, porque no puede haber garantía de producción y apropiación futura de plusvalía (véase el capítulo VII). Por ejemplo, podría ser que el propietario de CI adelante capital a un industrial que es corrupto, incompetente o que simplemente haya sido arruinado por la competencia, o a un consumidor que es o se convierte en incapaz de pagar el crédito, o que finalmente se niega a pagarlo. En cualquier caso, el circuito del CI puede interrumpirse con implicaciones potencialmente severas para la reproducción del capital a interés y del capital industrial.

En conclusión, la relación entre el capital industrial y el CI se basa en una mezcla de circuitos de capital sin resultados predeterminados en términos de la acumulación real. Por esta razón básica, ni el funcionamiento del sistema financiero ni su interacción con la acumulación real pueden someterse al control en el sentido de —para ponerlo en términos ortodoxos — fijar la oferta de dinero o atar esta oferta (o su costo) al nivel de la actividad económica real. Esto no es para sugerir que la regulación privada o pública del sistema financiero, incluyendo la política monetaria, no pueda tener un efecto en los resultados. Pero la idea que el capital ficticio pueda alinearse completamente con la acumulación real a través de la regulación está mal orientada, porque el capital ficticio se ha convertido en algo crecientemente necesario para la acumulación real, pero no puede garantizarla. De la misma manera, la naturaleza y la estructura del sistema financiero y las modalidades de su interacción con la acumulación real no pueden determinarse mediante el análisis abstracto. Más bien, evolucionan conjuntamente, estableciendo estructuras particulares de actividad

financiera e industrial, así como resultados específicos durante el curso de las crisis.

3. EL INTERÉS COMO CATEGORÍA ECONÓMICA

Con base en el análisis anterior y para resumirlo en parte, es posible identificar las características distintivas de la teoría de Marx de las finanzas y el interés. Marx divide el capital que opera *dentro* del intercambio en capital mercancías (comercial) y capital a interés. Típicamente, el capital comercial incluye el comercio, al menudeo y al mayoreo, y, además de su ubicación dentro de la esfera del intercambio, se define lógicamente porque no produce valor (plusvalía), al tiempo que está sujeto a las entradas y salidas competitivas justo como el capital industrial. En consecuencia, el capital comercial está sujeto a la tendencia a la igualación de las tasas de ganancia. El capital comercial también incluye una variedad de relaciones y funciones de crédito no comercial y otras relaciones monetarias que, por conveniencia, llamaremos capital de negocios monetarios, en paralelo con Marx. El CNM es una categoría general definida por la necesidad de la circulación monetaria para la reproducción capitalista. Las tareas correspondientes a la manipulación de reservas, y así sucesivamente, pueden asignarse a capitalistas especializados o pueden retenerse dentro de las empresas.

Por el contrario, el CI implica el préstamo de capital dinero para producir plusvalía o para apropiarse de parte de ésta a través del capital comercial. Potencialmente, el CI gana un interés como resultado de esto, lo cual conduce a una división de la plusvalía entre el interés y lo que Marx llamó "ganancia de la empresa", donde esta última se distribuye entre los capitales industriales en competencia y está sujeta a la igualación de la cuota de ganancia. La operación de CI muestra que la acumulación de capital está mediada por el acceso diferencial de los capitalistas rivales al capital dinero.

La división entre la ganancia de la empresa y el interés no está predeterminada por el sistema de valor. Más bien, es el resultado del proceso de acumulación, tanto en términos de la cantidad de plusvalía que se realiza (dado que el adelanto de capital dinero es una precondición pero no una garantía de la rentabilidad), cuanto en la forma en que se divide entre el CI, los capitalistas industriales y los capitalistas comerciales. Esta

división no tiene una relación directa con la tasa de interés. No obstante, las diferencias entre las tasas de interés pasiva y activa, las comisiones bancarias y otros cargos son mecanismos significativos a través de los cuales el CI se apropia de parte de la masa de plusvalía producida.

Esto no significa que la división entre interés y ganancia de la empresa no esté sujeta a fuerzas y determinaciones sistemáticas. Pero la capacidad para apropiarse de la plusvalía como el interés se deriva del papel del CI como palanca de la competencia en la acumulación de capital; donde el CI se sitúa de manera diferenciada en relación con el capital industrial y al capital comercial. Por ejemplo, un banco puede desear prestarle a un industrial para que compita con otro en el mismo sector, pero es menos probable que le preste a una institución financiera rival. Por supuesto, esto no significa que no haya competencia dentro del sector financiero ni ausencia de préstamos interbancarios; sólo significa que esas relaciones competitivas (y otras) son de una naturaleza diferente que las del resto de la economía. Esta es precisamente la razón por la cual el interés asociado al CI *no* compite con nada, ni con la cuota de ganancia normal sobre el uso de las finanzas propias del capital avanzado.

Para la teoría de Marx, entonces, la separación simple y abstracta entre CI y otras formas de capital y la apropiación del interés a partir de la plusvalía por parte del CI es crucial. Pero, en la acumulación y circulación del capital en su conjunto, el papel del pago de intereses y de los mercados de dinero es mucho más complejo y mixto en la práctica, donde el pago de intereses, dividendos u otra forma de ingresos constituyen los mecanismos mediante los cuales se iguala la cuota de ganancia entre los capitales (industrial y comercial) o el CI se apropia la plusvalía. Esto se complica más aún en la medida en la cual el CI mismo está imbricado concretamente en otros tipos de actividades comerciales en forma híbrida (en analogía con los híbridos del capital industrial y el comercial).

Esto tampoco es de interés puramente académico, puesto que la era actual de financiarización es precisamente una época en la cual ha habido una expansión desproporcionada del capital en el intercambio, no sólo a través de la proliferación de los derivados financieros, sino también de la extensión de las finanzas en más y más áreas de la reproducción económica y social, de las cuales las finanzas personales son uno de los mejores ejemplos (junto con las hipotecas, pensiones y esquemas de seguridad social). Estos procesos pueden entenderse a través de la aplicación del

método de Marx y las categorías antes descritas, que sugieren que ha habido un creciente cambio de la actividad capitalista a lo largo del continuum del capital productivo, el comercial, el de negocios monetarios y el capital a interés, así como un alto grado de hibridación en todas estas categorías. En otras palabras, bajo los auspicios del CI se desarrolla un creciente rango de actividades —incluyendo el financiamiento de vivienda, como lo ilustran dramáticamente las hipotecas *subprime* en los Estados Unidos—. Pero esto anticipa nuestro capítulo final.

De modo más general, una característica distintiva del análisis de Marx es su capacidad para construir una teoría del interés distinto a la ganancia. En la economía política clásica, por ejemplo, el interés es una categoría que se introduce con poca explicación, si acaso, y la tasa de interés oscila alrededor de una tasa "natural" para la cual no hay más determinantes que la oferta y la demanda de dinero. De igual modo, en la economía neoclásica, de manera más notable en la teoría fisheriana del consumo y la producción intertemporal, las tasas de interés y de ganancia son conceptualmente idénticas y cuantitativamente iguales en equilibrio. Aun en la economía keynesiana (y en Keynes mismo), donde se introducen específicamente los factores monetarios, la cuota de ganancia —representada por la eficiencia marginal del capital— se iguala a la tasa de interés. Mientras que las expectativas de corto plazo pueden conducir a un valor de desequilibrio de la tasa de interés, en el keynesianismo subyace la idea de que existe una tasa de interés natural o de equilibrio de pleno empleo. Esta divergencia significativa respecto de la teoría de Marx está conectada íntimamente con el fracaso de la teoría keynesiana para distinguir entre demanda, y por tanto el crédito, para la acumulación y para el consumo, con excepción del impacto de los multiplicadores en la demanda efectiva.

Por el contrario, Marx no sólo categoriza distintivamente al interés, también lo ubica dentro de la estructura analítica de su pensamiento económico, derivando el interés de las relaciones competitivas entre dos fracciones de la clase capitalista claramente distinguidas. Marx hace esto en referencia a las tendencias y estructuras abstractas que ha identificado para el caso de la economía capitalista, por ejemplo, para la tendencia a la igualación de la cuota de ganancia entre el capital industrial y el capital de negocios monetarios que compiten entre sí, para el sistema de crédito que se convierte en un mecanismo clave de la competencia y en una palanca de la

acumulación, para el dinero como capital que se aparta de las otras mercancías, para el atesoramiento ocioso que se centraliza en el sistema bancario, y así sucesivamente. Estas consideraciones abstractas pueden relacionarse con los análisis marxistas histórico y empírico del CI y las estructuras financieras en que se encuentra imbricado. Marx tenía mucho que decir de estos temas, especialmente en su estudio del sistema financiero británico en el tercer volumen de *El capital*, pero este complejo material no puede revisarse aquí.

4. TEMAS Y LECTURAS ADICIONALES

A pesar de la enorme importancia para el capitalismo contemporáneo, los estudios marxianos del dinero y las finanzas han progresado en forma relativamente lenta; generalmente se ha dicho poco acerca de los temas más fundamentales de la naturaleza y las finanzas y la relación entre el capital financiero y el industrial (excepto con referencia a la creciente prominencia del primero, especialmente en la época histórica del neoliberalismo).

Los marxistas han debatido a menudo si el dinero mercancía es una abstracción de Marx, si ésta es una abstracción legítima, o, de manera un poco más fuerte, si es una necesidad para el capitalismo. Nuestro punto de vista es que la teoría del dinero de Marx demuestra cómo su presencia material es desplazada de manera creciente por símbolos no menos que por el papel y el dinero crédito (véase, por ejemplo, Carlos Marx, 1981b, 1987). Más importante que el papel residual del oro como tal en cuanto dinero mundial, por ejemplo, para los propósitos de atesoramiento, son las relaciones monetarias asociadas a la acumulación y la manera en que estas relaciones evolucionan a través del tiempo (lo cual se examina en el capítulo XV). Véase el debate entre Jim Kincaid (2007, 2008, 2009) y Ben Fine y Alfredo Saad-Filho (2008, 2009) para el tema relacionado, aunque diferente, del papel del dinero en el desarrollo y la presentación de la teoría del valor de Marx.

La teoría de Carlos Marx del CI y del interés se explica en Marx (1981b y, especialmente, 1981a, parte 5). Este capítulo se basa en Ben Fine (1985-1986). Suzanne de Brunhoff (1976 y 2003), Duncan Foley (1986, cap. VII), David Harvey (1999, caps. IX-X), Rudolf Hilferding (1981), Makoto Itoh y Costas Lapavitsas (1999), Costas Lapavitsas (2000a, 2000b, 2003a, 2003b), Costas Lapavitsas y Alfredo Saad-Filho (2000), Roman Rosdolsky (1977,

cap. XXVII) y John Weeks (1985, cap. V) explican diferentes aspectos de la teoría del dinero y del crédito de Marx. Para un examen del papel de las finanzas en la crisis actual véase el simposio sobre la crisis financiera global en *Historical Materialism* 17(2) (2009) y las respuestas subsecuentes.

XIII. LA TEORÍA DE LA RENTA DE LA TIERRA DE MARX

La teoría de la renta de Marx contiene dos componentes importantes e íntimamente conectados, una teoría de la renta diferencial y una teoría de la renta absoluta. Para Marx, la propiedad privada de la tierra actúa como un obstáculo para la acumulación de capital, porque los terratenientes se apropian una parte de la plusvalía producida en la economía. Hasta cierto punto, esto también es cierto para el caso de la teoría ortodoxa de la renta, sea la ricardiana o la neoclásica (aunque Ricardo intentó distinguir entre renta y ganancia, mientras que la teoría neoclásica confunde estas categorías, como se muestra más adelante). En la teoría neoclásica, los productores agrícolas pagan renta debido a una combinación de propiedad privada y restricciones naturales o técnicas; por ejemplo, una escasez de tierra, sea con respecto a la oferta total o a la oferta de tierra de mejor calidad o ubicación. En explicaciones más complejas, también se toma en cuenta la demanda de los diferentes productos de la tierra. En cualquier caso, la renta sirve para asignar recursos "eficientemente" entre las diferentes tierras, es decir, conduciendo a tasas de rendimiento iguales entre todos los capitales en la economía.

Del punto de vista ortodoxo se derivan dos propiedades interesantes. Primero, la propiedad de la tierra sólo determina quién recibe la renta, no su nivel. Segundo, el nivel de la renta se determina por las condiciones técnicas de la producción (y la demanda). Estas propiedades de la teoría ortodoxa pueden utilizarse para destacar las características distintivas del enfoque de Marx. El punto de partida de Marx son las condiciones sociales en las que parte de la plusvalía es apropiada por los terratenientes en la forma de renta. En otras palabras, la teoría de la renta se deriva de la relación entre la propiedad de la tierra y la producción capitalista, y éstas son por necesidad históricamente específicas y no están dadas técnicamente. En consecuencia, no puede haber una teoría general de la

renta y las conclusiones a las que se llega en una instancia no pueden aplicarse automáticamente a otras.

Como resultado, la renta no puede analizarse simplemente sobre la base de un efecto general, por ejemplo, de la producción capitalista que la obstruye. De otro modo, la "renta" sería el resultado de cualquier obstáculo a la inversión capitalista (que es la esencia de la noción marshalliana de cuasirrentas en el corto plazo, cuando un capitalista se beneficia temporalmente de un método de producción superior). En este caso, el acceso privilegiado al financiamiento, a los mercados o a los favores burocráticos y un conjunto de otras condiciones tendrían que tratarse a la par de la teoría de la renta, como puede verse en la teoría neoclásica de la "búsqueda de rentas", con lo cual se perdería una teoría específica del papel social de la propiedad del suelo. En pocas palabras, la renta debe examinarse en conjunto con las condiciones históricas en que existe, particularmente toda vez que el capitalismo tiende a eliminar las barreras a su imperativo de acumular. ¿Por qué y cómo es que la propiedad del suelo limita la acumulación de capital en el tiempo y extrae una parte de la plusvalía arrancada por el capital industrial?

Éste es el capítulo más exigente de este libro. Se incluye aquí por dos razones: primero, porque ilustra en detalle una aplicación importante del método de Marx y confronta un tema que supuestamente contradice su teoría del valor; y segundo, debido a la relevancia continua de la renta para temas tan diversos como el petróleo, la minería, el desarrollo agrícola, la regeneración urbana y la vivienda.

1. RENTA DIFERENCIAL 1

La teoría de la renta diferencial de Marx (RD) puede comprenderse sólo al examinar cómo la propiedad del suelo interviene en la operación del capital dentro de la agricultura (o en otra parte). ¿Cómo es que el proceso de competencia deja una plusvalía para que sea apropiada en forma de renta y cuáles son las implicaciones de esto? Para confrontar este problema se requiere una ligera digresión para examinar cómo compiten entre sí los capitales dentro de un sector en ausencia de un efecto distorsionador significativo de la tierra.

En los capítulos VI y VII se mostró que los capitales en un mismo sector compiten entre sí principalmente aumentando la productividad mediante el

incremento de la composición orgánica de capital (COC). Esto no ocurre de manera homogénea en todo el sector, de tal suerte que tenderá a haber diferencias de productividad significativas entre estos capitales. Marx argumenta que los valores de las mercancías se forman a partir de estas productividades individuales diferentes. De manera significativa, no insiste en que los valores deban igualarse al tiempo de trabajo promedio para cada sector (aun suponiendo que los trabajadores sean idénticos en toda la economía). Por ejemplo, si la técnica más favorable o la menos favorable pesa suficientemente en comparación con la promedio, entonces esta técnica en lugar de la promedio regula el valor del mercado del sector. En cualquier caso, *ganancias extraordinarias* fluirán hacia aquellos capitales que producen más valor que el promedio sectorial.

Para explicar la renta diferencial, Marx empieza por dividirla en dos tipos, renta diferencial uno (denotada como RD1) y renta diferencial dos (RD2, discutida en la siguiente sección). La RD1 se enfoca en la existencia de ganancias extraordinarias dentro de la agricultura, debidas exclusivamente a las diferencias de fertilidad (ignorantes, por conveniencia, de los costos de transporte y otros costos de mercadotecnia). Comúnmente esto se asocia con el margen extensivo de Ricardo. En una palabra, el capital no puede fluir de manera uniforme en las tierras de igual fertilidad, puesto que esas tierras no están igualmente disponibles en forma necesaria. Los capitales que fluyen hacia las mejores tierras se enfrentan con la barrera de la propiedad territorial y se ven forzados por parte de los terratenientes a ceder una porción de su ganancia extraordinaria en la forma de renta. El resultado no es simplemente la creación de renta sino también una distorsión en la formación del valor de mercado en la agricultura. En la industria, los peores métodos de producción predominan sólo cuando pesan excepcionalmente, y los capitales que emplean métodos más productivos obtienen ganancias extraordinarias. Por el contrario, en la agricultura los peores métodos pueden predominar debido a la intervención de la propiedad del suelo, y los capitales invertidos en las mejores tierras (no marginales) pueden tener que ceder sus ganancias extraordinarias a los terratenientes en la forma de RD1. Para Ricardo, esto sucederá independientemente de la propiedad de la tierra (lo cual simplemente determina quién recibe las rentas determinadas por la fertilidad). En contraste, para Marx la renta siempre depende de la capacidad de los terratenientes de apropiarse el excedente diferencial asociado a las tierras de distinta calidad.

Así, la existencia de diferencias en la rentabilidad dentro del sector agrícola es una condición necesaria pero no suficiente para la existencia de RD1. Estas ganancias extraordinarias también tienen que ser permanentes y absorbidas por terratenientes suficientemente poderosos, de otra manera (como en las cuasirrentas de Marshall) la RD1 no sólo existiría en cada sector de la economía, sino que también se erosionaría al igual que las ganancias extraordinarias en la industria (que tienden a eliminarse debido a los movimientos de capital y a la difusión de las innovaciones tecnológicas dentro de cada sector). No obstante, debe notarse que las condiciones naturales diferentes como tales no son la fuente de RD1. Estas condiciones naturales diferentes pueden contribuir a las diferencias en productividad, pero no crean ni las categorías de ganancia extraordinaria ni la renta diferencial. Porque la RD depende de la utilización de las condiciones naturales (y las diferencias de productividad) en las relaciones capitalistas de producción, así como de la intervención de la propiedad del suelo. En otras palabras, la renta existe no debido a que las ganancias extraordinarias existen, sino porque es apropiada por el terrateniente en lugar del capitalista.

2. RENTA DIFERENCIAL 2

La teoría de la RD1 de Marx se construye sobre la base de aplicaciones *iguales* de capital a tierras *diferentes*, en cuyo caso surgen ganancias extraordinarias (y renta) a partir de diferencias de fertilidad más o menos permanentes en todas las tierras. La renta diferencial de segundo tipo (RD2) también se ocupa de la competencia dentro del sector agrícola. Sin embargo, la RD2 se debe a la apropiación de ganancias extraordinarias creadas por diferencias de productividad temporales que surgen de la aplicación de capitales *desiguales* a tierras *iguales*. En este caso, los terratenientes se benefician del progreso de la sociedad en la introducción de innovaciones técnicas y en la organización de la producción en gran escala en tierras individuales, de suerte que los propietarios de esas tierras pueden apropiarse de una porción del excedente añadido. A medida que discurre la acumulación en la agricultura, el incremento de productividad y el aumento en las ganancias extraordinarias, los propietarios de la tierra pueden apropiarse de una porción creciente de este excedente.

Es claro, sin embargo, que no toda la ganancia extraordinaria que constituye la base potencial de la RD2 puede fluir hacia los terratenientes, y que estas ganancias extraordinarias tienden a erosionarse a medida que el tamaño anormal de las inversiones de capital se convierte en la norma en todo el sector. No obstante, la RD2 reduce necesariamente el incentivo de los granjeros capitalistas a invertir intensivamente (más capital y mejor tecnología en la misma tierra) en lugar de hacerlo extensivamente (la misma tecnología en más tierra), lo cual entorpece el desarrollo tecnológico en la agricultura. Esta es la razón por la cual Marx argumenta que la agricultura tiende a mostrar un progreso técnico más lento que la industria. Esta es quizá la conclusión más importante que se puede extraer de la teoría RD2 de Marx: su preocupación dinámica por los obstáculos al desarrollo de la acumulación de capital, en lugar de la formulación estática de la distribución de la plusvalía en forma de renta.

Si la RD1 y la RD2 fueran independientes entre sí, el análisis de la RD, como la simple adición de RD1 y RD2, ya estaría completo. Porque entonces RD1 tendría el efecto de igualar las ganancias entre las tierras de diferente calidad para la aplicación de cantidades iguales de capital, de suerte que RD2 podría calcularse a partir de las diferencias de rentabilidad que surgen de la aplicación de capitales desiguales. Alternativamente, RD2 igualaría los efectos de aplicaciones diferentes de capital de suerte que RD1 podría calcularse a partir de las diferentes fertilidades entre las tierras. No obstante, este procedimiento es inválido. De hecho, en el tercer volumen de *El capital* Marx no examina nunca RD2 en la forma pura de aplicaciones desiguales de capital a tierras iguales. Marx discute siempre RD2 en presencia de RD1, es decir, tierras de calidad desigual. La razón de Marx para hacer esto es analizar la determinación cuantitativa de RD2, habiendo establecido la base cualitativa para su existencia.

En este capítulo, RD1 y RD2 han sido determinadas con base en ciertas abstracciones concernientes a la distribución de capitales y fertilidades. Se ha hecho esto por motivos de claridad expositiva pero no se supone que la interacción entre RD1 y RD2 sea simplemente aditiva. Necesariamente, aquí está implicado un análisis más complejo en relación con la coexistencia de tierras y capitales desiguales en esas mismas tierras, así como temas de calidad y ubicación diferente de la producción (y venta), que por diferentes razones puede cambiar a lo largo del tiempo. Para el caso de RD1, está el problema de determinar cuál es la tierra de peor calidad en presencia de

aplicaciones desiguales de capital (RD2). Por ejemplo, algunas tierras pueden ser peores para un nivel de inversión pero no para otros. Para el caso de RD2 está el problema de determinar el nivel normal de inversión en presencia de tierras diferentes (RD1). Algunos capitales pueden ser normales para algunos tipos de tierras, otros capitales pueden resultar normales para otras tierras. Existe una dificultad adicional para RD2, dado que la productividad decreciente de inversiones adicionales no permitiría ganancias extraordinarias para capitales anormalmente grandes, a menos que el valor de mercado del producto agrícola aumentara. Esto plantea la cuestión de si el valor de mercado debiera determinarse mediante la productividad individual de alguna parcela de tierra, o si puede determinarse mediante alguna parte del capital invertido en esa tierra; en otras palabras, ¿el tamaño del "capital normal" es siempre el capital total aplicado a alguna tierra o más bien es alguna parte de ese capital? Incluso el término "capital normal" puede ser inapropiado porque la inversión de capital en una tierra particular siempre es específica en lugar de general.

Estos problemas conciernen a la determinación simultánea de la *peor tierra* y el *capital normal* en la agricultura. La interacción entre ambos da lugar al valor del mercado del producto agrícola, a partir de lo cual se pueden calcular las rentas diferenciales. Este problema no se presenta en el caso del capital industrial, porque la determinación del capital normal es sinónimo de la determinación del valor. Anteriormente se mostró que esto también es cierto para el caso de RD1 y RD2 en ausencia de alguna de estas dos rentas diferenciales. En el caso de RD1 en su forma pura (capitales iguales), la determinación de la peor tierra es sinónimo de la determinación del valor, mientras que para el caso de RD2 (tierras iguales) es la determinación del capital normal la que aparece por delante de la determinación del valor.

Este problema de la determinación conjunta del capital normal y la peor tierra (o, más exactamente, la tierra normal, dado que la peor tierra físicamente en uso no puede ser la que determine el valor) no puede resolverse en forma abstracta; en correspondencia, RD1 y RD2 no pueden determinarse puramente en forma teórica. Como se discutió antes, dependen de condiciones históricamente contingentes, de cómo se ha desarrollado la agricultura en el pasado y cómo se relaciona con la acumulación de capital en términos del acceso de los capitalistas a la tierra (lo cual puede ser afectado por condiciones legales, financieras y otras circunstancias). Más

todavía, los cambios en las cosechas y en las tecnologías de producción modifican la demanda de tierra y las definiciones de la peor y la mejor tierra. En pocas palabras, la teoría de la RD no conduce específicamente a un análisis determinado de la renta, sino que revela algunos de los procesos mediante los cuales puede examinarse históricamente, o al menos un marco dentro del cual se le puede situar.

3. RENTA ABSOLUTA

Si la clave de la formación de la renta diferencial es la determinación del valor y la presencia de las ganancias extraordinarias en el sector agrícola, la base para la formación de la renta absoluta (RA) es la transformación de los valores de mercado en precios de producción (véase el capítulo X). En este sentido, la RA se separa de la RD. Ambas formas de renta se refieren al obstáculo que representa la propiedad del suelo para la inversión de capital, y ambas dan lugar a la apropiación de la ganancia extraordinaria en la forma de renta. Sin embargo, la RD y la RA se ubican en diferentes niveles de análisis, y, en correspondencia, sus fuentes son diferentes. La RD se deriva de las diferencias de productividad en la agricultura, mientras que la RA se deriva de las diferencias de productividad entre la agricultura y otros sectores de la economía.

En términos formales, la teoría de la RA de Marx es la siguiente: debido a las barreras impuestas por la propiedad del suelo explicadas en el análisis de RD2, la agricultura tiende a tener una COC menor que la industria; por lo tanto, existe una mayor proporción de trabajo vivo empleado en la agricultura, este sector produce plusvalía adicional, y, en ausencia de renta, su precio de producción sería menor que el valor.

Ésta es, no obstante, una explicación completamente estática. En términos dinámicos (los detalles algebraicos se presentan más adelante), la formación de precios de producción depende de la competencia y de la posibilidad de flujos de capital entre los sectores. Sin embargo, los flujos hacia la agricultura y la formación de precios de producción en este sector son obstruidos por la propiedad del suelo. Debido a este obstáculo, los terratenientes pueden cargar una RA a los capitales que fluyen a la nueva tierra (o RD2 a los flujos de capital hacia las tierras existentes en uso). Este cargo incrementa el precio de las mercancías agrícolas por encima de su precio de producción. En el límite, estas mercancías podrían venderse por

su valor, donde la diferencia entre su precio de venta y su precio de producción sería absorbida por la RA. En estas circunstancias RA desaparecería *a)* si el ritmo de desarrollo de la agricultura fuera igual al de la industria y la COC de la agricultura fuera igual (o mayor) que el promedio social, y *b)* si toda la tierra se cultivara, puesto que RA depende de los movimientos de capital hacia nuevas tierras.

En la bibliografía sobre el tema uno se encuentra a menudo otra interpretación de la teoría de la RA de Marx, en la cual los terratenientes obtienen una renta debido a que pueden impedir el flujo de capital hacia la agricultura. Sin embargo, esto es simplemente la RA en cuanto renta de monopolio. Se aplicarían consideraciones similares en ausencia de propiedad del suelo —por ejemplo, si en el proceso de producción estuviera implicada una patente esencial—. Este paralelo es insuficiente por dos razones. Primero, porque el argumento procede simplemente a través de una teoría estática de la distribución de la plusvalía. Segundo, en esta interpretación las condiciones de Marx para la existencia de la RA se convierten en arbitrarias. Esto es cierto para el caso de la dependencia de la RA respecto a la COC en la agricultura, particularmente cuando se reconoce que las COC difieren entre los sectores industriales sin que se forme una renta. Más aún, ni siquiera en la agricultura habría razón para que la RA se limitara a la diferencia entre valor y precio de producción. Si la RA fuera una renta de monopolio, el precio de mercado de las mercancías agrícolas podría aumentar por encima de su valor de acuerdo con la capacidad y el deseo de los terratenientes de imponer semejantes precios elevados.

Sin embargo, la discusión de las condiciones en las que la RA desaparecería sugiere que aquí no está implícita una teoría estática. Lo que importa, como se explicó antes, es el ritmo de desarrollo de la agricultura en relación con la industria y el movimiento potencial de capital hacia "nuevas tierras". Por supuesto, estas condiciones pueden interpretarse estáticamente (por ejemplo, suponiendo que toda la tierra está rentada y todos los sectores tienen el mismo nivel de desarrollo); pero, de otro modo, los otros conceptos utilizados, en particular la COC, deben interpretarse de acuerdo con la dinámica de la teoría de la acumulación de Marx. Al llevar a cabo esta tarea, se mostrará más adelante que la teoría de la RA de Marx es completamente consistente con su análisis de la acumulación de capital.

Para comenzar, supongamos que la COC en toda la economía está dada por c/v, y que puede incrementarse en cualquier sector (incluyendo la

agricultura) por un factor $b > 1$, de suerte que una cantidad de trabajo convertiría una cantidad de capital constante bc en bienes finales en lugar de c. Para la agricultura, antes de este incremento de COC, o si este incremento no ocurriera, la diferencia entre valor y precio de producción es:

$$d = [c + v + s] - [(c + v)(1 + r)] = s - (c + v)r$$

donde r es la cuota de ganancia. Suponiendo un cambio técnico en toda la economía, exceptuando la agricultura, la tasa general de ganancia, r, cambia de $s/(c + v)$ a $s/(bc + v)$. En la agricultura, en la medida en que se obstruye el cultivo intensivo, c es la cantidad de valor con la que trabaja v en lugar de aumentar a bc como ocurre en otros sectores. Por lo tanto, la diferencia entre valor y precio en la agricultura deviene, partiendo de la expresión anterior para d y la nueva cuota de ganancia, r:

$$d = s - \frac{(c + v)s}{bc + v}$$

$$= \frac{(bc + v)s - (c + v)s}{bc + v}$$

$$= \frac{(b - 1)cs}{bc + v}$$

$$= b - 1cr$$

Esta diferencia, d, es igual a la cuota de ganancia, r, multiplicada por el capital constante adicional puesto en movimiento o, alternativamente, por las ganancias extraordinarias que resultan de una mayor COC. Estas ganancias extraordinarias pueden ser absorbidas como RD2 si la COC se incrementa en las tierras actualmente en uso, con lo cual el excedente fluiría hacia los terratenientes en lugar de los capitalistas, como en los otros sectores. En suma, la RA está limitada por la máxima carga impuesta por el cultivo extensivo en nuevas tierras, tal como lo establece o lo permite la posibilidad alternativa de inversión competidora en el cultivo intensivo. Esto corresponde a la diferencia entre valor y precio de producción en la agricultura. En otras palabras, la opción es entre invertir intensivamente en las tierras existentes, pero cediendo una parte o quizá toda la ganancia extraordinaria a los terratenientes existentes, o invertir en nuevas tierras y enfrentar un cargo de la misma magnitud potencial. El punto importante no

es tanto que el precio de producción tienda a exceder al valor en la agricultura (o donde esté implicada la tierra) —tal como ha sido el foco de atención principal en la bibliografía, generalmente crítica de Marx—; más bien, la presencia de la propiedad del suelo puede impedir la acumulación de capital (y con certeza influye en su naturaleza), con la potencial formación de renta absoluta como una consecuencia.

Se ha mostrado, entonces, que la teoría de renta de Marx es una extensión coherente de su teoría de la acumulación de capital cuando se la extiende para confrontar la barrera de la propiedad del suelo. Para él la renta es la forma económica de la relación de clase en la agricultura, y puede comprenderse sólo examinando la relación entre capital y tierra. La renta depende de la producción y la apropiación de la plusvalía a través de la intervención de la propiedad del suelo. La renta diferencial depende de la existencia de ganancias extraordinarias formadas a través de la competencia dentro del sector agrícola. La RD1 resulta de las diferencias de productividad debidas a las condiciones "naturales", lo cual conduce a que capitales iguales obtengan diferentes tasas de ganancia en la agricultura. La RD2 resulta de los diferentes rendimientos de aplicaciones desiguales de capital (capitales de tamaños diferentes) en la agricultura. En la industria, las ganancias extraordinarias fluyen hacia los capitales más productivos. Por el contrario, en la agricultura esas ganancias pueden ser apropiadas como renta. Finalmente, la RA surge de la diferencia entre valor y precio de producción en la agricultura, debido a su COC inferior a la promedio, si es que la propiedad del suelo obstruye la acumulación y el aumento en la COC. Ahí donde los capitalistas son los propietarios de la tierra o donde son estimulados a acumular, o incluso ahí donde los terratenientes facilitan la acumulación, es posible que estos obstáculos no prevalezcan.

La teoría de la renta de Marx se basa en sus teorías de la producción, la acumulación, la formación del valor y la teoría de los precios de producción. Como tal, probablemente es la aplicación más compleja de su comprensión de la economía capitalista. Al mismo tiempo revela de manera clara sus propios límites al mostrar la manera en que el análisis ulterior es contingente a cómo exactamente se ha desarrollado la propiedad del suelo e interactúa con el desarrollo capitalista.

4. TEMAS Y LECTURAS ADICIONALES

El aspecto más controvertido en la teoría de la renta de Marx (o, más exactamente, la propiedad del suelo) es si y cómo difiere de la teoría de la renta diferencial de Ricardo, si la renta absoluta es renta de monopolio o no y si la COC inferior en la agricultura es arbitraria (junto con el asunto de si la RA está limitada a la diferencia entre valor y precio). La importancia de la teoría de Marx, no obstante, reside menos en el hecho de que provee una teoría determinada de la renta y del precio y más en que centra su atención en las formas históricamente específicas en que la propiedad del suelo influye en la velocidad, ritmo y dirección de la acumulación de capital, sea en el contexto de la agricultura, el petróleo o la "regeneración urbana".

La teoría de la renta de Marx se desarrolla especialmente en Carlos Marx (1969, caps. I-XIV; 1981a, parte 6). Este capítulo se basa en Ben Fine (1982, caps. IV, VII; 1986, 1990b). Para enfoques similares, véanse Cyrus Bina (1989), David Harvey (1999, cap. XI) e Isaak I. Rubin (1979, cap. XXIX), y también el debate en *Science & Society* (70(3), 2006).

XIV. EL MARXISMO Y EL SIGLO XXI

LA POPULARIDAD y la prominencia del marxismo aumentan y disminuyen con las modas intelectuales y con el ritmo de los sucesos del mundo. Estas dos influencias están lejos de ser independientes entre sí y, más aún, lo que se comprende como el contenido y el énfasis del marxismo varía igualmente a través del tiempo, lugar y contexto. El marxismo es desde una crítica al capitalismo, actualmente a la vanguardia en la supuesta era de la globalización, hasta la fuente de alternativas al mismo, tal como ocurrió (previamente) con los países socialistas y la lucha para construir alternativas poscoloniales al capitalismo. El marxismo también ha estado muy involucrado en todos los debates académicos principales en las ciencias sociales, aunque, una vez más, el peso y contenido de su presencia ha sido diverso y desigual en el tiempo, en los temas y en las disciplinas.

El propósito de este capítulo es argumentar a favor de la relevancia continua de la economía política de Marx para el estudio de los temas contemporáneos, antes de discutir las crisis específicas. Este capítulo sólo es, necesariamente, sugerente y limitado en su cobertura. Al tiempo que este libro se ha ocupado de la economía política hasta ahora, en este capítulo el enfoque se mueve hacia temas “no económicos”. Un punto de partida apropiado es el principal ataque académico realizado en contra del marxismo en Occidente desde su último clímax de popularidad durante los años 1960 y 1970. Además de que se promovió la idea mítica de que el keynesianismo había más o menos resuelto el problema de las crisis capitalistas, el antimarxismo floreció mediante la sugerencia de que el marxismo es crudo y doctrinario. En particular, dos temas íntimamente relacionados aparecen a la vanguardia: uno se refiere a la naturaleza de la clase y el otro a la naturaleza del Estado (capitalista). Más adelante, también se examinan las preocupaciones con el medio ambiente y lo que viene después del capitalismo.

1. LA CLASE

La principal crítica contra el marxismo con respecto al concepto de clase es su supuesta incapacidad para analizar la complejidad y diversidad de las relaciones de clase dentro de la sociedad capitalista avanzada, denominada de varias maneras como postindustrial, democrática, de Estado de bienestar y así sucesivamente. Esta crítica tiene dos componentes separados, uno se refiere a la *estructura* de clase, el otro a las *implicaciones* de esa estructura. En pocas palabras, y en parte debido a que supuestamente Marx predijo la creciente polarización de la estructura de clases (incluyendo, erróneamente, la suposición de que Marx apoya la noción de una pauperización "absoluta" de los trabajadores), se argumenta que la división entre burguesía y proletariado es demasiado cruda, y debido a que las aspiraciones revolucionarias de Marx respecto de la clase obrera, la acción de clase y la ideología presumiblemente han fallado en satisfacer sus expectativas y las correspondientes a la estructura de clases por él formulada. Por ejemplo, ¿por qué los trabajadores asalariados votan por gobiernos de derecha y por qué los gobiernos conservadores introducen reformas que benefician a los trabajadores? Estas cuestiones se discuten más adelante. A nivel metodológico, se expresan preocupaciones sobre la estructura de la teoría de Marx y su contenido causal. Por ejemplo, se considera que es demasiado determinista y reduccionista —supuestamente, implica que todo fluye desde lo económico, identificando lo económico principalmente con la producción y las relaciones de clase—.

Sin duda muchos marxistas son culpables de estos pecados analíticos de simplificar en exceso y de omitir otros factores, en parte en su intento de exponer las falacias de "libertad", "eficiencia" e "igualdad" que con demasiada facilidad desfilan como virtudes del capitalismo. Esperamos, sin embargo, que en este libro hayamos presentado ya suficiente de la economía política y el método de Marx para demostrar que no puede ser acusado razonablemente de estos defectos. De hecho, Marx mismo declaró alguna vez que él no era marxista ¡al ver la manera en que su método había sido objeto de abuso durante su propia existencia!

De manera más específica, en el caso del concepto de clase, la economía política de Marx revela el componente crucial y central de la estructura de clase del capitalismo: que el capital y el trabajo se confrontan necesariamente entre sí en la compra y venta de la fuerza de trabajo. Más aún, tal como se presenta en este libro, la economía política de Marx se ocupa de las consecuencias de esta estructura de clase para la acumulación,

la reproducción, el desarrollo desigual, las crisis y así sucesivamente. Así, lejos de reducir todos los demás fenómenos económicos y sociales a semejante análisis, la economía política de Marx no hace más que abrir el camino para una investigación más amplia, sistemática y compleja de la estructura, las relaciones, los procesos y consecuencias del capitalismo, aunque lo que hace es de gran y crucial importancia.

Así, la economía política de Marx no reduce la estructura de clase a la de capital y trabajo. Por el contrario, otras clases se ubican *en relación* con el capital y el trabajo, ya sea como una parte esencial o contingente del modo de producción capitalista. Dentro del capitalismo mismo, por ejemplo, se crea espacio para que surjan los autoempleados y para que los "profesionales" prosperen debido a que, por diferentes razones, son capaces de retener todos los frutos de su trabajo a pesar de que se les paga un salario, o más exactamente, un sueldo —aunque esto puede tomar diferentes formas, incluyendo pagos, comisiones y así sucesivamente—. Formalmente, esto puede representarse mediante la idea de que estos estratos reciben el pago completo de su trabajo vivo, $l = v + p$, en lugar de una remuneración igual al valor de su fuerza de trabajo, v. Más importante aún es explicar por qué estos estratos, y sus actividades asociadas y condiciones de trabajo, no son apropiadas por el capital y reducidas en calidad y/o estatus social al del trabajo asalariado.

Se pueden dar muchos argumentos generales, algunos estructurales y otros contingentes. Así, por ejemplo, una precondición para el capitalismo avanzado es el surgimiento de crédito y sistemas comerciales complejos en los cuales compensaciones atractivas fluyen hacia quienes movilizan y asignan activamente fondos y mercancías a nombre de otros. Lo mismo aplica para las profesiones necesarias dedicadas a lubricar o vigilar la circulación del capital en todos sus aspectos, y su reproducción social en forma más general, aunque estas actividades varían en peso y significado a través del tiempo y lugar y, donde las asociaciones profesionales no son efectivas, están sujetas a la proletarización. Después de todo, existen grandes diferencias entre el trabajador de la construcción "autoempleado" casual o el personal de limpieza subcontratado y el doctor especialista o el consultor gerencial.

Finalmente, y con base en lo anterior, lo que se percibe como el mayor desafío para la economía política de clase es el surgimiento de la clase media, en sí misma un estrato altamente diverso en términos de su

composición y características. El capitalismo avanzado ha sido testigo del declive del trabajador industrial y del ascenso de los servicios, significativamente los que emplea el Estado y, por ello, potencialmente alejados de la motivación y el cálculo comercial directo. En pocas palabras, ¿el creciente ejército de trabajadores de la salud, la educación y otros empleados del Estado, muy aparte de los que trabajan en los servicios privados, socava el análisis elaborado con base en la estructura de clase compuesta por el capital y el trabajo?

Al poner el problema en estos términos, se apunta hacia la continua relevancia de la clase económica, donde se define al trabajo en términos de su dependencia respecto a un salario. Esto no es para negar que la clase del trabajo se diferencie de manera importante dentro de sí misma, aun en términos económicos —por sector, calificación (manual e intelectual), proceso de trabajo; entre industria y comercio, y entre los sectores público y privado—. Estas diferenciaciones no invalidan el concepto de clase, sino que destacan el hecho de que los intereses y las acciones de clase no existen siempre, ni incluso de manera predominante, como una consecuencia inmediata de la estructura de clase. Más bien, los intereses de clase se configuran de manera económica, política e ideológica en formas que surgen social e históricamente a partir de las relaciones de clase de las cuales se derivan. Así, no es cuestión de encasillar a uno u otro individuo en esta o aquella clase sobre la base de sus características *individuales*—trabajadores manuales, sindicalizados, miembros de partidos de los trabajadores, por ejemplo—, sino de trazar las relaciones mediante las cuales se reproduce la clase trabajadora de manera concreta y se representa en las relaciones materiales e ideológicas. Sobre esta base no puede existir la presunción de una correspondencia nítida o fija entre características económicas y sociales; pero éstas tampoco son independientes entre sí. El que la clase trabajadora (es decir, los asalariados en general, en lugar del subconjunto mucho más estrecho de los trabajadores industriales de cuello azul) dependa de los salarios para su reproducción condiciona todos los aspectos de la vida social contemporánea, inclusive ahí donde pareciera que no es así, pero no los condiciona a una determinación de hierro en incidencia y en contenido.

2. El Estado y la globalización

Estas observaciones generales sobre el concepto de clase tienen relevancia para la teoría del Estado capitalista. Una vez más, el marxismo ha sido sujeto de crítica en la forma de una parodia, en la que su teoría del Estado se ha concebido como una reducción a la proposición simple de que sirve a la clase gobernante y por tanto a los intereses capitalistas. Esto queda inmediatamente expuesto a la objeción de que el Estado a menudo implementa políticas que benefician a la clase trabajadora, especialmente a través de las reformas de bienestar. Posteriormente, el marxismo se presenta como defendiéndose a sí mismo mediante la interpretación de la reforma como una estrategia de desvío de parte de la clase dominante para impedir la revolución —por donde se asegura que de otra manera la clase trabajadora no será capaz de producir (y dar batallas) por sí misma—.

Al igual que antes, la historia no documenta estos motivos simples para el momento y contenido de la reforma, y no es suficiente para explicar la provisión de salud, educación y bienestar simplemente como los medios a través de los cuales se mejora la productividad del trabajo en el corto y en el largo plazos. Otra interpretación común equivocada de la teoría marxista es concebir al ("relativamente autónomo") Estado como esencial en la mediación entre los intereses en conflicto en el interior de la clase capitalista, en lugar de hacerlo entre el capital y el trabajo. En este caso, la función principal del Estado es impedir que los capitalistas se hagan trampas mutuamente y que la intensidad de la competencia sea indebidamente disfuncional. Al igual que la teoría del Estado como instrumento de una clase contra otra, este enfoque arroja sólo una luz limitada sobre la complejidad y diversidad del papel y las acciones del Estado.

El problema en cada uno de estos casos es que el Estado es visto como una institución internamente homogénea, claramente separada del "mercado", como un instrumento al servicio de intereses fácilmente identificables —del capital contra el trabajo o para el capital en su conjunto contra las inclinaciones destructivas de sus elementos individuales, o aun para la "nación" contra naciones y capitales rivales—. Pero estos intereses no existen siempre ni pueden existir en formas tan abstractas y no obstante fácilmente reconocibles. Más bien, las clases y los intereses de clases se forman a través de acciones económicas, políticas e ideológicas, condicionadas, e incluso rígidamente determinadas, por la acumulación y restructuración de capital y los patrones de reproducción social de los que

depende la formación de clase en mayor o menor medida y en formas diversas. (Estos patrones incluyen estructuras de empleo, condiciones de trabajo, sindicatos y otras formas de actividad y reproducción doméstica cotidiana, en el centro de trabajo y en otras partes.)

En cada una de estas áreas, el Estado capitalista desempeña un papel cada vez más central. La circulación del capital moldea una esfera de actividad económica estructuralmente separada de las no económicas, pero que, simultáneamente, depende de ellas y las apoya. La observación y cumplimiento de las relaciones de propiedad por parte de los trabajadores y la legitimación de las desigualdades económicas y de otro tipo necesitan reproducirse tanto como las relaciones de valor inmediatas. Así, la necesidad estructural del Estado capitalista se crea ampliamente por su papel no económico, en su reproducción social como algo distinto a su reproducción económica, pero en conjunción con esta última. Aun así, el Estado está siempre imbricado fuerte y directamente en la vida económica del capitalismo: al apropiarse y desembolsar valor (plusvalía) a través de los impuestos y gastos, al regular la acumulación, al restructurar el capital a medida que éste atraviesa sus patrones cíclicos, al manipular los tipos de cambio a través de la política monetaria y otras políticas macroeconómicas y al influir en las relaciones distributivas a través de la tributación y las políticas de gasto e ingresos.

Infortunadamente, estos discernimientos críticamente importantes del marxismo a menudo fueron soslayados, aun cuando Marx ha sido apreciado por su visión al anticipar la globalización o por reconocer procesos similares desde una fase histórica temprana. Ciertamente, Marx destaca el carácter internacional del capitalismo y su incesante búsqueda de ganancias ahí donde puedan encontrarse. Esto crea afinidades con quienes entienden la globalización en términos del desvanecimiento del Estado-nación a medida que éste deviene cada vez más débil frente a un capital crecientemente móvil a nivel internacional que se desplaza sin esfuerzos por doquier, igual que la transferencia de finanzas a través del comercio electrónico (o de la cultura a través de los medios de comunicación).

Sin embargo, cualquiera que sea el nivel de la internacionalización del capital en sus tres formas (dinero, mercancías y producción), la reproducción no económica del capitalismo requiere inevitablemente y aun fortalece el papel del Estadonación, aunque la presión para ceñirse a los imperativos unidimensionales del comercio no conduce a la uniformidad.

En cierto sentido, esto ha sido reconocido por quienes de manera constructiva se oponen a la "globalización" al señalar y proponer alternativas a lo que se considera son sus manifestaciones destructivas. Estos puntos de vista, donde el capitalismo se entiende meramente como globalización, son limitados —en los que todas las consecuencias negativas pueden derivarse fácilmente y, en principio, corregirse a través de la implementación de políticas "adecuadas" —. Sin embargo, la globalización, en cualquier aspecto y como quiera que se le entienda, debe verse como el efecto de la reproducción internacional del capitalismo y, en consecuencia, como *la forma que toman las leyes de la economía política en el periodo actual*. En pocas palabras, cualquiera que sea el significado que se le dé a la globalización en su aplicación en todos los aspectos económicos, políticos e ideológicos, es necesario que su vínculo fundamental con la producción y la apropiación de plusvalía se sostenga analíticamente.

3. EL AMBIENTE DEL CAPITAL

Consideremos ahora la degradación del medio ambiente. Aquí el marxismo ha sido acusado de privilegiar lo social a expensas de lo natural, subestimando el potencial para la reforma, y aun de impedir la consideración de lo natural debido a una excesiva preocupación por lo económico. Al tiempo que Marx tenía mucho que decir sobre lo que ahora llamaríamos "medio ambiente", sólo abordó este asunto ocasionalmente de manera directa. Pero en sus teorías del fetichismo de la mercancía y del proceso del trabajo ofrece excelentes discernimientos sobre su énfasis simultáneo en los factores sociales *y* materiales, toda vez que el valor es siempre la producción de valores de uso con un contenido físico y por tanto ambiental. Esto ofrece un enfoque apropiado del medio ambiente. Debe entenderse ante todo en términos de relaciones ambientales (y estructuras y conflictos correspondientes) características del *capitalismo*. Esto contrasta con la idea de un conflicto transhistórico entre los sistemas ecológico y social, o entre el medio ambiente y la economía. Sin embargo, estas relaciones ambientales están regidas por relaciones capitalistas de producción. Así, como puede reconocerse fácilmente, el deseo de rentabilidad conduce, a través del aumento de la composición orgánica de capital, a transformar cada vez más materias primas en mercancías y a la

correspondiente extracción y uso de energía y minerales, sin consideración inmediata por su impacto ambiental.

No obstante, a través del desarrollo de nuevas materias primas y la regulación del Estado, el capitalismo también es capaz de atemperar o incluso revertir, al menos en parte, esta degradación ambiental. En este sentido, es importante reconocer la naturaleza multidimensional del medio ambiente y el rango diverso de temas y resultados involucrados, desde la contaminación, la biotecnología, los medicamentos y las vacunas hasta las partes del cuerpo artificiales. Una vez más, las lecciones que hay que derivar del fetichismo de la mercancía son significativas. Marx argumenta que las relaciones mercantiles son de carácter social expresadas como relaciones entre cosas, las cuales aparecen a un nivel superficial puramente como magnitudes monetarias, ocultando en consecuencia tanto como revelan. Lo que no es obvio son las relaciones de clase de explotación subyacentes, la dinámica a la que dan lugar y las razones de ello. De la misma manera, la forma en que las mercancías han sido creadas como valores de uso, con su vínculo correspondiente con el medio ambiente, no se nos revela más que los orígenes geográficos de la mercancía o su dependencia (o no) del trabajo explotado o el trabajo infantil, a menos que estos aspectos se desplieguen abiertamente, de manera legítima o no, como un punto de venta.

No es sorprendente que estos aspectos "ocultos" de la mercancía, y sus sistemas de producción, distribución e intercambio, reclamen nuestra atención inevitablemente induciendo reacciones contra ellos. Las luchas contra el trabajo infantil, para revelar su incidencia y hacer campaña contra ello desde el lugar de producción hasta el punto de venta, después de todo se dirigen a la *naturaleza* de la humanidad y su reproducción en los aspectos material y cultural. De igual forma, la reproducción de relaciones ambientales, de forma optimista llamada "sustentabilidad", es inevitablemente una confrontación cambiante con un rango de aspectos de relaciones comerciales capitalistas. En la medida en que estas relaciones persistan, también persistirá el sistema de producción al que están asociadas, con las correspondientes tendencias a la apropiación, transformación y degradación del medio ambiente, por mucho que esto pueda atemperarse por la regulación, lo cual tiende a ser obstruido o evadido por las presiones competitivas.

4. SOCIALISMO

¿Qué es el socialismo? Y ¿acaso ofrece mejores perspectivas sociales, ambientales y en otros aspectos? Los experimentos socialistas en el siglo XX íntimamente asociados con Marx(ismo), han sido vistos como marxistas en el entendimiento popular. Sin embargo, mucho antes del colapso del bloque de Europa del Este hubo una controversia entre los marxistas sobre la naturaleza de la Unión Soviética, donde los puntos de vista variaban desde el apoyo acrítico hasta su condena como capitalismo (de Estado).

En el trance, la Unión Soviética, en un lapso que se puede considerar relativamente como un periodo histórico breve, experimentó una marcada transformación, que puede definirse bien con la noción de acumulación primitiva de Marx, debido a que lo que era una sociedad principalmente semifeudal, con una gran proporción de su fuerza de trabajo en la agricultura, tuvo éxito en crear a gran velocidad un mercado de trabajo asalariado y una base industrial relativamente avanzada y bien integrada. El periodo transcurrido desde el colapso de la URSS ha sido testigo de la coronación de esta transición a través del resurgimiento de una clase de capitalistas y de la propiedad privada de la mayoría de los medios de producción. Algunos han argumentado que semejante resultado final era inevitable, dada la baja base productiva inicial y la incesante hostilidad internacional que enfrentó la Unión Soviética a través de su historia. Aun así, el ritmo, la dirección y las consecuencias de esta transición al capitalismo se hallan lejos de estar predeterminadas, como resulta evidente a partir de la (hasta ahora) menos catastrófica, si bien igualmente dramática, adopción de las “fuerzas de mercado” en China.

Así, mientras que Marx es bien conocido por su crítica del capitalismo como un sistema explotador, es probable que a menudo también se le considere como el inspirador de los intentos fallidos de construir el socialismo en el siglo XX. Aunque la obra de Marx que trata directa y exclusivamente de la economía del socialismo es escasa, contrario a una opinión difundida, tiene mucho que decir sobre este tema, no sólo en la *Crítica del Programa de Gotha*. En general, Marx está menos interesado en diseñar lineamientos utópicos que en derivar y extrapolar a partir de desarrollos dentro del capitalismo mismo, procediendo en dos formas diferentes pero íntimamente relacionadas.

Primero, concibe el capitalismo como un sistema que socializa la vida en forma creciente —a través de la organización de la producción, más generalmente la economía, y a través del poder del Estado—, pero en formas que están restringidas fundamentalmente por la naturaleza privada del mercado, la propiedad privada y el imperativo de la rentabilidad. La competencia tiende a socializar la producción capitalista a través de la crecientementemente intrincada división del trabajo en la fábrica y en la sociedad en su conjunto. Además de esto, el creciente papel del Estado en la provisión de bienestar, la redistribución y producción misma, a través de la planificación o las industrias nacionalizadas, por ejemplo, anticipan algunas de las formas económicas y sociales de un socialismo futuro. Lo mismo aplica para la formación de fenómenos como las cooperativas de trabajadores, con o sin apoyo del Estado. No obstante, estas formas embrionarias están inevitablemente constreñidas en su contenido, forma y aun en su sobrevivencia por su confinamiento dentro de la sociedad capitalista, los imperativos directos o indirectos de la rentabilidad y el sistema económico y social que impone imperativos comerciales. Algunas formas de socialización —de la planificación de la producción dentro de las empresas de gran escala a la exclusión del mercado, o el papel más amplio y profundo del dinero a través del sistema financiero— tienen una afinidad muy diferente al socialismo en comparación con la provisión de salud, educación y bienestar a través del Estado. A este respecto, la consigna popular "la gente antes que la ganancia" expresa los valores socialistas dentro de una aceptación del capitalismo, dado que se permite la ganancia a condición de que no sea un privilegio. Aquí hay una correspondencia nítida con la crítica de Marx a la noción de Proudhon de que "la propiedad es un robo", debido a que Proudhon condena y acepta la propiedad (sin la cual no puede haber robo).

Segundo, entonces, la anticipación del socialismo por parte de Marx se deriva de las contradicciones dentro del capitalismo, independientemente de si éstas han evolucionado hacia formas socialistas embrionarias. Más significativo es el papel revolucionario que desempeña la clase trabajadora, donde el capitalismo crea, expande, fortalece y organiza el trabajo para los propósitos de la producción, pero necesariamente explota a la mayoría trabajadora y no satisface su potencial y sus aspiraciones económicas y sociales más amplias. De acuerdo con la significativa frase del *Manifiesto*

comunista: “La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables”.

Éste es el medio para la revolución socialista. Los motivos surgen a partir de los varios aspectos de la explotación, la alienación y la degradación humana característica del capitalismo, y de cómo pueden superarse. En el capitalismo, la clase trabajadora es privada del control de los procesos de producción, de sus resultados en los productos mismos, y del conocimiento comprehensivo de y la influencia en el funcionamiento de la sociedad y su desarrollo. Los trabajadores también están sujetos a limitaciones severas en sus perspectivas y logros potenciales, así como a continuos trastornos en sus condiciones de vida, cuyas suertes cambian con el ascenso y descenso de los imperativos de ganancia y las fortunas de la economía. Esto es altamente ineficiente en términos económicos y, más importante aún, en términos humanos. Esto ha conducido a resistencia en lugares de trabajo y a confrontación política, e históricamente ha suministrado un estímulo poderoso para las reformas sociales y la rebelión anticapitalista.

Para Marx, la abolición del capitalismo marca el fin de la prehistoria de la sociedad humana. Sin embargo, la transición al comunismo no es inexorable ni inevitable. Las relaciones sociales que están en el corazón del capitalismo cambiarán sólo si la mayoría aplica una presión extraordinaria. Si esto no sucede, el capitalismo puede persistir indefinidamente, a pesar de sus crecientes costos humanos y ambientales. No obstante, la transición hacia el socialismo sólo puede conseguirse por etapas, en lugar de coronarse mágicamente a petición, de manera que su primera fase está marcada por la influencia continua del pesado equipaje histórico del capitalismo. Marx argumenta que, en una fase posterior, cuando la división del trabajo y la oposición entre trabajo intelectual y manual hayan sido superadas, y el desarrollo de las fuerzas productivas haya alcanzado un nivel suficientemente elevado como para permitir el desarrollo total de los individuos, se alcanzará la fase avanzada del socialismo (comunismo). Tal como lo puso en la *Crítica del Programa de Gotha*, “de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades”.

5. TEMAS Y LECTURAS ADICIONALES

Estudios marxianos relevantes del concepto de clase incluyen Geoffrey de Ste. Croix (1984) y Ellen Meiksins Wood (1998); véanse también los ensayos en *Socialist Register* (2001). Las teorías marxianas del Estado se revisan en Ben Fine y Laurence Harris (1979, caps. VI, IX), y también Simon Clarke (1991), Bob Jessop (1982) y Ellen Meiksins Wood (1981, 1991, 2003).

La "globalización" capitalista se discute en una bibliografía vasta. Esta sección se basa en Ben Fine (2002, cap. II), Alfredo Saad-Filho (2003a), y Alfredo Saad-Filho y Deborah Johnston (2005); véanse también Peter Gowan (1999), Hugo Radice (1999, 2000) y John Weeks (2001). Otro conjunto de estudios marxianos se refiere específicamente al imperialismo; *cf*., por ejemplo, Anthony Brewer (1989), Norman Etherington (1984), Eric Hobsbawm (1987), *Socialist Register* (2004, 2005) y números recientes de *Monthly Review* y *New Left Review*. La relación entre neoliberalismo y globalización se discute también en Gerard Duménil y Dominique Lévy (2004), David Harvey (2005), Ray Kiely (2005a, 2005b) y Alfredo Saad-Filho (2003c, 2007).

Existe una creciente bibliografía marxiana sobre el medio ambiente y la crisis ambiental. Véanse, por ejemplo, Ted Benton (1996), Finn Bowring (2003), Paul Burkett (1999, 2003), John Bellamy Foster (1999, 2000, 2002, 2009) y Les Levidow (2003). La revista *Capitalism, Nature, Socialism* incluye un rico material; véase también el número especial de *Capital & Class* (72, 2000).

Los comentarios de Marx sobre el comunismo y socialismo se pueden encontrar principalmente en Carlos Marx (1974), y Carlos Marx y Federico Engels (1998); *cf.* también Federico Engels (1998, parte 3). Este capítulo se basa en Ben Fine (1983b). Los debates recientes sobre el socialismo se revisan en Paresh Chattopadhyay (2003), Duncan Foley (1986, cap. X), Michael Lebowitz (2003b), David McNally (2006) y Dimitris Milonakis (2003); *cf.* también Michael Perelman (2000) y los números especiales de *Science & Society* (66 (1), 2002) y *Socialist Register* (2000). La experiencia soviética se discute en forma crítica, desde diferentes puntos de vista, en Chris Arthur (2002, cap. X), Paresh Chattopadhyay (1994) y Simon Clarke (2003). En la revista *Critique* se ha publicado extensamente sobre este tema.

XV. FINANCIARIZACIÓN, NEOLIBERALISMO Y CRISIS

ESTE libro se ha ocupado principalmente de suministrar una revisión relativamente simple de la economía política de Marx, especialmente tal como se presenta en los tres volúmenes de *El capital*. Este capítulo final pretende aplicar esa economía política a la crisis global del capitalismo al momento de escribir el libro, crisis que se presenta a sí misma como derivada de un mal funcionamiento importante dentro del sistema financiero, con repercusiones devastadoras en todos y cada uno de los aspectos de la reproducción económica y social. Pero, a la luz de los temas planteados en el capítulo previo, y otros temas del poder y el conflicto alrededor de la guerra, el género, la raza, la pobreza y el desarrollo, por ejemplo, es importante tener presente que la crisis actual no es ni una ruptura aguda con el pasado ni está confinada a temas económicos estrechamente definidos. De hecho, las crisis tienden a acentuar y, en esa medida, a revelar la naturaleza y contradicciones de la sociedad en la que vivimos; esto se ilustra muy bien de manera especial por la caída en desgracia de la fraternidad financiera. No obstante, la luz inmisericorde proyectada por la crisis, obviamente, no convierte al capitalismo contemporáneo en un libro abierto que se pueda leer fácilmente de principio a fin en letras grandes. Así, mientras que el liberalismo ha sufrido de manera clara una crisis de legitimidad además de su crisis económica, las razones de esta crisis así como las propuestas para su resolución siguen siendo disputadas en todo el espectro intelectual y político, y dentro del marxismo mismo.

1. LA CRISIS DE FINANCIARIZACIÓN

Cada crisis incorpora características específicas, ya sea por virtud de sus causas inmediatas, su profundidad, amplitud o incidencia en toda la economía, ideología o sistema político, o a través de su impacto diferencial

dentro y entre los sectores económicos o sobre los segmentos de la clase trabajadora en cada país, o por otras razones. Pero la crisis actual —incluso desintegración— es notable en varias dimensiones diferentes así como en su combinación. Primero, la crisis no fue detonada por un bulbo de tulipán, por la Isla del Mar del Sur o por la burbuja *dot-com*, ni siquiera por un delirio del mercado de valores o por la crisis de una mercancía —aunque el mercado de valores sí experimentó un considerable disturbio especulativo en el periodo que condujo a la crisis, así como en su irrupción—. La crisis se propagó desde el mercado *subprime* de los Estados Unidos, un mercado que proveía hipotecas financieras a los hogares más pobres del país. Por supuesto, ubicar el origen de la crisis aún deja abierta la cuestión de por qué esta crisis debiera provocar un impacto violento a nivel mundial.

Segundo, nadie culpa a los pobres por el auge especulativo o por las crisis y sus consecuencias. Lejos de ello; a diferencia de otras ocasiones de mal funcionamiento económico en tiempos recientes, los salarios "excesivos" y los beneficios no han sido señalados en ninguna parte como causa tal como ha ocurrido en el pasado, de acuerdo con puntos de vista neoclásicos, keynesianos o incluso el enfoque marxiano de "compresión de ganancias" —contribuyendo a legitimar, de manera más o menos explícita, la desviación de la carga del ajuste hacia la clase trabajadora y los pobres—. En esta ocasión, obviamente, se culpa a las finanzas y a sus excesos, pero (¡espera!) es necesario rescatar las finanzas para impedir un impacto aún peor en el resto de la sociedad, cuyos momentos difíciles en los años venideros se legitiman de este modo. No es tu culpa, o para el caso, la de nadie más (lo que deja de lado, de manera conveniente, los incentivos neoliberales para las finanzas); pero la leche ya está derramada, la jarra, rota, y por tanto tenemos que trabajar juntos para arreglarla, con menos recursos mientras tanto.

Tercero, a pesar de su severidad, sin precedentes desde la década de 1930, la crisis actual cierra un periodo de 30 años de relativa disminución de la acumulación después del auge de posguerra "keynesiano". Cualesquiera que sean sus causas inmediatas en el mercado hipotecario de los Estados Unidos y en otras partes, la crisis y su severidad no son simplemente el resultado de una fase maniaca, extendida en exceso, de acumulación financiarizada, cuyas contradicciones, tensiones y conflictos hayan inducido una reacción correspondiente en la dirección opuesta. Más bien, la crisis se incubó, necesariamente, dentro del modo neoliberal de

acumulación consolidado después de la periclitación del keynesianismo de posguerra.

Cuarto, la crisis actual es una más en una secuencia de crisis financieras o de balanza de pagos que previamente han afectado principal y regularmente a países pobres y de ingreso medio. Estas crisis generalmente han sido contenidas dentro de regiones particulares, aun cuando han sido severas, a través de intervenciones multilaterales de Estado orquestadas por el Departamento del Tesoro estadunidense e implementadas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. La situación de hoy es diferente, pues los mecanismos de la crisis actual han desbordado el grado anterior de intervención del Estado tratando de controlar y atemperar sus peores efectos y su propagación geográfica. Las limitaciones de la política macroeconómica y la cooperación internacional señaladas de manera más notable por los efectos dominó dimanantes de la crisis *subprime* misma reflejan la complejidad de las estructuras contemporáneas de activos financieros. Esto conduce a significativas dificultades en la selección de lo que hay que rescatar, con qué criterios, con qué fin, cómo, por cuánto tiempo y a qué costo, y qué políticas complementarias son necesarias a niveles nacionales e internacional.

Estos factores son indicativos de una crisis más amplia del neoliberalismo, algo que requiere una explicación de cierta complejidad. A un nivel superficial, y sólo con pocas excepciones, no hubo neoliberales en la irrupción de la crisis. La falla dramática del sistema financiero indujo a una búsqueda desesperada de remedios en la forma de algún tipo de retorno a un keynesianismo suave y regido por las finanzas y a un control estatal parcial y reactivo, inclusive la propiedad pública de las finanzas y la industria. La acrobacia ideológica, así como las deficiencias en los mecanismos institucionales para la formulación e implementación de políticas, fueron demasiado obvias. Aun así, las medidas implicadas en el "rescate" de la economía las inició el segundo presidente Bush al final de su administración y, a pesar de su intervención estatal con enormes recursos, fueron indudablemente neoliberales y pensadas para ser revertidas tan pronto como fuera posible. Dos hechos resultan relevantes para poner en perspectiva la crisis de las finanzas y la magnitud de la intervención del Estado. Uno es que los recursos que se ofrecieron para apoyar al sistema financiero excedieron con mucho el ingreso total de *todas* las privatizaciones jamás realizadas. El otro es que los paquetes de rescate

habrían sido suficientes para *eliminar* la pobreza mundial de los próximos 50 años, o incluso indefinidamente.

2. EL NEOLIBERALISMO Y LA CRISIS

A un nivel más profundo, el neoliberalismo se asocia con una mezcla específica de ideología, conocimientos, una política práctica y una representación de la realidad misma. Pero esta mezcla ha atravesado por dos fases: la primera, una fase de choque, se basó en una extensa *intervención* del Estado para promover el capital privado tanto como fuera posible, con una limitada consideración por las consecuencias sociales, económicas y políticas, un reaganismo-thatcherismo que se impuso, más notoria pero no exclusivamente, en Europa del Este bajo esta misma terminología de terapia de choque. Pero el *ethos* de "solamente hazlo" de la primera fase del neoliberalismo (que hablaba de dejar las cosas al mercado, pero que utilizó al Estado para promover el capital privado —no menos que con sus relaciones opresivas con la clase trabajadora—) no se originó en las economías en transición ni ha estado confinado a éstas. La segunda fase, la Tercera Vía o el "mercado social", ha sido testigo de diferentes modalidades de intervención del Estado para atemperar los peores efectos de la primera fase y, más importante aún, para sostener lo que ha venido a ser la característica definitoria del neoliberalismo mismo: la financiarización. Durante los últimos 30 años, la financiarización ha prosperado a través y bajo el disfraz de la promoción del mercado (es decir, del capital privado) en general. En la práctica esto significa la subordinación de la reproducción social a los imperativos de los mercados financieros en todo, desde la privatización y la regulación hasta los objetivos de inflación y la difusión del crédito personal.

Inevitablemente, entonces, la crisis coloca la relevancia de las finanzas en primer lugar. Es difícil exagerar la expansión del sistema financiero durante los pasados 30 años. Ha habido una proliferación y un crecimiento de los mercados financieros mismos en términos de derivados, futuros, tipos de cambio, hipotecas, instrumentos del gobierno, así como de acciones bursátiles *y* la penetración de las finanzas en áreas de la reproducción económica y social que habían estado alejadas del control directo del capital privado en la era previa al Estado de bienestar keynesiano y de "modernización". Esto se aplica para los casos de la salud, la educación, la

energía, las telecomunicaciones, el transporte, las pensiones y, por supuesto, el financiamiento de la vivienda. Además, las corporaciones industriales han quedado atrapadas en el proceso de financiarización, impelidas por el "valor para el accionista" a través de los negocios financieros y los cambios en la gobernanza corporativa que dominan las fuentes de la rentabilidad, a menudo a expensas de la inversión para expandir y aumentar la capacidad productiva e incrementar la productividad.

Estas consideraciones económicas están insertas en un nuevo patrón de imperialismo en evolución (la así llamada "globalización"), no menos que como con la irrupción de la Guerra Fría. Las fortalezas y debilidades de los Estados Unidos como poder hegemónico se han intensificado y han quedado expuestas en años recientes. En contraste, el colapso del socialismo estilo soviético y la debilidad de los movimientos progresistas, pese a algunos brotes verdes, en América Latina por ejemplo, son notables. Así lo es también el ascenso de China, su conversión al capitalismo y su provisión de trabajadores asalariados, decenas si no es que cientos de millones, al mundo capitalista. Igualmente significativa es la peculiar relación de China con los Estados Unidos con respecto al gran apoyo que aquélla le ofrece reciclando los déficit fiscal, comercial y en cuenta corriente de los Estados Unidos. China no está sola en esto, aun en el mundo en "desarrollo", y Alemania y Japón han sido al menos igualmente importantes en el sostenimiento del dólar y del déficit comercial de los Estados Unidos durante un periodo aún más largo. Esto revela una extraordinaria mezcla de fortaleza y debilidad de los Estados Unidos, donde el dólar en cuanto dinero mundial comanda el apoyo externo con, hasta el momento, sólo movimientos marginales, a lo sumo, para suplantar sus papeles correspondientes de moneda de reserva y medio de pago. El resultado es que el valor del dólar ha sido volátil, al menos por ahora; sin embargo, no ha colapsado, a pesar de su potencial fragilidad y de la ampliamente reconocida debilidad estructural de la economía estadunidense —debilidades cuya naturaleza habría llevado al colapso en el valor de cualquiera otra moneda—.

3. EL MARXISMO ANTE LA CRISIS

No es sorprendente que, dado que la ortodoxia ha quedado confusa durante la crisis, la sabiduría y los comentarios marxistas y heterodoxos hayan

asumido un papel más prominente. La cuestión, no obstante, no es observar sino explicar, lo cual requiere ubicar estos desarrollos dentro de un marco analítico. En particular, es necesario confrontar tres asuntos: en primer lugar, la razón de la ralentización de los últimos 30 años, particularmente si se consideran las condiciones dadas que no podrían haber sido más propicias para la acumulación de capital, incluyendo los incentivos legales y regulatorios para el capital, los niveles estancados, si no es que declinantes, de los salarios monetarios y sociales, la debilidad del trabajo y de los movimientos sociales, la expansión y la "flexibilidad" de la fuerza de trabajo global y la hegemonía neoliberal en la política y la ideología. Sin una explicación de la ralentización, es imposible explicar por qué surgió semejante crisis financiera, por qué ha sido tan severa, ni es posible especificar cuál es la naturaleza de la crisis misma, más allá de sus parámetros económicos inmediatos.

En segundo lugar, se debe explicar el significado de la financiarización y su relación con la acumulación de capital (productivo). Paradójicamente, mientras que las finanzas y la financiarización han concitado una extensa atención de estudiosos marxistas, ha habido relativamente pocos intentos de insertar las finanzas dentro del análisis del propio Marx. Esto se aplica incluso a la tradición establecida por y a través de Rudolf Hilferding, no menos que por el hecho de que, sin duda, su noción de capital financiero parece insuficientemente a tono con la diversidad y extensión de la financiarización de hoy día, la cual va mucho más allá de la relación entre los bancos y la industria. A pesar de la comprensible atención a favor de la economía política marxista a la luz de la crisis, se ha puesto más atención en Hyman Minsky que en Carlos Marx cuando se trata del papel de las finanzas en la crisis.

Tercero, se debe ubicar el papel de la lucha de clases en estas circunstancias, en las cuales parece débil y alejada de su posición clásica para el marxismo, es decir, en el punto de la producción. Por supuesto, uno de los mantras del neoliberalismo es la "flexibilidad" de los mercados de trabajo, el cual, en la práctica, se impone a nombre del capital a través de la intervención del Estado usando la legislación y, ahí donde es necesario, el autoritarismo. Todo esto ha contribuido al declive acumulado de la fuerza de la clase obrera, de su organización y activismo, al mismo tiempo que la influencia del trabajo organizado en la reproducción social también se ha debilitado a través de la despolitización, la desorganización, la

privatización, la disminución de la seguridad laboral y así sucesivamente. Lo anterior plantea desafíos analíticos y estratégicos, los cuales, aun antes de la crisis, han sido abordados en términos de argumentos que van desde la "muerte" de la clase obrera y el capitalismo tal como los conocemos, hasta la emergencia de nuevos movimientos sociales (más o menos anticapitalistas).

Además de estos tres temas analíticos —la ralentización, la financiarización y el papel de la clase—, hay un cuarto punto estratégico: cómo responder en las desastrosas circunstancias de la crisis económica y de movimientos progresistas debilitados. La relación entre reforma dentro del capitalismo y revolución socialista para trascender la crisis plantea el clásico enigma marxista de cómo avanzar en una sin comprometer la otra. Pero, actualmente, estas consideraciones parecen un lujo utópico dado que, a pesar de la severidad de la crisis económica y la correspondiente crisis de legitimidad del neoliberalismo, tanto la reforma radical como la revolución están fuera de la agenda.

Nuestro propio enfoque de estos tres temas analíticos es desplegar y desarrollar la teoría de la acumulación de Marx, lógica e históricamente, sobre la base de las categorías de análisis ofrecidas en los tres volúmenes de *El capital*. Hemos argumentado que la teoría de Marx analiza la acumulación como la expansión cuantitativa del capital productivo a través de su restructuración continua y desigual, generalmente en forma de unidades más grandes, organizadas, en el mundo moderno, principalmente a través de las corporaciones transnacionales. Aunque de manera crucial, la velocidad y el ritmo de la restructuración del capital dependen en gran medida de agencias diferentes a los capitalistas industriales mismos, especialmente las políticas de Estado y la clase obrera, y de la restructuración de otros capitales en mercados en competencia y en las finanzas, así como a través de una restructuración más general de la vida económica y social. Cada uno de estos elementos puede conducir más o menos a la acumulación mediante la restructuración, del mismo modo que sus efectos pueden ser desiguales. Su impacto depende de las configuraciones cambiantes y los conflictos de los intereses económicos, políticos e ideológicos dentro de los límites establecidos por su ubicación en el sistema de acumulación en su conjunto. En particular, el papel del Estado como agente de la restructuración es supremo entre todos estos factores constitutivos, incluyendo la política económica desplegada en

conjunción con el ejercicio de la fuerza y los argumentos auspiciados por el Estado para la legitimidad de las disfuncionalidades, las inequidades y las iniquidades del capitalismo.

Esta explicación abstracta puede desarrollarse al destacar, como ya se indicó, que la ralentización no se debe a la fortaleza o militancia de la clase obrera, y, en consonancia, las explicaciones de la crisis deben buscarse en las relaciones intracapitalistas y no en las relaciones de clase. En particular, el proceso de financiarización es crucial para esta explicación —algo que ahora todo el mundo reconoce—. Sin embargo, esto luce ligeramente diferente una vez que se coloca en términos de las categorías del análisis de Marx, dado que lo que distingue la financiarización en la era neoliberal, tal como se insinuó en el capítulo XII, es la expansión del capital a interés (CI) en la economía en su conjunto, incluyendo las operaciones financieras de las corporaciones industriales supuestamente independientes, la salud, la educación, el bienestar, el crédito al consumo, la vivienda y así sucesivamente. De acuerdo con esto, en formas híbridas, el CI ha promovido activamente la acumulación de capital financiero (ficticio) a expensas de los activos productivos. Aunque esto ha sido rentable para los capitales individuales, y en el corto plazo, también ha sido disfuncional para la acumulación sostenida del capital en general, cuantitativa y cualitativamente. En pocas palabras, la financiarización es apoyada por la expansión cuantitativa del CI y su extensión en toda la economía, en ocasiones dirigiendo la restructuración del capital industrial y en otras a expensas de éste, influyendo así directa *e* indirectamente en el impacto más amplio del neoliberalismo sobre la reproducción social. La acumulación de activos financieros ha tenido prioridad, sistemáticamente y en la política, sobre la acumulación del capital industrial, a pesar del (y, en cierta medida, *debido al*) rápido crecimiento del proletariado en todo el mundo. Esto se revela de manera notable en la crisis actual a través de la medida en la cual el Estado ha intervenido a nombre de las finanzas cuando, en circunstancias mucho más favorables, se ha negado el gasto, en proporciones mucho más modestas, no sólo en salud, educación y bienestar, sino también para el desarrollo de la industria, la provisión de infraestructura y la administración de la competencia internacional.

4. CRISIS Y LUCHA DE CLASES

Dada nuestra comprensión de la ralentización, la crisis y los soportes financiarizados del neoliberalismo, ¿cómo hemos de ubicar la lucha de clases y la divisoria reforma/revolución? Consideremos tres posiciones extremas, posiblemente caricaturizadas. Una percibe las finanzas meramente como un epifenómeno, implicando que la estrategia debe centrarse de nuevo en la clase obrera, organizada en el punto de la producción. El problema aquí es que tal activismo ha demostrado ser débil y posiblemente debilitante, y ha demostrado estar desconectado de luchas en torno de asuntos que, por necesidad, proliferan lejos de la producción —por ejemplo, luchas en torno a salarios, beneficios y provisión social, pero también sobre y en torno a catástrofes ambientales desatadas por el capitalismo global—. El segundo extremo es ignorar la crisis económica y las realidades de la producción y enfocarse, en lugar de éstas, en las confrontaciones continuas en torno del medio ambiente, las opciones de estilos de vida y la multiplicidad de las discriminaciones que rutinariamente (re)produce el capitalismo contemporáneo. Por significativas que puedan ser estas preocupaciones, no es probable que intentar confrontarlas separadamente de sus raíces estructurales en la producción sea más exitoso en el futuro de lo que ha sido en el pasado reciente. El tercero es concentrarse en algo similar a atacar la "explotación en el intercambio" mediante las finanzas, basándose en la antipatía popular contra los desacreditados banqueros, a la vez que se ignoran las cuestiones sistemáticas planteadas por la financiarización de la producción y la reproducción social en el neoliberalismo. Independientemente de los méritos que puede tener como un punto de partida estratégico y oportuno el poner las cosas puramente en términos de las finanzas *versus* el resto de la sociedad, esto tiene problemas analíticos y políticos significativos. Por ejemplo y para reiterar el punto previo, ¿qué decir de otras formas de explotación y opresión, especialmente en la producción misma, para las cuales la reforma del sistema financiero (en lo cual todo el mundo está de acuerdo) ofrece poco por la vía de la compra?

Una alternativa no es tanto rechazar los tres extremos apenas presentados, sino moverse más allá de ellos conectando la producción y la clase a las luchas específicas engendradas por la reproducción económica y social en el neoliberalismo. Como debiera ser obvio, las formas en las que la financiarización ha intervenido en la reproducción económica y social son difusas y heterogéneas, y del mismo modo, en correspondencia, lo

serán las más o menos espontáneas reacciones contra sus efectos y la búsqueda de alternativas. Desde una perspectiva marxista, y también desde otras, es mucho más fácil ver la necesidad de destruir el sistema financiero que hacerlo o que vincularlo a movimientos más profundamente enraizados, efectivos y seguros para la transformación económica y social. Tal como lo dijo Marx de manera célebre en su *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (1852):

> Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos.

Lo que vale para nuestro cerebro es igualmente cierto para nuestras circunstancias materiales. Las crisis de las hipotecas financieras (y su conexión con la provisión de vivienda) son diferentes de las crisis del medio ambiente (y la puja neoliberal por comerciar con futuros del carbón, por ejemplo) y de las crisis en las esferas productivas pública y privada, sea en la salud, la educación o el bienestar. Por necesidad, estas arenas de lucha serán tan diversas como las alianzas tácticas, incluso estratégicas, que podrían formarse para desafiar facetas específicas del neoliberalismo, y que pueden ayudar a fortalecer, ampliar y transformar luchas individualizadas, a menudo financiarizadas, hacia una visión renovada de modos alternos de provisión basados en valores de control democrático y de solidaridad, en lugar de la extracción y distribución de plusvalía. Es improbable que esta transformación ocurra de manera espontánea: una plataforma positiva para la movilización social, inspirada en un análisis cuidadoso y en una comprensión teórica, sigue siendo esencial. A este respecto, las contribuciones ofrecidas por los análisis y las experiencias de lucha marxianas continúan siendo indispensables.

Estos pronósticos se ubican a la par, hombro con hombro, con la consigna que señala el epitafio en la tumba de Marx, una cita de su undécima tesis sobre Feuerbach: “Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de transformarlo”.

De igual manera que con la mayoría de los escritos de Marx, este llamado a los socialistas del siglo XIX debe interpretarse como un medio

para la comprensión y también como un imperativo para actuar. Sigue siendo válido en el siglo XXI en la medida en que procuremos abolir la sociedad capitalista, basándonos en las contradicciones e inequidades que genera el capitalismo, y en el estudio de éstas, usando las mejores herramientas de las ciencias sociales, y, más importante aún, en las experiencias prácticas de lucha de una multiplicidad de grupos, asociaciones, sindicatos, organizaciones políticas y las masas de millones que les dan vida.

5. TEMAS Y LECTURAS ADICIONALES

Se ha escrito mucho desde una perspectiva marxista sobre la crisis económica en curso: por ejemplo, Peter Gowan (2009), David McNally (2009), Leo Panitch y Martijn Konings (2008), Martijn Konings y Leo Panitch (2008); véanse también números recientes y próximos de *New Left Review, Historical Materialism* y *Socialist Register*, y el número especial de *Cambridge Journal of Economics* (33, 2009), así como el rico material disponible en los sitios de la red de Dollars and Sense (www.dollarsandsense.org) y Socialist Project (www.socialistproject.ca), entre muchos otros. Cada una de las revistas y los sitios de red de izquierda incluyen muchas lecturas útiles. ¡Disfrute su búsqueda!

BIBLIOGRAFÍA

Arthur, C. J., *Marx's Capital: A Student Edition*, Lawrence & Wishart, Londres, 1992.

———, *The New Dialectic and Marx's 'Capital'*, Brill Academic Publishers, Leiden, 2002.

———, "Value, Labour and Negativity", *Capital & Class*, 73 (2001), pp. 15-39.

Arthur, C. J., y G. Reuten (eds.), *The Circulation of Capital: Essays on Volume Two of Capital*, Macmillan, Londres, 1998.

Ashton, T. H., y C. H. E. Philpin (eds.), *The Brenner Debate: Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985. [Edición en español: *El debate Brenner. Estructuras de clases agrarias y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, Crítica, Barcelona, 1988.]

Benton, T. (ed.), *The Greening of Marxism*, Guilford Press, Londres, 1996.

Bina, C., "Some Controversies in the Development of Rent Theory: The Nature of Oil Rent", *Capital & Class*, 39 (1989), pp. 82-112.

Blackledge, P., *Reflections on the Marxist Theory of History*, Manchester University Press, Manchester, 2006.

Bleaney, M., *Underconsumption Theories: A History and Critical Analysis*, Lawrence & Wishart, Londres, 1976.

Bottomore, T. (ed.), *A Dictionary of Marxist Thought*, Basil Blackwell, Oxford, 1991. [Edición en español: *Diccionario del pensamiento marxista*, Tecnos, Madrid, 1984.]

Bowring, F., "Manufacturing Scarcity: Food Biotechnology and the Life-Sciences Industry", *Capital & Class*, 79 (2003), pp. 107-144.

Brenner, R., "Property and Progress: Where Adam Smith Went Wrong", en C. Wickham (ed.), *Marxist History-Writing for the Twenty-First Century*, Oxford University Press, Oxford, 2007.

Brenner, R., *The Boom and the Bubble: The US in the World Economy*, Verso, Londres, 2002.

———, "The Economics of Global Turbulence", *New Left Review*, 229 (1998), pp. 1-265. [Edición en español: *La economía de la turbulencia global. Las economías capitalistas avanzadas de larga expansión a largo declive 1945-2005*, Akal, Madrid, 2009.]

———, "The Social Basis of Economic Development", en J. Roemer (ed.), *Analytical Marxism*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986. [Edición en español: "La base social del desarrollo económico", en John Roemer (comp.), *El marxismo: una perspectiva analítica*, FCE, México, 1989.]

Brewer, A., *Marxist Theories of Imperialism: A Critical Survey*, Routledge, Londres, 1989.

Brighton Labour Process Group, "The Capitalist Labour Process", *Capital & Class*, 1 (1977), pp. 3-26.

Brown, A., S. Fleetwood y J. M. Roberts (eds.), *Critical Realism and Marxism*, Routledge, Londres, 2002.

Brunhoff, S. de, "Financial and Industrial Capital: A New Class Coalition", en A. Saad-Filho (ed.), *Anti-Capitalism: A Marxist Introduction*, Pluto Press, Londres, 2003.

———, *Marx and Money*, Urizen Books, Nueva York, 1976. [Edición en español: *Teoría marxista de la moneda*, Roca, México, 1975.]

Burawoy, M., *Manufacturing Consent: Changes in the Labor Process under Monopoly Capitalism*, University of Chicago Press, Chicago, 1979. [Edición en español: *El consentimiento en la producción. Los cambios del proceso de producción en el capitalismo monopolista*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1989.]

Burkett, P., "Capitalism, Nature and the Class Struggle", en A. Saad-Filho (ed.), *Anti-Capitalism: A Marxist Introduction*, Pluto Press, Londres, 2003.

———, *Marx and Nature: A Red and Green Perspective*, St. Martin's Press, Nueva York, 1999.

Byres, T., *Capitalism from Above and Capitalism from Below*, Macmillan, Londres, 1996.

Chattopadhyay, P., *The Marxian Concept of Capital and the Soviet Experience: Essay in the Critique of Political Economy*, Praeger, Westport, Connecticut, 1994.

Chattopadhyay, P., "Towards a Society of Free and Associated Individuals: Communism", en A. Saad-Filho (ed.), *Anti-Capitalism: A Marxist Introduction*, Pluto Press, Londres, 2003.

Choonara, J., *Unravelling Capitalism: A Guide to Marxist Political Economy*, Bookmark Publications, Londres, 2009.

Clarke, S., "Globalisation and the Subsumption of the Soviet Mode of Production under Capital", en A. Saad-Filho (ed.), *Anti-Capitalism: A Marxist Introduction*, Pluto Press, Londres, 2003.

———, *Marx's Theory of Crisis*, Macmillan, Londres, 1994.

——— (ed.), *The State Debate*, CSE/Macmillan, Londres, 1991.

Croix, G. de Ste., "Class in Marx's Conception of History, Ancient and Modern", *New Left Review*, 146 (1984), pp. 94-111.

Duménil, G., *De la valeur aux prix de production*, Economica, París, 1980.

Duménil, G., y D. Lévy, *Capital Resurgent: Roots of the Neoliberal Revolution*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2004.

Elson, D., "The Value Theory of Labour", en *Value, the Representation of Labour in Capitalism*, CSE Books, Londres, 1979.

Engels, F., *Anti-Dühring*, en K. Marx y F. Engels, *Classic in Politics* (CD-ROM), Electric Book Company, Londres, 1998.

Etherington, N., *Theories of Imperialism: War, Conquest and Capital*, Croom Helm, Londres, 1984.

Fine, B., "A Dissenting Note on the Transformation Problem", *Economy and Society*, 12 (4) (1983), pp. 520-525.

———, "Banking Capital and the Theory of Interest", *Science & Society*, 49 (4) (1985-1986), pp. 387-413.

———, "Contesting Labour Markets", en A. Saad-Filho (ed.), *Anti-Capitalism: A Marxist Introduction*, Pluto Press, Londres, 2003.

———, "Debating Lebowitz: Is Class Conflict the Moral and Historical Element in the Value of Labour Power?", *Historical Materialism*, 16 (3) (2008), pp. 105-114.

———, *Economic Theory and Ideology*, Edward Arnold, Londres, 1980.

———, "Financialisation, the Value of Labour Power, the Degree of Separation, and Exploitation by Banking", 2009, en https://eprints.soas.ac.uk/7480/2/BenFine_FinancialisationLabourPower.pdf.

Fine, B., "From Capital in Production to Capital in Exchange", *Science & Society*, 52 (3) (1988), pp. 326-337.

———, *Labour Market Theory: A Constructive Reassessment*, Routledge, Londres, 1998.

———, "Marx on Economic Relations under Socialism", en B. Matthews (ed.), *Marx: A Hundred Years On*, Lawrence & Wishart, Londres, 1983.

———, "On the Composition of Capital: A Comment on Groll and Orzech", *History of Political Economy*, 22 (1) (1990), pp. 149-155.

———, "On the Falling Rate of Profit", en G. A. Caravale (ed.), *Marx and Modern Economic Analysis*, Edward Elgar, Aldershot, 1992.

———, *Social Capital versus Social Theory*, Routledge, Londres, 2001.

———, *The Coal Question: Political Economy and Industrial Change from the Nineteenth Century to the Present Day*, Routledge, Londres, 1990.

———, "The Continuing Imperative of Value Theory", *Capital & Class*, 75 (2001), pp. 41-52.

——— (ed.), *The Value Dimension: Marx versus Ricardo and Sraffa*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1986.

———, *The World of Consumption: The Material and Cultural Revisited*, 2ª ed., Routledge, Londres, 2002.

———, *Theories of the Capitalist Economy*, Edward Arnold, Londres, 1982.

———, *Women's Employment and the Capitalist Family*, Routledge, Londres, 1992.

Fine, B., y L. Harris, *Rereading Capital*, Macmillan, Londres, 1979. [Edición en español: *Para releer "El capital"*, FCE, México, 1985.]

Fine, B., y E. Leopold, *The World of Consumption*, Routledge, Londres, 1993.

Fine, B., y D. Milonakis, *From Economics Imperialism to Freakonomics: Economics as Social Theory*, Routledge, Londres, 2009.

Fine, B., y A. Saad-Filho, "Production *vs*. Realisation in Marx's Theory of Value: A Reply to Kincaid", *Historical Materialism*, 16 (4) (2008), pp. 167-180.

Fine, B., y D. Milonakis, *The Elgar Companion to Marxian Economics*, Edward Elgar, Cheltenham, 2010.

———, "Twixt Ricardo and Rubin: Debating Kincaid Once More", *Historical Materialism*, 17 (3) (2009), pp. 192-207.

Fine, B., M. Heasman y J. Wright, *Consumption in the Age of Affluence*, Routledge, Londres, 1996.

Fine, B., C. Lapavitsas y D. Milonakis, "Addressing the World Economy: Two Steps Back", *Capital & Class*, 67 (1999), pp. 47-90.

Fine, B., C. Lapavitsas y A. Saad-Filho, "Transforming the Transformation Problem: Why the 'New Interpretation' is a Wrong Turning", *Review of Radical Political Economics*, 36 (1) (2004), pp. 3-19.

Foley, D., "Recent Developments in the Labor Theory of Value", *Review of Radical Political Economics*, 32 (1) (2000), pp. 1-39.

———, "The Value of Money, the Value of Labour Power and the Marxian Transformation Problem", *Review of Radical Political Economics*, 14 (2) (1982), pp. 37-47.

———, *Understanding Capital: Marx's Economic Theory*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1986. [Edición en español: *Para entender "El capital": la teoría económica de Marx*, FCE, México, 1989.]

Foster, J. B., *Ecology against Capitalism*, Monthly Review Press, Nueva York, 2002.

———, *Marx's Ecology*, Monthly Review Press, Nueva York, 2000.

———, *The Ecological Revolution: Making Peace with the Planet*, Monthly Review Press, Nueva York, 2009.

———, *The Vulnerable Planet*, Monthly Review Press, Nueva York, 1999.

Gowan, P., "Crisis in the Heartland", *New Left Review*, 55 (2009), pp. 5-30.

———, *The Global Gamble: America's Faustian Bid for World Dominance*, Verso, Londres, 1999.

Guerrero, D., "Capitalist Competition and the Distribution of Profits", en A. Saad-Filho (ed.), *Anti-Capitalism: A Marxist Introduction*, Pluto Press,

Londres, 2003.

Harvey, D., *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford University Press, Oxford, 2005. [Edición en español: *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid, 2007.]

Harvey, D., *Introduction to Marx's Capital*, Verso, Londres, 2009.

Harvey, D., *The Limits to Capital*, Verso, Londres, 1999. [Edición en español: *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, FCE, México, 1990.]

Hilferding, R., *Finance Capital*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1981.

Hilton, R., *The Transition from Feudalism to Capitalism*, New Left Books, Londres, 1976.

Hobsbawn, E., *Age of Empire*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1987. [Edición en español: *La era del imperio, 1875-1914*, 2ª ed., Crítica, Barcelona, 2003.]

Howard, M. C., y J. E. King, *A History of Marxian Economics*, 2 vols., Macmillan, Londres, 1989 y 1991.

———, "The 'Second Slump': Marxian Theories of Crisis after 1973", *Review of Political Economy*, 2 (3) (1990), pp. 267-291.

Itoh, M., y C. Lapavitsas, *Political Economy of Money and Finance*, Macmillan, Londres, 1999.

Jessop, B., *The Capitalist State: Marxist Theories and Methods*, Robertson, Oxford.

Kiely, R., *Empire in the Age of Globalisation: US Hegemony and the Neoliberal Disorder*, Pluto Press, Londres, 2005.

———, *The Clash of Globalisation: Neo-Liberalism, the Third Way and Anti-Globalisation*, Brill, Leiden, 2005.

Kincaid, J., "Production versus Capital in Motion: A Reply to Fine and Saad-Filho", *Historical Materialism*, 16 (4) (2008), pp. 181-203.

———, "Production versus Realisation: A Critique of Fine and Saad-Filho on Value Theory", *Historical Materialism*, 15 (4) (2007), pp. 137-165.

———, "The Logical Construction of Value Theory: More on Fine and Saad-Filho", *Historical Materialism*, 17 (3) (2009), pp. 208-220.

Konings, M., y L. Panitch, "US Financial Power in Crisis", *Historical Materialism*, 16 (4) (2008), pp. 3-34.

Lapavitsas, C., “Money as Money and Money as Capital in a Capitalist Economy”, en A. Saad-Filho (ed.), *Anti-Capitalism: A Marxist Introduction*, Pluto Press, Londres, 2003.

———, “Money and the Analysis of Capitalism: The Significance of Commodity Money”, *Review of Radical Political Economics*, 32 (4) (2000), pp. 631-656.

Lapavitsas, C., “On Marx’s Analysis of Money Hoarding in the Turnover of Capital”, *Review of Radical Political Economics*, 12 (2) (2000), pp. 219-235.

———, *Social Foundations of Markets, Money and Credit*, Routledge, Londres, 2003.

Lapavitsas, C., y A. Saad-Filho, “The Supply of Credit Money and Capital Accumulation: A Critical View of Post-Keynesian Analysis”, *Research in Political Economy*, 18 (2000), pp. 309-334.

Lapides, K., *Marx’s Wage Theory in Historical Perspective*, Praeger, Westport, Connecticut, 1998.

Lebowitz, M., *Beyond* Capital: *Marx’s Political Economy of the Working Class*, 2ª ed., Palgrave, Londres, 2003.

———, *Following Marx: Method, Critique and Crisis*, Brill, Leiden, 2009.

———, “The Politics of Assumption, the Assumption of Politics”, *Historical Materialism*, 14 (2) (2006), pp. 29-47.

———, “Transcending Capitalism: The Adequacy of Marx’s Recipe”, en A. Saad-Filho (ed.), *Anti-Capitalism: A Marxist Introduction*, Pluto Press, Londres, 2003.

———, “Trapped inside the Box? Five Questions for Ben Fine”, en *Historical Materialism*, 18 (1) (2009), pp. 131-149.

Lenin, V. I., *The Development of Capitalism in Russia*, Lawrence & Wishart, Londres, 1972 (Collected Works, vol. 3).

———, “The Three Sources and Three Component Parts of Marxism”, 1913, en www.marxists.org/archive/lenin/works/1913/mar/x01.htm

Levidow, L., “Technological Change as Class Struggle”, en A. Saad-Filho (ed.), *Anti-Capitalism: A Marxist Introduction*, Pluto Press, Londres, 2003.

Levidow, L., y B. Young, *Science, Technology and the Labour Process, Marxist Studies*, 2 vols., Free Association Books, Londres, 1981 y 1985.

Marglin, S., "What Do Bosses Do? The Origins and Functions of Hierarchy in Capitalist Production", *Review of Radical Political Economics*, 6 (2) (1974), pp. 60-112.

Marx, K., *A Contribution to the Critique of Political Economy*, Lawrence & Wishart, Londres, 1987 (Collected Works, vol. 29). [Edición en español: "Contribución a la crítica de la economía política", en *Escritos económicos menores*, FCE, México, 1987.]

Marx, K., *Capital*, 3 vols., Penguin, Harmondsworth, 1976, 1978 y 1981. [Edición en español: *El capital. Crítica de la economía política*, t. I, 4ª ed., FCE, México, 2013; *El capital. Crítica de la economía política*, t. II, 3ª ed., FCE, México, 2000; y *El capital. Crítica de la economía política*, t. III, 2ª ed., FCE, México, 1959.]

———, "Critique of the Gotha Programme", *The First International and After*, Penguin, Harmondsworth, 1974.

———, *Grundrisse*, Penguin, Harmondsworth, 1981. [Edición en español: *Grundrisse. Lineamientos fundamentales para la crítica de la economía política 1857-1858*, t. I y II, FCE, México, 1985.]

———, *Theories of Surplus Value*, 3 vols., Lawrence & Wishart, Londres, 1969, 1972 y 1978. [Edición en español: *Teorías sobre la plusvalía, I, II y III: tomo IV de El Capital*, FCE, México, 1980.]

———, *Value, Price and Profit*, en K. Marx y F. Engels, *Classics in Politics* (CD-ROM), Electric Book Company, Londres, 1998.

Marx, K., y F. Engels, *The Communist Manifesto*, en K. Marx y F. Engels, *Classics in Politics* (CD-ROM), Electric Book Company, Londres, 1998. [Edición en español: *El manifiesto comunista de Karl Marx y Friedrich Engels*, FCE, México, 2007.]

McLellan, D., *Karl Marx: His Life and Thought*, Macmillan, Londres, 1974.

McNally, D., *Another World is Possible: Globalization and Anti-Capitalism*, Merlin Press, Londres, 2006.

———, "From Financial Crisis to World Slump: Accumulation, Financialisation, and the Global Slowdown", *Historical Materialism*, 17 (2) (2009), pp. 35-83.

Medio, A., "Neoclassicals, Neo-Ricardians, and Marx", en J. Schwartz (ed.), *The Subtle Anatomy of Capitalism*, Goodyear, Santa Mónica, 1977.

Mehring, F., *Karl Marx: The Story of His Life*, Routledge, Londres, 2003.

Milonakis, D., "New Market Socialism: A Case for Rejuvenation or Inspired Alchemy?", *Cambridge Journal of Economics*, 27 (2003), pp. 97-121.

Milonakis, D., y B. Fine, *From Political Economy to Economics: Method, the Social and the Historical in the Evolution of Economic Theory*, Routledge, Londres, 2009.

Mohun, S. (ed.), *Debates in Value Theory*, Macmillan, Londres, 1995.

———, "Does All Labour Create Value?", en A. Saad-Filho (ed.), *Anti-Capitalism: A Marxist Introduction*, Pluto Press, Londres, 2003.

Moseley, F. (ed.), *Marx's Method in* Capital, *A Re-examination*, Humanities Press, Highlands, Nueva Jersey, 1993.

Oakley, A., *Marx's Critique of Political Economy: Intellectual Sources and Evolution*, 2 vols., Routledge & Kegan Paul, Londres, 1984 y 1985.

———, *The Making of Marx's Critical Theory*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1983.

Okishio, N., "Competition and Production Prices", *Cambridge Journal of Economics*, 25 (2000), pp. 493-501.

———, "Technical Change and the Rate of Profit", *Kobe University Economic Review*, 7 (1961), pp. 85-99.

Panitch, L., y M. Konings (eds.), *American Empire and the Political Economy of Global Finance*, Palgrave, Londres, 2008.

Perelman, M., *Marx's Crises Theory: Scarcity, Labor, and Finance*, Praeger, Westport, Connecticut, 1987.

———, "The History of Capitalism", en A. Saad-Filho (ed.), *Anti-Capitalism: A Marxist Introduction*, Pluto Press, Londres, 2003.

———, *Transcending the Economy: On the Potential of Passionate Labour and the Wastes of the Market*, St. Martin's Press, Nueva York, 2000.

Pilling, G., *Marx's* Capital: *Philosophy and Political Economy*, Rout-ledge & Kegan Paul, Londres, 1980.

Postone, M., *Time, Labour and Social Domination, A Re-examination of Marx's Critical Theory*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

Radice, H., "Globalization and National Capitalism: Theorizing Convergence and Differentiation", *Review of International Political*

Economy, 7 (4) (2000), pp. 719-742.

———, “Taking Globalisation Seriously”, *Socialist Register*, 1999, pp. 1-28.

Reuten, G., “The Notion of Tendency in Marx’s 1894 Law of Profit”, en F. Moseley y M. Campbell (eds.), *New Investigations of Marx’s Method*, Humanities Press, Atlantic Highlands, Nueva Jersey, 1997.

Rosdolsky, R., *The Making of Marx’s* Capital, Pluto Press, Londres, 1977.

Rowthorn, B., *Capitalism, Conflict and Inflation*, Lawrence & Wishart, Londres, 1980.

Rubin, I. I., *A History of Economic Thought*, Pluto Press, Londres, 1979.

———, *Essays on Marx’s Theory of Value*, Black Rose Books, Montreal, 1975.

Saad-Filho, A., “A Note on Marx’s Analysis of the Composition of Capital”, *Capital & Class*, 50 (1993), pp. 127-146.

———, “An Alternative Reading of the Transformation of Values into Prices of Production”, *Capital & Class*, 63 (1997), pp. 115-136.

——— (ed.), *Anti-Capitalism: A Marxist Introduction*, Pluto Press, Londres, 2003.

———, “Capital Accumulation and the Composition of Capital”, *Research in Political Economy*, 19 (2001), pp. 69-85.

———, “Concrete and Abstract Labour in Marx’s Theory of Value”, *Review of Political Economy*, 9 (4) (1997), pp. 457-477.

———, “Introduction”, en A. Saad-Filho (ed.), *Anti-Capitalism: A Marxist Introduction*, Pluto Press, Londres, 2003.

———, “Monetary Policy in the Neoliberal Transition: A Political Economy Review of Keynesianism, Monetarism and Inflation Targeting”, en R. Albritton, B. Jessop y R. Westra (eds.), *Political Economy and Global Capitalism: The 21st Century, Present and Future*, Anthem Press, Londres, 2007, pp. 89-119.

———, *The Value of Marx: Political Economy for Contemporary Capitalism*, Routledge, Londres, 2002.

———, “The Value of Money, the Value of Labour Power and the Net Product: An Appraisal of the ‘New Solution’ to the Transformation

Problem", en A. Freeman y G. Carchedi (eds.), *Marx and Non-Equilibrium Economics*, Edward Elgar, Aldershot, 1996.

———, "Value, Capital and Exploitation", en A. Saad-Filho (ed.), *Anti-Capitalism: A Marxist Introduction*, Pluto Press, Londres, 2003.

Saad-Filho, A., y D. Johnston (eds.), *Neoliberalism: A Critical Reader*, Pluto Press, Londres, 2005.

Savran, S., y A. Tonak, "Productive and Unproductive Labour: An Attempt at Clarification and Classification", *Capital & Class*, 68 (1999), pp. 113-152.

Scwartz, J. (ed.), *The Subtle Anatomy of Capitalism*, Goodyear, Santa Mónica, 1977.

Shaikh, A., "A History of Crisis Theories", en Union for Radical Political Economies (URPE) (ed.), *US Capitalism in Crisis*, URPE, Nueva York, 1978.

———, "Neo-Ricardian Economics: A Wealth of Algebra, a Poverty of Theory", *Review of Radical Political Economics*, 14 (2) (1982), pp. 67-83.

———, "The Poverty of Algebra", en I. Steedman (ed.), *The Value Controversy*, Verso, Londres, 1981.

Slater, P. (ed.), *Outlines of a Critique of Technology*, Humanities Press, Highlands, Nueva Jersey, 1980.

Spencer, D., *The Political Economy of Work*, Routledge, Londres, 2008.

Steedman, I., *Marx after Sraffa*, New Left Books, Londres, 1977. [Edición en español: *Marx, Sraffa y el problema de la transformación*, FCE, México, 1985.]

Wajcman, J., "Addressing Technological Change: The Challenge to Social Theory", *Current Sociology*, 50 (3) (2002), pp. 347-364.

Weeks, J., "A Note on Under-consumptionist Theory and the Labor Theory of Value", *Science & Society*, 46 (1) (1982), pp. 60-76.

———, "Abstract Labor and Commodity Production", *Research in Political Economy*, 12 (1990), pp. 3-19.

———, *Capital and Exploitation*, Princeton University Press, Princeton, 1981.

———, “Epochs of Capitalism and the Progressiveness of Capital’s Expansion”, *Science & Society*, 49 (4) (1985-1986), pp. 414-435.

———, “Equilibrium, Uneven Development and the Tendency of the Rate of Profit to Fall”, *Capital & Class*, 16 (1982), pp. 62-77.

———, “On the Issue of Capitalist Circulation and the Concepts Appropriate to Its Analysis”, *Science & Society*, 48 (2) (1983), pp. 241-225.

Weeks, J., “The Expansion of Capital and Uneven Development on a World Scale”, *Capital & Class*, 74 (2001), pp. 9-30.

Wheen, F., *Karl Marx*, Fourth Estate, Londres, 2000.

Wickham, C. (ed.), *Marxist History-Writing for the Twenty-First Century*, Oxford University Press, Oxford, 2007.

Wood, E. M., *Democracy against Capitalism: Renewing Historical Materialism*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995.

———, “Marxism and the Course of History”, *New Left Review*, 147 (1984), pp. 95-107.

———, “Globalisation and the State: Where Is the Power of Capital?”, en A. Saad-Filho (ed.), *Anti-Capitalism: A Marxist Introduction*, Pluto Press, Londres, 2003.

———, *The Origin of Capitalism: A Longer View*, Verso, Londres, 2002.

———, *The Pristine Culture of Capitalism*, Verso, Londres, 1991.

———, *The Retreat from Class: A New ‘True’ Socialism*, Verso, Londres, 1998.

———, “The Separation of the Economic and the Political in Capitalism”, *New Left Review*, 127 (1981), pp. 66-95.

ÍNDICE ANALÍTICO

ÍNDICE GENERAL

Índice analítico